



Peter Cameron
Un fin de semana

Traducción de Álvaro Marcos



Lectulandia

Un fin de semana de verano, en una casa en el campo, tres amigos se reúnen en el primer aniversario de la muerte de Tony: su hermano, John, su cuñada, Marian, y su antiguo compañero, Lyle. El apacible reencuentro se ve perturbado por la presencia de un extraño, el joven pintor que ahora sale con Lyle. Lo quieran o no, los rituales del verano —un baño en el río, una cena al fresco con invitados o un paseo nocturno— estarán marcados por la figura del amigo ausente y cada uno de los tres deberá buscar su manera de encajar la pérdida.

Peter Cameron combina como pocos autores la sátira social con la intimidad y la ternura, y obliga al lector a reflexionar sobre la propia experiencia, la dificultad de conocer verdaderamente a alguien o lo ambiguo de las relaciones sociales. Publicada originalmente en 1994, *Un fin de semana* sigue siendo, sin duda, una de las mejores novelas de su autor.

Lectulandia

Peter Cameron

Un fin de semana

ePub r1.0

Titivillus 10.04.2019

Título original: *The Weekend*
Peter Cameron, 1995
Traducción: Álvaro Marcos

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Un fin de semana

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Sobre el autor

Para Norberto

El autor quiere manifestar su agradecimiento a Andrew Cameron, James Harms, Stephanie Gunn, Sheila McCullough y Victoria Kohn, así como a la MacDowell Colony.

Catherine pensó: si viajamos juntos, tal vez llegue por fin a conocerlos, porque hasta ahora no he dejado de equivocarme y han resultado ser diferentes a lo que pensaba. ¿Cómo llega uno a saber cómo es la gente? (...) Quizá nunca lo sepamos; quizá las personas son inaprensibles y se escurren como se escurre el agua entre las manos, cambiando todo el tiempo.

ROSE MACAULAY, *Staying with Relations*

La violencia se acumula en lugares pequeños: una habitación, una cama, un guante.

JAMES SCHUYLER, «El Niño Jesús de Praga»

1

Durante los minutos siguientes a la salida del sol, el mundo permanecía calmo y quieto y todo lo humano parecía muy lejano, como si la marea se hubiera retirado. Marian dejaba a John y a Roland durmiendo en la casa y cruzaba el césped húmedo que descendía hasta el río, descalza, en camisón.

No podía afirmar si el río era aún más bonito por la mañana, porque en las tardes serenas en las que se tornaba de color púrpura y parecía que el agua dejaba casi de correr, como si formara un cardenal al final del prado, podía llegar a hacerla llorar. Por la mañana, sin embargo, no había nada sentimental en ello. El río fluía profundo, frío y resuelto; cristalino y curativo. Marian caminaba curso arriba hasta un rincón apartado en el que varios árboles habían caído formando una tranquila poza de fondo arenoso. Metía los pies en el agua y avanzaba un poco antes de zambullirse y empezar a nadar. Lo hacía delicada, casi subrepticamente, agitando apenas el agua, dejando que fuera la propia corriente la que la impulsara. Después se tumbaba un rato sobre el embarcadero, sintiendo el frescor del agua que corría bajo ella y la calidez aún tenue del sol en ascenso, sintiéndose a sí misma y a su cuerpo, yaciendo de algún modo entre ambos. Compacta y limpia, viva.

Después llegaba el momento en que intuía que John o Roland se habían despertado. Era solo la sensación de que la casa ya no dormía. Entonces se incorporaba y comenzaba a caminar hacia ella. A medida que ascendía por el césped la invadía un estremecimiento de felicidad. Su casa, su jardín, su río... le proporcionaban tanto deleite; todo era tan hermoso, cada piedra, cada ventana, cada hoja.

El placer era tan intenso que casi dolía.

Robert llegaba tarde y, durante unos minutos, Lyle temió que hubiera cambiado de opinión y que no viniera. A Lyle le parecía que aquello tenía todo el sentido del mundo: había sido absurdo, pensó, asumir que vendría. De hecho —consiguió convencerse—, era un alivio. Fue entonces cuando lo vio corriendo, atravesando el abarrotado vestíbulo de Grand Central, pero solo por un momento, antes de desaparecer de nuevo para volver a emerger luego entre el gentío, cada vez más cerca. Y cada vez que la figura de Robert reaparecía entre la multitud, más próxima y más grande, las dudas de Lyle disminuían, hasta que Robert se plantó junto a él, sonriendo y resoplando, y las dudas de Lyle desaparecieron.

El tren iba lleno y no pudieron sentarse juntos. La aglomeración irritaba a Lyle, a quien le gustaba pensar que cuando se escapaba de la ciudad lo hacía solo. Tener que hacerlo acompañado de un cargamento de domingueros de atuendo radiante y aferrados a sus bolsas llenas de vino y *baguettes* le aguaba la fiesta. Desde su asiento en el pasillo, junto a una mujer que llevaba un vestido sin mangas y estampado de porcelana Delft, Lyle podía ver, tres filas más adelante, la nuca de Robert. Sintió un poco de celos porque a Robert le había tocado junto a un chico joven y atractivo, que llevaba pantalón corto y botas de montaña. Se pondrán a hablar, flirtearán y se enamorarán, temió Lyle, pero hasta donde alcanzaba a ver, todavía no se habían dirigido la palabra.

Lyle se había traído el periódico, pero se sentía demasiado disperso para leer. Miró por la ventana —más allá de la mujer del vestido, que estaba leyendo la revista *Elle*— y contempló el río, que fluía en dirección opuesta al tren. Aquello no tenía nada que ver con cómo se había imaginado el viaje. Había pensado, ingenuamente, que el tren iría vacío, que Robert y él irían solos, sentados uno al lado del otro, o quizás uno enfrente del otro, charlando tranquilamente mientras el río corría a su vera y el tren lo dejaba atrás. Lyle quería haber aprovechado el viaje para preparar a Robert, para hablarle de sus amigos, John y Marian, en cuya casa iban a pasar el fin de semana. También

para hablarle un poco de Tony, porque no había manera de hablar de John y Marian sin hablar de Tony. Todo estaba conectado. O lo había estado.

Los dos hombres que viajaban sentados frente a Lyle se bajaron en la estación de Croton. Lyle tiró sus bolsas sobre los dos sitios vacíos y avanzó por el pasillo para ir a buscar a Robert. Mientras se aproximaba, vio que Robert estaba charlando animadamente con el montañero. Lo sorprendieron de nuevo la juventud y la belleza de Robert. ¿Tiene ese aspecto cuando habla conmigo?, se preguntó. Perdió la calma y, en lugar de decirle a Robert que fuera a sentarse con él en los sitios que estaba guardando, le dijo:

—Voy a la cafetería. ¿Queréis algo? ¿Un café?

—Sí, un café —respondió Robert.

—¿Y tú? —preguntó Lyle al montañero, como si fueran todos amigos—. ¿Te traigo un café?

—No, gracias —respondió el joven.

Lyle apretó el brazo de Robert —breve, posesivamente— y continuó andando por el pasillo. La sensación del contacto cálido y jugoso de la piel de Robert permaneció con él, como si fuera el de una fruta que todavía sostuviera en su mano. Cuando regresó, unos minutos después, Robert estaba leyendo una revista y el montañero miraba por la ventana.

—Hay dos sitios libres ahí atrás —dijo Lyle—. Ven a sentarte conmigo.

—Vale —dijo Robert, poniéndose de pie y cogiendo sus bolsas—. Hasta luego —le dijo al montañero, que le sonrió y asintió.

La mujer del vestido estampado bajó la revista y los observó acomodarse en sus nuevos asientos. A la gente no le gusta que se le siente nadie al lado, pensó Lyle, pero siempre se ofende si te vas y la dejas sola. Lyle le pasó a Robert un café de la bandeja de cartón que había traído, en la que también había un pastelito danés envuelto en plástico.

—Te he traído esto también —dijo Lyle—. No sabía si habías desayunado.

—Sí —respondió Robert—, pero gracias.

—¿De qué hablabais? —preguntó Lyle.

—¿Qué?

—Con el montañero. Con el que estaba sentado a tu lado.

—Ah. Me ha preguntado que dónde me corto el pelo. Luego me ha contado que se va a hacer senderismo a Monadnock.

—¿Por qué te ha preguntado dónde te cortas el pelo?

—No lo sé. Supongo que le ha gustado el corte. También tiene que cortárselo. Su novia era quien solía hacerlo, pero lo han dejado.

—¿Dónde te cortas el pelo?

—En ningún sitio en concreto. Me lo corta gente diferente. Este corte me lo hizo una mujer de Skowhegan.

Robert sacudió coquetamente la cabeza para mostrarlo. Tenía un pelo muy bonito, largo y muy negro, y un corte sin capas, de una rectitud casi atroz. Parecía ser el único rasgo de su belleza del que era consciente y del que se vanagloriaba, quizá, un poco. Robert dio un sorbo a su café y dijo:

—¿Cuánto queda?

—¿Para llegar allí? Un poco todavía. Una hora por lo menos —respondió Lyle.

—Estoy nervioso —dijo Robert.

—¿Por qué? —preguntó Lyle.

—No lo sé. Siempre me pongo nervioso cuando voy a conocer a gente nueva. Háblame de ellos.

Un delicioso escalofrío estremeció a Lyle. Está pasando lo que quería que pasara, pensó. Por un momento sintió el resto de su vida desplegándose de ese modo, ordenada y resplandeciente, con la facilidad de quien se deja caer, pero la sensación de caída despertó también el terror con el que solía contemplar el futuro. Robert estaba desarrollando el pastel. Lyle esperó a que le diera un bocado.

—John y Marian son las personas más agradables que conozco —comenzó—. Son mis mejores amigos, sobre todo Marian.

—¿Desde cuándo los conoces?

—John y yo éramos compañeros de habitación en la universidad. A Marian la conocí durante el posgrado. Así que hace ya mucho tiempo. Unos veinte años.

—¿Fuiste tú quien los presentó?

—Sí —dijo Lyle—. Diría que fui yo, de manera indirecta.

—Qué romántico —dijo Robert—. ¿Quieres un poco? —añadió, ofreciéndole el pastelito.

—Vale —respondió Lyle.

Su apetito no iba dirigido al pastel en sí, sino al mero acto de compartirlo. Se inclinó hacia delante y le dio un mordisco.

—Está malísimo —dijo.

—Sí —respondió Robert, bajando el pastel—. ¿Y qué hacen?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a John y a Maryanne. ¿Trabajan?

—Es Marian —le corrigió Lyle—. *M-A-R-I-A-N*. Marian.

—Ah —dijo Robert.

—Es que odia que la gente la llame Maryanne —dijo Lyle.

—Me aseguraré de llamarla Marian —dijo Robert—. ¿A qué se dedican?

—Bueno, a nada realmente. John trabajaba para American Express, pero lo dejó el año pasado. Marian solía restaurar cuadros, pero no ha trabajado mucho últimamente, desde que se mudaron al norte del estado. Ninguno de los dos tiene necesidad de trabajar. Los padres de ambos eran riquísimos.

—¿Y qué hacen durante todo el día?

—Pues hacen... cosas. John tiene un huerto inmenso y Marian... Bueno, llevan una vida placentera, para ser sincero, pero lo hacen muy bien, ya lo verás. Nunca están ociosos. Y, claro, ahora tienen que cuidar de Roland.

—¿Roland es un niño?

—Sí —respondió Lyle—. ¿Qué iba a ser si no?

—No lo sé —dijo Robert—. Un poni, o un consejero espiritual.

Lyle se rio, si bien mostrando cierta desaprobación, pues sobre Roland no se bromeaba.

—No —dijo—. Roland es un niño. Es mi ahijado.

—¿Cuántos años tiene?

—Nació el verano pasado.

Justo después de que Tony muriera, pensó Lyle. La muerte de Tony y el nacimiento casi simultáneo de Roland lo enervaban ligeramente. Los vinculaba a ambos de una forma que él sabía que era absurda, pero que, aun así, si se lo permitía, lo hacía sentir incómodo.

—Roland tiene un año, más o menos. Le he comprado unas pinturas.

—¿Los ves mucho?

Lyle guardó silencio por un momento.

—Antes solía venir casi todos los fines de semana, con Tony. Pero no he subido en todo el verano. Esta es la primera vez.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Bueno, he estado muy ocupado —dijo Lyle—. Estuve en Skowhegan, por ejemplo.

—Eso fueron solo dos días.

—Sí —respondió Lyle—. Pero este verano no me ha apetecido mucho subir. Estaba a gusto en la ciudad. De hecho, tú has sido el catalizador. Estuve pensando en no ir.

—¿Por qué?

—Oh, por inercia, sobre todo. Y porque pensé que no sería tan divertido ir solo. O que yo no sería tan divertido, más bien.

—¿Y qué diferencia supongo yo?

Lyle miró a Robert. Robert lo miraba sin parpadear, con gesto expectante, aguardando.

—Una grande —dijo Lyle.

Trató de escoger sus palabras cuidadosamente. Quería ser preciso y honesto.

—Desde que te conocí, no estoy tan triste. Sé que estaba deprimido y supongo que sigo estándolo, pero la diferencia es que... Bueno, ahora puedo ver el final. O tener un respiro, al menos. No es como antes. Me asusta un poco, de hecho.

—¿Por qué? —preguntó Robert.

—Porque... —Lyle hizo una pausa—. Mi vida... Cuando has estado solo en la vida de la manera que yo lo he estado, puedes sentirte triste y abandonado, pero tienes el control sobre tu vida, porque te pertenece enteramente. Después, cuando conoces a alguien, cuando sucede algo como esto... sientes, uno siente, yo siento... siento que ese control se desvanece. Y eso me asusta.

—Puedes cambiar de opinión, si quieres —dijo Robert, mirando por la ventanilla.

—¿Sobre qué? —preguntó Lyle.

—Sobre esto, sobre lo de venir los dos juntos —Robert volvió el rostro hacia Lyle—. Quiero decir que lo entendería si lo hicieras. Puedo cogerme un tren de vuelta a la ciudad.

—No seas ridículo —dijo Lyle—. ¿Por qué iba a cambiar de idea?

—No lo sé —dijo Robert—. Solo quería que supieras que, si lo hicieras, estaría bien.

—No, no lo estaría —dijo Lyle.

—¿Saben Marian y John que voy?

—Claro que saben que vienes.

—¿Y no les parecerá raro?

—Claro que no —dijo Lyle—. Están deseando verme y parecían ilusionados de que fuera con alguien. Así tendrán que preocuparse menos por entretenerme. Será misión tuya, ya ves, tenerme entretenido.

Lyle cogió la mano de Robert y se puso a examinarla, como excusa para sostenerla.

—Tienes unos dedos muy elegantes —dijo—. ¿Tocas el piano?

—No —respondió Robert.

—Pues tienes dedos de pianista —dijo Lyle, besándolos.

Robert se mordió un labio para abortar una sonrisa y giró la cara ligeramente hacia la ventanilla, pero Lyle acertó a ver cómo su mejilla temblaba y se sonrojaba. Robert se volvió hacia Lyle y le dijo:

—¿Y qué hay de Tony? ¿Les gustaba?

—Claro que les gustaba —dijo Lyle, advirtiendo una repentina sequedad en su propia voz—. John y Tony eran medio hermanos —añadió.

Robert dejó de mirar por la ventanilla.

—¿Medio hermanos? —preguntó—. ¿Qué quieres decir?

—Eran hijos de la misma madre. Los padres de John se divorciaron y su madre se fue a vivir a Italia. Tony nació allí. Suena más complicado de lo que es. O tal vez no.

—¿Cómo lo conociste?

—¿A Tony? Había oído hablar mucho de él a John, obviamente. Cuando su madre murió, Tony se mudó a Nueva York. Yo estaba en casa de John y Marian pasando el fin de semana y Tony vino también. Así fue como nos conocimos.

—¿Cuándo fue?

—Oh —dijo Lyle, como si tratara de evocar una fecha vaga de su vida, no un punto de inflexión—, hace unos diez años.

—¿Estuviste con Tony diez años?

—Nueve —dijo Lyle—. Murió el verano pasado —Lyle hizo una pausa—. Murió allí, en casa de John y Marian —añadió, haciendo un gesto con la cabeza para señalar la misma dirección en la que viajaba el tren.

Robert no respondió.

—Lo siento —dijo Lyle—. No debería haberte dicho eso.

—Por supuesto que sí —respondió Robert—. Quiero saber.

—Bueno —dijo Lyle—, no sería justo, creo, no explicarte... cuál es la situación.

—¿Qué más debería saber? —preguntó Robert.

Lyle lo miró.

—Bueno —dijo—, muchísimas cosas, probablemente. Pero la mayoría ya las sabes. Lo esencial, al menos.

—¿Crees que puede ser raro que vaya contigo este fin de semana?

—No —respondió Lyle—, me alegro mucho de que vengas. Ya te lo he dicho: si no fuera por ti, no hubiera venido.

—Me refiero a John y Marian.

—Creo que se alegrarán de verme de nuevo con alguien. Estoy seguro.

—Pero esto debe ser duro para ti —dijo Robert.

—En cierta manera sí, pero también me hace ilusión. Es uno de mis sitios favoritos del mundo. Y no quiero que eso cambie. Nunca. Y me hace feliz que vengas conmigo. Lo digo en serio.

Lyle quiso tocar a Robert de nuevo, acariciar la piel tersa y pulida de su antebrazo, pero el gesto resultó ser demasiado consciente, demasiado deliberado y previsible. Como si fuera una acotación teatral: (*Toca el brazo de Robert*).

—¿Cómo son? —preguntó Robert.

—¿Quiénes? —respondió Lyle, que miraba muy concentrado los bíceps de Robert.

—John y Marian. De carácter.

—Bueno, a algunas personas John les parece maleducado o muy tímido, pero no lo es. ¿Sabes esa clase de gente que tiene una personalidad más grande que ella misma? Pues John es justo al revés. No se extiende hasta el último de los bordes de sí mismo. Requiere paciencia y tiempo conocerlo, pero el esfuerzo merece la pena. Es una de las personas más espontáneamente buenas que conozco. Es tranquilo, honrado y generoso. Me recuerda un poco a ti. Creo que te gustará mucho.

—¿Y Marian?

Lyle dudó si mencionar las pequeñas batallas de Marian con la depresión, pero pensó: no, sería injusto. Marian había vagado por un valle profundo y oscuro hacía algunos años y había intentado quitarse la vida dos veces, pero ahora estaba mejor. Ella misma lo decía. Así que Lyle decidió describir la Marian que esperaba que se encontrasen.

—Marian es una persona maravillosa. Es divertida, encantadora e inteligente. Es curiosa e interesante. Y es una amiga leal, una amiga de verdad.

El tren estaba llegando a una estación. La mujer del vestido estampado se había incorporado y estaba intentando coger una bolsa de viaje apretujada en el compartimento superior. Lyle se levantó y la ayudó.

—Gracias —dijo la mujer. Después cogió el resto de su equipaje y se dirigió a la parte delantera del vagón. El tren se detuvo.

—¿No es la nuestra, no? —preguntó Robert.

—No —respondió Lyle.

Fuera, en el andén, la gente se saludaba, abrazándose y riendo. Hacía un día precioso y caluroso de mediados de verano. La mujer del vestido estampado se puso un sombrero azul de paja y unas gafas de sol. Se quedó de pie en el andén, con sus bolsas arremolinadas a sus pies, esperando. Luego

extendió los brazos desnudos a ambos lados y los levantó en dirección al sol, como si quisiera calentarlos o dar una bendición. El tren se puso en marcha de nuevo.

—Parecen muy agradables —dijo Robert—, John y Marian. Tienes suerte de tener amigos así.

—La tengo, lo sé —dijo Lyle—. Estaría perdido sin ellos.

3

El último libro de Lyle, *Neo-esto, neo-aquello: auge y caída de la pintura contemporánea*, se había convertido, para su sorpresa, en un gran éxito. Le habían invitado a impartir unas charlas para artistas emergentes en Skowhegan, una colonia de artistas en Maine: dos días, dos charlas y dos sesiones de crítica. Tras su primera conferencia —en la que básicamente vino a decir que pintar sin reconocer que la pintura era hoy una disciplina moribunda suponía engañarse a uno mismo y que todo arte fruto del autoengaño era fútil—, fue guiado por los graneros y cobertizos donde pintaban los jóvenes artistas, mientras estos permanecían allí como si fueran vacas, mirándolo fijamente, retándolo a pronunciarse. Empezó a temer que pudieran asesinarle mientras estaba allí. Su segunda charla, el segundo día, estaba planificada como una continuación de la primera: una suerte de repaso a ejemplos recientes de obras pictóricas autoengañosas y autocomplacientes. Pero solo apareció una persona aquella mañana: el joven conductor que tenía que llevarle al aeropuerto tras la charla. Estaba siendo boicoteado. Sin embargo, este hecho no parecía preocupar al personal que lo organizaba, quienes consideraban que su presencia allí había supuesto un buen catalizador para el debate. Así que Lyle subió al coche con el conductor, que se llamaba Robert, y juntos atravesaron durante una hora los melancólicos bosques de Maine, en silencio. Lyle estaba a punto de dormirse cuando el conductor dijo algo.

—¿Qué? —preguntó Lyle.

—Tu charla —dijo Robert—. La que ibas a dar. ¿De qué iba?

—Oh —dijo Lyle—, más del mismo veneno. Sobre la maldición de la abstracción.

—¿La abstracción es una maldición? —preguntó Robert.

—Sí —dijo Lyle—, definitivamente. Y no me refiero solo en pintura. Lo es en todas las artes. En la literatura y en la música. Tal vez no en la danza, y por Balanchine, porque su genio permitió que la abstracción revigorizara esa disciplina. Pero en el resto de campos la abstracción ha demostrado ser un callejón sin salida. Una pared contra la que los artistas han estado dándose

cabezazos durante la mayor parte de este siglo. Creo que si la pintura, y de hecho el arte en general, quiere sobrevivir, y no digamos ya importar algo, debe reconectarse con la vida tal y como la vivimos.

—¿Quiénes?

—La gente —dijo Lyle—. El hombre, o la mujer, de la calle. La pintura no puede ser solo un arte para pintores. Ese es el problema con la música. Cuando una forma artística se convierte en un diálogo entre artistas que se hablan a sí mismos pierde su... Bueno, pierde aquello que la hace vital, lo que la conecta con el mundo.

—¿Crees que no está conectada? —preguntó Robert.

—Ni remotamente —dijo Lyle.

—Tal vez el fallo sea tuyo —dijo Robert.

—¿Qué quieres decir?

Robert se encogió de hombros.

—Quiero decir que tal vez no estés conectado con la vida que pinta esa gente. Quizá no te aproximas a ella con la experiencia o la actitud adecuadas.

—No suscribo esa tesis —dijo Lyle.

—¿Qué tesis?

—La de que yo, como receptor, soy responsable de alguna manera de su éxito o su fracaso. Creo que es una idea terrible que la abstracción, debido a sus deficiencias, ha introducido en el mundo del arte. Yo no tengo que aportar nada a un cuadro. La misión del cuadro es aportarme algo a mí.

—¿Te gusta la pintura? —preguntó Robert.

—Por supuesto que me gusta la pintura. Me gusta la buena pintura.

—¿Y qué es una buena pintura para ti?

—Una pintura que soy capaz de contemplar durante más de cinco segundos.

—¿Solo cinco segundos? ¿Eso es todo?

—Bueno, ya me entiendes. Ponle cinco minutos. ¿Imagino que eres pintor?

—Sí —respondió Robert—. Viste mis cuadros ayer, durante la sesión de crítica.

—No lo recuerdo. ¿Y qué dije sobre ellos?

—Nada —dijo Robert—. Pasaste junto a ellos y asentiste. Como si fueras la reina.

—Eso probablemente quiere decir que eran buenos. Solo asiento con los buenos. ¿Qué pintas?

—Paisajes, sobre todo —dijo Robert—. Paisajes contemporáneos.

—Bueno, suena lo suficientemente inofensivo.

—¿Mides el arte por su capacidad para infligir daño?

—No —dijo Lyle—, por supuesto que no. ¿Por qué los jóvenes de hoy sois tan literales?

—No lo sé —respondió Robert—. Pregúntaselo a alguien joven.

Lyle miró a Robert, quien a su vez miraba la carretera que se iba desplegando frente a ellos.

—Estoy de un humor terrible, ¿verdad? —dijo—. Lo siento. Este fin de semana me ha alterado un poco.

Robert no dijo nada.

—¿Te gusta Skowhegan? —preguntó Lyle.

—Me gusta poder pintar todo el día. Tener tiempo para ser un artista. O fingir que lo soy. No puedo permitirme ese lujo en Nueva York.

—¿Por qué no?

Robert se encogió de hombros.

—No puedo permitírmelo —dijo.

—Si eres un artista de verdad, no puedes no permitirte —dijo Lyle.

—Gracias —respondió Robert—. Lo tendré en cuenta.

—Lo decía con la intención de animarte —dijo Lyle—. De hecho, te admiro mucho. Intentar ser un artista; querer pintar a estas alturas... requiere coraje. Ser pintor, pasar tiempo pintando cuadros, pensar que puedes pintar algo que importe requiere mucho coraje.

Robert no respondió. Lyle miró por la ventanilla. Ahora conducían por una autopista y ya no parecía Maine. Podrían estar en cualquier parte. Continuaron en silencio hasta que, finalmente, llegaron al aeropuerto.

—Llegamos pronto —dijo Lyle—. Creo que comeré algo. ¿Te apetece comer conmigo?

Para su sorpresa, Robert aceptó. Disfrutaron de un almuerzo no tan desagradable en el terrible restaurante del aeropuerto. Lyle se bebió tres copas de vino y se achispó un poco. Le dio su número a Robert y le dijo que lo llamara cuando volviera a Nueva York. Para su sorpresa, Robert lo hizo.

Quedaron para ir al cine una tarde de julio y después cenaron en el jardín de un restaurante.

—Bueno —dijo Lyle—, ¿cómo va la pintura?

—No va —dijo Robert—. He tenido que parar.

—¿Por qué?

—Me he quedado sin estudio. Bueno, ni siquiera era mío.

—¿De quién era?

—De un amigo. Se fue a Barcelona por un año y me dejaba usarlo mientras tanto. Pero resulta que no estaba pagando el alquiler. Cuando volví de Skowhegan habían cambiado la cerradura.

—Vaya, ¿y no puedes pagarlo tú?

—No —respondió Robert.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo dinero. Casi no puedo ni pagar mi piso. De hecho, no puedo.

—Sé de un estudio que podrías usar —dijo Lyle.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—Bueno, no es realmente un estudio, pero podría serlo. ¿De qué formato es tu trabajo?

—No muy grande.

—Tengo una habitación vacía en mi casa. Podría convertirse en un bonito estudio. Podrías usarlo, si quieres.

—¿Tienes una casa?

—La típica casa de ladrillo rojo —dijo Lyle—. En Bank Street. Es una tontería no usarla. ¿Por qué no vienes y le echas un vistazo?

—¿Esta noche? —preguntó Robert.

—Bueno, en algún momento —dijo Lyle.

Lyle comprendió que Robert asumía que el estudio era solo un pretexto para invitarlo a su casa. Piensa que le quiero seducir, pensó Lyle. Qué patético debo parecer. Con todo, darse cuenta de ello no le impidió preguntar:

—¿Qué tal mañana por la noche?

—Mañana por la noche trabajo —dijo Robert.

—¿Qué tal el miércoles, entonces?

—De acuerdo —dijo Robert—. Si estás seguro.

—Sí —dijo Lyle—. Lo estoy.

Durante el camino de vuelta a casa, Lyle se preguntó si efectivamente estaba tratando de seducir a Robert. Era difícil saberlo, pues el sexo, como la geometría, era una materia que Lyle había aprendido en tiempos y que ahora asumía haber olvidado. A veces se masturbaba, rápida y desapasionadamente, como quien se encarga del mantenimiento de un coche. Pero la sensación de deseo lo había abandonado; era un miembro amputado, una memoria vaga y a veces dolorosa, más evocada que sentida. Y aun así, la insinuación de Robert de que Lyle estaba interesado en seducirlo —y de que tal vez era capaz de

hacerlo— lo hizo sentirse menos seguro de aquello que, presumiblemente, no deseaba. Lo puso nervioso y, durante todo el miércoles, mientras esperaba la llegada de Robert, se sintió un poco ansioso. Recordaba el rostro de Robert durante la película. Parecía dibujado en la oscuridad con tiza luminosa, sereno y atento. Robert poseía unos rasgos pequeños y bellos, de un tono intenso: los ojos oscuros y negros parecían perpetuamente sorprendidos y alerta y estaban rodeados de una blancura como recién lavada; los labios finos y firmes, también oscuros, desvelaban una dentadura impoluta. Los rostros bellos suelen parapetarse tras la consciencia de su propia belleza; no así el de Robert, que semejava más un don que su dueño aún no había aprendido a retener.

Mientras esperaba por Robert, Lyle decidió adecentar un poco el estudio, o al menos echarle un ojo. De todas las habitaciones de la casa, esta era la única que había sido exclusivamente de Tony. Lyle había entrado en ella pocas veces mientras Tony vivía y solo una después de su muerte. Permaneció fuera, frente a la puerta cerrada, por un momento. No estaba seguro de qué iba a encontrarse al abrir: no le hubiera sorprendido hallar moho y telas de araña. Sin embargo, como en realidad era de esperar, todo estaba como lo había dejado, solo un poco más polvoriento.

Lyle se sentó frente al escritorio. Había un post-it de color verde claro sobre el tapete de la mesa con la dirección de un hotel de Buenos Aires. Tony se había labrado una carrera de éxito escribiendo artículos de viajes para revistas. En algún momento se había hablado de escoger algunas de sus «mejores» piezas y de imprimirlas, en un formato elegante, como homenaje póstumo. Supuestamente, Lyle tenía que encargarse de editar la compilación, pero hasta ahora no había hecho nada. Había empezado a revisar las pilas de revistas que se agolpaban en la habitación, separando las que contenían artículos de Tony de las que no. Pero no había hecho grandes progresos, porque había empezado a releer sus textos, tratando de encontrar en aquellas palabras familiares y triviales algún mensaje nuevo y subliminal. Lyle sentía que tenía que haber cosas que no sabía acerca de Tony. Desde luego que había cosas que no sabía sobre Tony, pero mientras Tony vivía, no lo parecía. Tony siempre había aparentado ser una persona fácil, nada complicada, incluso un poco superficial. Lyle había pensado que el duelo por su muerte sería intenso, sencillo y terapéutico. Pero no lo estaba siendo: se prolongaba, reacio a cooperar. Lyle creía que el carácter de un duelo debía adecuarse más a su objeto que al sujeto, pero su duelo no se ajustaba a Tony.

Estuvo leyendo hasta que oscureció demasiado para seguir haciéndolo. Cuando fue a encender la lámpara, no sucedió nada. La bombilla estaba fundida. Permaneció allí sentado un rato más, sin leer, mientras la oscuridad se hacía completa. Robert tenía que llegar hacia las siete de la tarde. Lyle sabía que era más tarde que eso, pero no miró el reloj porque no quería saber lo tarde que era, lo tarde que se estaba haciendo. Se quedó sentado en la oscuridad, sintiendo cómo se iba apoderando de él, lentamente, una amarga decepción. O tal vez no fuera algo que lo iba colmando, sino algo que lo iba vaciando. Que goteaba. Se dio cuenta de la esperanza y la expectación con las que había vivido esos últimos días. Había pensado que su vida podía estar, al fin, a punto de cambiar. Qué ingenuo soy, pensó, y qué estúpido. Mi vida no va a cambiar. Se sintió hundido de nuevo en lo más profundo de su tristeza, como si no hubiera hecho avance alguno en su duelo por la muerte de Tony. Había dado por sentado que el proceso progresaría de manera matemática, como una disminución gradual pero inexorable de la tristeza. Como un viaje lento pero seguro. Uno dejaba atrás la ciudad amada y la miraba menguar en la distancia hasta que desaparecía vaga pero afectuosamente, ausente pero recordada. Sin embargo, el viaje de Lyle no estaba siendo así. Se sorprendía a sí mismo aferrándose una y otra vez a las puertas cerradas de la ciudad desierta.

Miró el reloj. Eran las nueve y veinte.

Salió a cenar a un restaurante chino que había a la vuelta de la esquina, no muy bueno y por lo tanto casi siempre medio vacío. Aunque nunca había ido allí con Tony, ahora sí iba a menudo, solo, y el personal era amable con él. Era el tipo de establecimiento frecuentado casi exclusivamente por comensales solitarios. Un local silencioso, apagado y con un aura de expectación; como una sala de espera, donde uno podía decirse: no estoy realmente aquí, este no es mi destino, solo estoy de paso; voy de camino a otro lugar en el que no estaré solo.

Lyle pidió un martini y tomó asiento mientras bebía. Al otro lado de la calle podía ver la esquina de un edificio de apartamentos. Advirtió que entre la segunda y la tercera planta había un friso con mosaicos de un color azul intenso y dorado decorando el muro de estuco. Nunca antes se había fijado en ello y no podía entender qué hacía algo así en un edificio tan feo y anodino. Siguió contemplándolo, sentado. Estaba seguro de que nadie había reparado en ello antes, tan extraña era la altura a la que el friso estaba colocado. Observó aquellos mosaicos y deseó poder hacerles saber, de algún modo, que alguien los contemplaba. De repente, todo el esfuerzo humano destinado a

crear belleza se le antojaba fútil y patético; y su *pathos*, acrecentado por el martini que estaba a punto de terminarse, era insondable y abrumador.

Necesito cambiar mi vida, pensó. Es insoportable. Estaba a punto de llorar, pero la llegada de su cena, que oyó cómo traían ya, lo salvó de ese bochorno. En aquel restaurante, todos los platos chisporroteaban audiblemente en el momento de ser servidos, como si el espectáculo de su presentación compensara su mediocridad.

Había regresado a casa y estaba en su propio estudio leyendo un artículo sobre el carnaval de Río que había escrito Tony —ningún mensaje subliminal en él— cuando sonó el timbre. Miró el reloj. Era poco más de medianoche. Decidió ignorarlo, pero le costó volver a concentrarse, así que, a los pocos minutos, se acercó a la ventana del dormitorio que daba a la calle y miró hacia el portal. Robert estaba en la escalera de la entrada, mirando hacia la calle. Iba vestido muy sencillamente, con pantalones negros y una camisa blanca. Permaneció allí de pie un rato y después se giró y se acercó al portero automático, estudiándolo en lugar de pulsar algún botón. Luego retrocedió un poco y miró hacia arriba, hacia las ventanas, y vio a Lyle.

—Hola —dijo con voz suave—. ¿Estabas dormido?

—No —respondió Lyle—. Llegas un poco tarde.

—Lo sé —dijo Robert—. He venido a disculparme.

—¿Quieres subir?

—¿No te importa? Sé que es un poco tarde.

Lyle respondió retirando la cabeza de la ventana y desapareciendo en el interior de la habitación. Al poco estaba quitando el cerrojo para abrir la puerta de casa. La planta baja del edificio consistía en una gran estancia con ventanas a ambos lados que daban a la calle y al jardín interior. El salón que había en la parte delantera se iba transformando gradualmente en una cocina, a medida que se llegaba al fondo.

—Siéntate —dijo Lyle—. Pareces acalorado. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Un poco de agua, por favor —dijo Robert mientras tomaba asiento en un gran sofá de cuero.

Lyle llenó dos vasos grandes con agua del grifo. Le alcanzó uno de ellos a Robert y se sentó en una silla, frente al sofá.

—Bueno —dijo, después de que ambos hubiesen bebido un poco de agua—, así que venías a disculparte.

—Sí —dijo Robert—. Siento mucho no haber podido venir esta tarde. Al final me tocó trabajar hasta ahora y no pude pasarme.

—Podías haber llamado.

—Iba a hacerlo, pero perdí tu número.

—Estaba convencido de que habías cambiado de opinión —dijo Lyle—. Estaba convencido de que no volvería a verte.

—No —dijo Robert—. Lo siento. Las cosas se han complicado esta noche, eso es todo. Me cambiaron el turno en el último minuto.

—¿Eres camarero? Tienes toda la pinta.

—Sí —dijo Robert.

—¿Dónde?

—En un restaurante indio.

—¿En la calle Seis?

—Sí.

—¿Cuál?

—El Agra.

—Creo que no he ido por allí.

—No te pierdes nada.

—¿Eres indio?

—Soy medio indio —dijo Robert—. Mi padre es indio.

—¿Y tu madre?

—Era americana, pero murió.

—Lo siento —dijo Lyle.

—Falleció hace mucho tiempo. Cuando yo era niño —Robert dio un sorbo a su vaso.

—¿Naciste en la India? —preguntó Lyle.

—Sí —respondió Robert.

—¿Y creciste allí?

—Hasta los catorce años. Después me vine a vivir con mis abuelos a Wilmington.

—Eso debió ser un choque fuerte.

—La verdad es que no era muy feliz en la India, con mi padre. Así que estuvo bien.

—¿Eras feliz en Wilmington?

Robert se rio.

—No —dijo—. Pero lo soy ahora. Soy feliz en Nueva York. Al menos creo que lo soy.

—Con la salvedad de que necesitas un estudio —dijo Lyle—. ¿Subimos y le echamos un vistazo?

—Puedo volver otro día si es muy tarde —dijo Robert—. Solo quería disculparme.

—Y lo has hecho. Y estás disculpado —Lyle se incorporó—. Así que vayamos a ver la habitación. Está arriba —dijo—. Por aquí.

Subieron la escalera estrecha y curva y después Robert siguió a Lyle por un corredor que llevaba a la parte trasera del edificio.

—Aquí lo tenemos —dijo Lyle.

Abrió la puerta y presionó el interruptor de la luz, pero la habitación siguió a oscuras.

—Oh —dijo Lyle—. Me olvidé. La bombilla está fundida. Echa un ojo mientras voy a buscar otra.

Robert se aventuró en la calurosa estancia. Era una habitación pequeña y llena de cosas, con un escritorio sobre el que se apilaban revistas, libros y papeles. En el suelo, sobre un soporte, había un globo terráqueo, tan grande como un balón medicinal. Robert trató de hacerlo girar, pero estaba atascado. Un gran ventanal daba a los árboles del jardín trasero de la casa. Abrió la ventana y se asomó. Debajo, en uno de los jardines, había gente cenando. Podía escuchar el murmullo de sus voces y sus risas y el repiqueteo de los cubiertos, pero no alcanzaba a ver sus figuras por lo tupido que era el follaje de las ramas que los separaban. Robert no se había dado cuenta de que aquellas casas tenían jardines traseros. Había dado por hecho que todos los edificios de la ciudad estaban divididos, como el suyo, por patios de luces.

Lyle volvió con una bombilla. La sostenía en la mano como si fuera una curiosidad. Estaba esmerilada en un tono rosáceo y suave, semejante a una concha marina.

—Probemos con esta —dijo.

Quitó la pantalla de papel marrón de la lámpara del escritorio y desenroscó la bombilla para reemplazarla por la nueva. Una luz cálida y rosada bañó el cuarto. Lyle miró a su alrededor.

—Madre mía —dijo—. ¡Qué desorden!

Cogió algunas pilas de revistas del sofá y luego se quedó de pie con ellas en las manos, ya que no parecía haber sitio alguno donde ponerlas.

—Siéntate aquí.

Robert se sentó en el sofá mientras Lyle continuaba de pie, sosteniendo el montón de revistas.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Lyle.

—No está vacía —respondió Robert.

—¿Cómo? —dijo Lyle.

—La habitación. Dijiste que tenías una habitación vacía que no usabas. Pero es obvio que sí la usas.

—Bueno... —dijo Lyle, y miró a su alrededor, como si se tratara sencillamente de dar con ese vacío—. Llevas razón. Pero no la uso. Quiero decir, que podríamos vaciarla si quisieras usarla como estudio. Lo hubiera hecho yo mismo, pero no he tenido tiempo.

—¿Por qué no la usas? —preguntó Robert.

—No es... Bueno, era de Tony —dijo Lyle.

—¿Y ya no?

—No —dijo Lyle.

Revolvió las revistas un momento, como si estuviera buscando una en particular.

—Tony murió —dijo finalmente.

—Oh —dijo Robert.

—El verano pasado.

—¿Era tu pareja? —preguntó Robert.

Lyle asintió.

—Lo siento —dijo Robert.

Robert movió otro montón de revistas del sofá y las puso en el suelo para dejar un sitio libre junto a él.

—Siéntate —dijo.

Lyle se sentó junto a Robert. Sus cuerpos no se estaban tocando, pero Robert pudo sentir la calidez que despedía el de Lyle, y también olerla. Era un olor natural y aun así singular, una suerte de transpiración emocional.

—¿Era escritor? —preguntó Robert.

—Sí —dijo Lyle—. Entre otras cosas. Escribía sobre viajes. Artículos facilones para revistas estúpidas. Sobre la diarrea del viajero y bla bla blá —añadió lanzando una de las revistas al suelo.

—¿Viajabas con él?

—A veces.

Robert cogió la revista del suelo.

—Me encantaría viajar —dijo—. Creo que viajar es lo más interesante a lo que uno puede dedicar su tiempo.

—¿A dónde te gustaría viajar? —preguntó Lyle.

—No lo sé. A cualquier parte. Quiero ir a Sudamérica. Y a Japón. Y a Europa, por supuesto. A todas partes, básicamente.

Lyle siempre había sostenido que viajar era una actividad inútil, que solo servía para distraerse. Decía esto, sobre todo, porque era algo que Tony hacía. Tony viajaba y Lyle se quedaba en casa, así que Lyle había terminado por despreciar el hecho de viajar. No necesitas ver el mundo para conocerlo, decía. O viajar no te enriquece, te agota. Toda suerte de comentarios falsos y pretenciosos. Soy una persona falsa y pretenciosa, pensó. Todavía lo soy.

—Pareces cansado —dijo Robert—. Deberías acostarte ya.

—Creo que estoy demasiado cansado para irme a la cama —dijo Lyle—. Voy a tomar una copa de vino. ¿Quieres una? Te ofrecería una cerveza, pero no tengo.

—¿Estás seguro? —preguntó Robert—. No quiero entretenerte.

—Sí —dijo Lyle—. Tómame una conmigo, por favor.

—De acuerdo —dijo Robert.

—Vuelvo enseguida —dijo Lyle.

Extendió su mano y tocó la cabeza de Robert, y después bajó las escaleras.

Robert abrió una de las revistas. Estaba viendo una foto del Muro de Berlín derruido cuando Lyle regresó con dos copas de vino. Robert dejó la revista.

—Y bien —dijo Lyle—, ¿qué te parece?

Robert pensó que se refería a la revista.

—Parece interesante —dijo.

—Me refiero a la habitación. A si te convence como estudio. Sacaríamos todo esto fuera, por supuesto. Es más grande de lo que parece. Lo verás cuando la despejemos.

—Pero... —comenzó Robert.

—Pero ¿qué?

—¿No quieres...? Quiero decir, ¿de verdad quieres mover todas estas cosas?

—Sí —dijo Lyle, alcanzándole una copa de vino a Robert antes de dar un sorbo a la suya—. Debería haberlo hecho hace mucho. Solo necesitaba una buena razón. Ahora la tengo. Al menos espero tenerla. Eres pintor, ¿no? ¿Necesitas un estudio?

—Sí —respondió Robert—, pero...

—Pero ¿qué?

—Es solo que... bueno, no estoy seguro de si está bien. Me refiero a que creo que debería pagarte un alquiler o algo así. Podrías alquilar esta habitación por un montón, probablemente.

—Tal vez. Pero no quiero hacerlo. Quiero que tú la uses como estudio. Por supuesto, si no quieres usarla, por favor dímelo. No quiero forzarte.

Robert no sabía qué decir, así que no dijo nada.

—Lo siento —dijo Lyle, transcurrido un momento—. A veces tiendo a impacientarme cuando la gente es tan educada. Es muy maleducado por mi parte. Perdóname.

Se levantó y miró por la ventana. Los invitados de la cena de abajo estaban despidiéndose. Un coro de «buenas noches» ascendió flotando en la oscuridad. Lyle miró a Robert. Miró su nuca y su cabello oscuro, liso y brillante. Se acercó al escritorio y apagó la luz. Un enrejado de sombras de hojas y ramas se proyectó en el techo trazando un arco. Lyle se sentó junto a Robert. Quería tocarlo de nuevo, pero no sabía cómo ni dónde, así que levantó la mano y amagó un gesto extraño, como si estuviera sosteniendo algún objeto pesado.

—Lo siento —dijo.

—No pasa nada —dijo Robert, y se acercó la copa a los labios.

Permanecieron sentados así por un momento, sin hablar. Lyle estiró el brazo y posó su mano en la pierna de Robert, sobre su pantalón oscuro. Robert no respondió. Miraba fijamente hacia el frente, como había hecho en el cine, observando algo.

Transcurridos unos instantes, Lyle dijo:

—Estoy cansado.

—Ya me voy —dijo Robert, dejando su copa.

—No, no quería... A lo que me refería es... ¿estás cansado? —Lyle hizo una pausa—. Quiero decir, vámonos a la cama. Me gustaría dormir contigo. Solo dormir.

Robert miró hacia el suelo, a su copa de vino. En la oscuridad apenas podía discernir su color.

—¿Sí? —preguntó Lyle—. ¿No?

—Sí —dijo Robert.

Lyle se incorporó.

—Mañana —dijo—, despejaremos la habitación.

Unos pájaros que se habían posado sobre el alféizar de la ventana despertaron a Lyle. Robert seguía dormido. Estaba vuelto hacia el otro lado, tumbado de costado. La sábana le cubría las piernas y la cintura, pero la espalda, los brazos y la cabeza estaban expuestos, su belleza envuelta por la luz suave de

la mañana. Lyle levantó la sábana para echar un vistazo a las nalgas de Robert. Eran más pálidas que el resto de su cuerpo, redondeadas y firmes, incluso mientras dormía. Le apeteció alargar la mano y tocarlas, pero temió despertarlo, aunque a Lyle le hubiera encantado que se lo hicieran.

El sueño corre un velo sobre algunas personas, se las lleva consigo. Pero en el caso de Robert, solo lo inmovilizaba. Yacía ahí, presente y sereno. No rechinaba los dientes, no tenía espasmos, no se rascaba, no bostezaba y no roncaba; el suyo era un sueño asombrosamente simple y pacífico. A Lyle le dio la sensación de que si uno desenrollara a Robert como a una momia, no encontraría debajo nada malo, nada podrido o roto o innecesario; todo él, hasta los mismos huesos, aparecería pulcro y perfecto.

Cuando Lyle se levantó de la cama, los pájaros abandonaron bruscamente el alféizar. Aquel pequeño escándalo sacudió ligeramente a Robert, pero no lo despertó. Se giró y se volvió hacia la parte de la cama que Lyle acababa de dejar vacía. Lyle lo observó reubicarse. Después se vistió y bajó al piso de abajo.

Había hecho café y estaba sentado en el pequeño balcón de hierro forjado, asomado al jardín, cuando sonó el teléfono. Volvió a la cocina y contestó.

—¿Es un poco pronto, verdad? —dijo Marian—. ¿Te he despertado?

—No —dijo Lyle.

—Tenía la intuición de que ya estabas despierto.

—Me acabo de levantar. Estaba sentado en el balcón, tomando un café.

—Yo me acabo de dar un chapuzón.

—Qué suerte la tuya —dijo Lyle.

—Sí —respondió Marian—. El agua estaba deliciosa.

—Tengo muchas ganas de que llegue el fin de semana —dijo Lyle.

—Por eso llamaba. Para preguntarte cuándo vas a subir. ¿Puedes venir el viernes?

—Lo dudo —dijo Lyle—. Creo que iré el sábado por la mañana, casi seguro.

—Vale, es que estaba planeando organizar una pequeña cena —dijo Marian—. ¿La hago el sábado, entonces?

—Sí —dijo Lyle—. ¿Quién viene?

—Se llama Laura Ponti. Es italiana. Conocía a la madre de John. Ha alquilado una casa por aquí cerca. La conocimos en una fiesta la otra noche y luego me la volví a encontrar en la librería. Habían llegado los ejemplares que había pedido de *Neo-esto*, *neo-aquello* y pasé a recogerlos. Me preguntó por

qué había pedido tantos. Ella sabía quién eras y le conté que éramos amigos. Como parecía muy interesada, la invité a cenar.

—¿Cuántos libros encargaste?

—Cinco —dijo Marian—. ¿Le digo que el sábado, entonces?

—Sí —dijo Lyle.

—Te caerá bien. Es muy chic y muy inteligente. Pero ven el viernes, si puedes. O cuando sea. Hace años que no subes. Esto de vivir en el campo se hace muy aburrido sin ti por aquí. Cuando nos mudamos me dijiste que vendrías a visitarnos todo el rato.

—He estado hasta arriba —dijo Lyle—. ¿Qué tal John?

—Apenas lo veo. Cuando no está en el huerto, está construyendo un muro de piedra en el prado, junto al río. Se mete en el bosque con una carretilla, saca piedras enormes de la tierra y se las trae de vuelta. Es una pérdida absoluta de tiempo y de energía, pero lo mantiene ocupado.

—¿No está buscando otro trabajo?

—No. Dice que a lo mejor en otoño, pero dudo que lo haga. Si no necesitas trabajar y no te gusta trabajar y odias la ciudad, ¿qué sentido tiene?

—Uno necesita mantenerse ocupado.

—Bueno, ese muro debería tenerlo ocupado durante un par de años.

—¿Y Roland? ¿Cómo está?

—Muy bien —dijo Marian—. Echa de menos a su padrino.

—¿Ya habla? —preguntó Lyle.

—Por Dios, no —respondió Marian—. No tiene ni un año.

—Ya se podía dar prisa. Prefiero los bebés que hablan.

—Lo que tienen los bebés es que no hablan —dijo Marian.

—Entonces no les pillo la gracia —respondió Lyle.

—Se la pillarás cuando veas a Roland —dijo Marian.

—¿Cómo estás?

—Bien. Está siendo un verano francamente bueno.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió Marian—. Mejor que bien. Muy tranquila y estable. Toquemos madera.

Lyle escuchó un sonido hueco y distante y después una carcajada de Marian.

—Ay, ¿no es terrible? —dijo Marian—. Aspirar a la estabilidad. Es un poco patético, ¿no?

—No —respondió Lyle—, en absoluto. Me alegra mucho oír que estás bien.

—Lo único que echo en falta es a ti. ¿Qué has estado haciendo?

Lyle escuchó el ruido de la cadena y a Robert bajando las escaleras.

—Un montón de cosas, de hecho —dijo—. Pero te las cuento el fin de semana, ¿de acuerdo?

—¿Cómo? No, no, cuéntamelas ahora.

—No —dijo Lyle—. Cuando nos veamos.

—Intenta subir el viernes, ¿lo harás?

—Lo intentaré —dijo Lyle.

—Muy bien. Disfruta del desayuno.

—Tú también. Adiós.

Lyle colgó cuando Robert entraba en la cocina.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días.

—¿Quieres un café? —preguntó Lyle.

—Sí —dijo Robert—, yo me lo sirvo.

Lyle lo miró ponerse el café. Llevaba sus pantalones negros de camarero, sin camisa.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien —dijo Robert.

Se asomó a la terraza con el café. Había una mujer sentada en una mesa debajo de ellos, leyendo el periódico. La mayor parte del jardín estaba cubierta por un pavimento de pizarra, moteada de líquen. En los márgenes había macizos de hiedra entre los que se erguían varias urnas de cobre atestadas de geranios de un rojo pintalabios. En el centro, cerca de donde estaba la mujer, había un bebedero de piedra para pájaros.

—¿Quién es la que está ahí, en el jardín? —preguntó Robert, entrando de nuevo a la cocina.

—Daphne —dijo Lyle—. Vive justo debajo. Alquila el apartamento del sótano.

—¿El edificio es tuyo?

—Sí —dijo Lyle—. Ahora sí. Era de Tony.

—Es muy bonito —dijo Robert.

—Lo sé —dijo Lyle.

Robert permaneció junto a la terraza, estudiando el jardín.

—Ven aquí —dijo Lyle, señalando su regazo.

Robert se lo pensó un momento y, finalmente, se sentó en el regazo de Lyle. Lyle rodeó el pecho de Robert con sus brazos y lo sostuvo así.

—¿Con quién hablabas tan temprano? —preguntó Robert.

—Con una amiga mía. Vive al norte del estado. Voy a visitarla el fin de semana que viene.

—Qué apetecible —dijo Robert.

—¿Sí? Supongo que sí. Pero no me apetece mucho.

—¿Por qué no? —preguntó Robert.

—Bueno, es una larga historia. Es complicado.

Lyle dejó reposar su barbilla sobre el hombro de Robert, de modo que su boca quedaba junto a la oreja de él.

—Ha sido muy agradable dormir contigo —dijo—. Gracias.

—De nada —respondió Robert.

—Hacía siglos que no dormía acompañado. Es terrible lo agradable que puede resultar.

—¿Terrible por qué? —preguntó Robert.

—Porque luego lo echas de menos —dijo Lyle.

Acarició el pecho desnudo de Robert, buscando sus pezones.

—¿Lo volverías a hacer? —preguntó.

—¿Dormir contigo? —dijo Robert—. Sí, lo haría.

Lyle aguardó un momento, mientras su pulgar descifraba, una y otra vez, los sencillos puntos de Braille del pecho de Robert.

—¿Volverías conmigo a la cama ahora? —preguntó Lyle.

Robert arqueó ligeramente la espalda.

—¿Ahora? —dijo—. Sí.

John había preparado el desayuno y lo estaba llevando al jardín. Tenían una vieja mesa redonda bajo la morera y por la mañana la arrastraban para ponerla al sol. John había colgado un cestillo de una rama, en el que Roland se echaba sus siestas muy a gusto.

Marian venía de darse su baño matutino y cruzaba el césped con paso resuelto.

—Oh, fantástico —dijo—. Estaba deseando que pudiéramos desayunar fuera. Hace una mañana preciosa.

—Sí, otra más —dijo John mientras sacudía el mantel manchado de mora. Estaba húmedo y olía aún a noche.

Marian sacó a Roland de su cestita, que se balanceó hacia adelante y hacia atrás, suspendida en el aire. Hasta ahora había sido un bebé débil y enfermizo, pero todo el mundo decía lo bueno que era —lo poco que lloraba, lo contento que parecía—, pero a medida que crecía, su bondad y su docilidad comenzaban a alarmar a Marian. En secreto, la inquietaba que algo pudiera no estar bien, aunque la pediatra no compartía su alarma. Le había dicho que diera gracias a su buena estrella por tener un bebé tranquilo. Pero a Marian le hubiera encantado que Roland gritara o que tirara cosas. Pasaba largas horas con él, leyendo o cantando o diciéndole tonterías y, si bien él no parecía aburrirse, tampoco parecía prestar especial atención. A veces sonreía, débilmente, como si recordara algo, de otra vida, que le hacía gracia.

—¿A qué hora se ha despertado? —preguntó Marian.

—Hace un rato —dijo John, mientras colocaba de nuevo el mantel sobre la mesa y lo alisaba—. Deberíamos comprar un mantel nuevo, este está hecho un desastre.

—Para desayunar cumple su función —respondió Marian.

Volvió a poner a Roland en la cesta. Un pájaro carpintero aterrizó sobre el tronco del árbol.

—Mira —le dijo a Roland, señalando al pájaro—: pájaro.

Roland miró.

—Pájaro —repitió Marian—. Pajarito.

—¿El qué? —preguntó John.

—Hay un pájaro en el árbol. Un pájaro carpintero, creo.

John alzó la vista. El pájaro echó a volar.

—Se fue —dijo Marian—. ¡Adiós!

—¿Te vas a duchar? —preguntó John.

—Sí, pero rápido. Me muero de hambre.

—¿Sacas el café, por favor? Y el periódico, si ha llegado.

—Sí —dijo Marian.

Subió al piso de arriba. Su cama estaba sin hacer y la habitación necesitaba un poco de orden. Después. Se quitó el camión, que todavía estaba húmedo. Se asomó a la ventana del baño para ver cómo John daba de comer a Roland. John estaba hablando al bebé y Marian abrió la ventana para escuchar qué le decía, pero John la oyó, miró hacia arriba y dejó de hablar. Marian lo saludó con la mano, sacudió el camión y lo tendió en el alféizar. Al meterse en la ducha oyó el timbre del teléfono sonando abajo, en la cocina.

Cuando regresó con el café, John estaba arrancando malas hierbas del césped. Usaba como ayuda una herramienta dentada, y la vehemencia con la que la hundía en la tierra a menudo preocupaba a Marian. Roland gateaba por la hierba junto a su padre.

—¿Has cogido el teléfono? —preguntó Marian.

—Sí —dijo John—. Era Lyle.

—¿Qué quería? Sigue en venir, ¿no?

—Sí —dijo John.

Se puso de cuclillas y se quitó la camiseta. La lanzó hacia el bebé y aterrizó sobre la cabeza de Roland, cubriéndola.

—A ver si se la quita —dijo John.

—No —replicó Marian—. Lo has asustado.

Retiró la camiseta de la cabeza de Roland, que la miró.

—Aquí está —dijo Marian—. La camiseta de papá.

—Va a subir con alguien —dijo John.

—¿Lyle? —preguntó Marian.

—Sí.

—¿Va a traer a alguien? ¿El fin de semana? ¿Quién?

—No ha dicho quién. Un amigo, ha dicho.

—¿Ha llamado sin más y ha dicho que venía con alguien?

—No —dijo John—. Ha preguntado si nos parecía bien. Y yo le he dicho que por supuesto que sí.

—¿Qué amigo?

—No lo ha dicho.

—¿Te ha dicho que lo llamara yo luego?

—No —dijo John.

—No mencionó ningún amigo cuando hablé con él el jueves.

—A lo mejor es un amigo nuevo. A lo mejor lo acaba de conocer.

—Pero ¿seguro que es un hombre?

—No estoy seguro —respondió John—. Creo que ha dicho amigo, sí.

—¿Por qué se iba a traer a un hombre que acaba de conocer? ¿No crees que es un poco raro?

—No he dicho que lo acabara de conocer. A lo mejor es un viejo amigo.

—Sí, has dicho que lo acababa de conocer.

—Bueno, me ha dado esa impresión. Puedo estar equivocado. Probablemente sea un viejo amigo.

—Pero conocemos a todos los amigos de Lyle. No hablaría de un viejo amigo como «un amigo». Además... bueno, Lyle suele subir aquí huyendo de sus amigos. No se traería a uno de ellos.

—Pues sí lo hará —dijo John—. Mañana, en el tren de las 11.40.

—Pero eso... eso lo estropea todo.

—¿Qué es lo que estropea?

—Había invitado a cenar a Laura Ponti.

—¿Quién es Laura Ponti?

—¿No te acuerdas? La mujer italiana que conocimos en casa de Derek y Granger. La que decía que conocía a tu madre.

—¿Esa señora mayor?

—No es tan mayor —dijo Marian—. Es muy interesante. Y está deseando conocer a Lyle, así que era todo perfecto.

—¿Y cuál es el problema ahora?

—Pues que ahora seremos cinco y no cuatro, contando con el misterioso amigo de Lyle.

—¿Y qué problema hay en que seamos cinco? Ni que quisieras liar a Lyle con la señora mayor.

—Eso no tiene ninguna gracia —dijo Marian—. No, es solo que... bueno, hay una diferencia entre cuatro y cinco. Cuatro es una reunión íntima y cinco, no. Todo el mundo lo sabe.

—Yo no —respondió John—. Yo no veo el problema.

—Ay, no es un problema. Solo es... raro. Es muy raro. Que Lyle llame así y diga que se trae a alguien. No lo entiendo. Quería que todo fuera perfecto este fin de semana porque...

—¿Porque qué?

—Porque... ¿sabes qué fin de semana es este?

—No —respondió John.

—Es el aniversario. De la muerte de Tony.

—Ah —dijo John.

—Por eso es por lo que quería tener a Lyle aquí y pasar un fin de semana tranquilo.

—Bueno, estoy seguro de que será un fin de semana tranquilo. No hay para tanto. Sencillamente, Lyle se trae un amigo. Deberías estar feliz.

—¿Crees que él se acuerda?

—¿De qué?

—De que es el aniversario.

—Por supuesto.

—¿Por qué? Tú no te acordabas.

—Tony no era mi pareja.

—Era tu hermano —dijo Marian.

—Sí —dijo John—, lo era.

Volvió a hundir la escarada en la tierra y luego se irguió.

—Vamos a desayunar —dijo—. ¿Había llegado el periódico?

—Me olvidé de mirar —dijo Marian—. Voy a llamarlo.

—¿A Lyle? ¿Qué pasa con el desayuno? Decías que te morías de hambre.

—Y me muero de hambre —dijo Marian—. Ahora vuelvo.

—¿Qué crees que debería hacer con las camas? —le preguntó Marian a John aquella noche.

Estaban en el salón. John leía el periódico en el sofá; Marian estaba sentada en el suelo, doblando la colada. Los insectos pululaban por el techo, lanzándose contra las bombillas.

—¿El qué? —respondió John, hablando a través del periódico abierto.

—Las camas —repitió Marian—. Las camas para Lyle y su amigo.

—No lo sé —dijo John, hasta que, finalmente, bajó el periódico—. ¿Qué quieres decir con qué hacer?

—Me refiero a si dormirán juntos —respondió Marian—. ¿Hago una cama o dos?

—Dos. Y que decidan ellos —dijo John, y volvió a agazaparse en su guarida.

—¿En habitaciones diferentes?

—No lo sé —respondió John—. No. En la misma está bien. Ponlos en el cuarto amarillo.

Marian observó a John por unos momentos. Luego dijo:

—No me ha devuelto la llamada.

—A lo mejor ha estado fuera todo el día. ¿Qué hora es?

—Las diez —dijo Marian—. Las diez y veinte. A lo mejor lo intento otra vez.

John no respondió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Marian.

—Sí. Estoy bien —respondió John sin bajar el periódico, pero mirando hacia un lado—. Cansado.

—Yo no —dijo Marian—. Tengo el estómago revuelto. No sé si habrá sido el pescado.

—Ven aquí —dijo John, palmeando el hueco de sofá que estaba junto a él—. Échate.

Marian se acercó y se tumbó en el sofá, con la cabeza reposando sobre el regazo de John. Los pantalones cortos de John olían a sudor y al huerto; su rostro se ocultó de nuevo tras la marquesina del periódico.

—Baja el periódico —dijo Marian—. Por favor.

—Déjame terminar esto —dijo John.

Marian esperó. Finalmente, John dobló el periódico y lo tiró al suelo. Apagó la luz y retiró el pelo del rostro de Marian, recogéndolo y formando con él un bucle apretado.

—Estás molesta —dijo, como si pudiera percibirlo a través de su cabello.

—Sí —dijo Marian.

—Las cosas van a cambiar con Lyle.

—Lo sé —respondió Marian.

—No deberías dejar que eso te moleste.

—No es cuestión de dejar o no dejar.

John liberó el bucle de pelo y Marian sintió cómo su cuero cabelludo se relajaba. Estiró el brazo en la oscuridad buscando las manos de John y encontró una. La sostuvo entre las suyas y la palpó, como si fuera un objeto que tratara de identificar. Después la posó sobre su frente.

—Estoy preocupada por algo más, también —dijo.

Transcurridos unos instantes, John preguntó de qué se trataba. Fue un momento extraño, suspendido, como un derrape durante el que el mundo comienza a dar vueltas alrededor del coche, lenta y rápidamente al mismo

tiempo, mientras el horizonte pierde tracción en la distancia. Pero el «qué» de John lo detuvo.

—Estoy preocupada por Roland.

—Los médicos han dicho que no hay razón para preocuparse —dijo John.

—Los médicos pueden equivocarse —respondió Marian.

—Sí —dijo John.

—No debí haber dado a luz con una partera —dijo Marian.

—¿Qué quieres decir?

—Tendría que haberlo tenido como Dios manda, en un hospital.

—¿Por qué? —replicó John—. Salió bien. Todo fue bien.

—No —dijo Marian—. No creo que cogiera oxígeno lo suficientemente rápido. Se estaba poniendo azul.

—La pantera dijo que eso era normal.

—Creo que mentía.

—Creo que no debemos especular con cosas así. Si algo no estuviera bien, Marian, la pediatra lo sabría. Lo sabría y nos lo diría. Cuanto más te preocupes, peor parece y peor se vuelve. Tienes que relajarte con él. Estaba muy gracioso conmigo ahora, cuando fui a acostarlo.

—¿Sí? —preguntó Marian, sentándose—. ¿En qué sentido, gracioso?

—No me dejaba ponerle el pijama. Pataleaba y se reía.

—¿De verdad se reía?

—Sí —dijo John.

—Deberías haberme avisado.

—Sé que suena raro —dijo John—, pero, en cierto sentido, yo le entiendo. Quiero decir que creo que está bien. Lo creo. Solo es un poco tímido. Es reservado, como su padre.

—Pues no puedo con ello —dijo Marian—. Con tanto hombre reservado.

—Bueno, Lyle viene mañana —respondió John—. Eso debería animar un poco el ambiente.

—Me voy —dijo Marian desde la valla del huerto.

John, que estaba a cuatro patas arrancando malas hierbas, no respondió. Marian repitió lo que acababa de decir, gritando más alto. John alzó la vista de repente y dijo:

—¿Qué?

—Me voy a recoger a Lyle. ¿Quieres que me lleve a Roland o te lo dejo?

—¿Por qué no te lo llevas?

—De acuerdo —dijo Marian—. Pero entonces tendré que mover el asiento del coche.

—Pues déjalo aquí conmigo.

—¿Le echarás un ojo?

—Claro que sí. ¿A que te gusta ayudar a papá con el huerto, Roland?

Roland no respondió. Marian lo depositó al otro lado de la valla, sobre la hierba. Roland gateó hacia su padre.

—¿Vas a pasar por la licorería? —preguntó John.

—Sí —dijo Marian—. ¿Qué has decidido sobre la cerveza?

—Podías comprar una caja, para que tengamos algo.

—¿Cuál cojo?

—No sé —respondió John—. Bass o alguna parecida.

—Creo que pasaré por Elmer's a ver si tienen atún o pez espada. Lo podemos hacer a la plancha.

—Me parece buena idea. Vete ya o llegarás tarde a la estación.

Marian miró el reloj.

—Tengo tiempo de sobra. ¿Cariño?

—¿Sí?

—No irás a pasarte toda la tarde escondido en el huerto, ¿verdad?

—No me escondo en el huerto —replicó John—. Trabajo en el huerto.

—Lo sé. Pero no esta tarde, ¿vale?

—No, claro que no —dijo John—. Estoy deseando ver a Lyle. Cuando acabe con esto iré a por el juego de croquet. Está en el sótano, ¿verdad?

—Debería estar —respondió Marian—. El verano pasado no jugamos nada.

—No —dijo John.

—Me voy, entonces, deséame suerte.

—¿Para qué necesitas suerte?

—Ay, no lo sé. Solo quiero que todo salga bien.

—Si quieres que salga bien, saldrá bien —dijo John.

—¿Estás seguro? —preguntó Marian.

—Sí.

—El tiempo es perfecto. —Marian miró hacia el cielo.

—¿Lo ves? Te lo estoy diciendo.

—Pero yo no controlo el tiempo.

—¿No? Yo creía que sí.

—Levanta —dijo Marian, indicando a John con la mano que se acercara—. Ven aquí.

John se incorporó y caminó hasta la valla.

—¿Qué? —dijo.

—Nada —respondió Marian.

Le dio un beso y luego apoyó el rostro sobre su hombro. John la rodeó con sus brazos, pero mantuvo las manos en el aire, porque estaban llenas de tierra y Marian iba completamente vestida de blanco. La besó en el cuello y después deslizó su boca desde su mandíbula hasta su hombro. Permaneció con los labios allí, en el hueco que se le formaba encima de la clavícula.

—Te quiero —le dijo, porque era verdad y porque sabía que era lo que ella quería escuchar.

Laura Ponti estaba sentada junto a la piscina, esperando a que llegara su hija, Nina, y viendo cómo una de las jardineras recogía las moras que habían caído sobre las baldosas. Los jardineros venían incluidos con la casa que había alquilado para el verano. Laura estaba reformando su villa, situada en las afueras de Florencia, y había decidido pasar el verano en Estados Unidos para estar cerca de su hija, que estaba rodando una película en Nueva York. Nina era actriz. Le daban muchos papeles en lo que ella denominaba «películas de acción»; papeles en los que invariablemente enseñaba los pechos.

Nina había tratado de convencer a su madre de que alquilara una casa en los Hamptons, pero Laura se había negado. No le gustaba especialmente el mar y, sobre todo, no le gustaba cómo se comportaban los norteamericanos cuando se congregaban cerca de él. Siempre intentaban parecer sensuales y decadentes, dos cosas para las que, en su opinión, los norteamericanos no estaban bien dotados. Así que había dicho a su agente inmobiliario: «Una casa de campo bonita al norte del estado». Y eso es lo que él le había buscado: una casa nueva y moderna, con paredes acristaladas, tarimas de madera y una piscina, todo ello rodeado de bosques. Las personas que la habían construido ya no tenían dinero para seguir viviendo en ella. He aquí otra de las cosas para las que los norteamericanos parecían tener problemas: vivir dentro de sus posibilidades.

La piscina era para Nina (una alternativa al mar), pero Nina todavía no la había usado. Todas las semanas llamaba diciendo que tenía que repetir tomas durante el fin de semana y que no podía subir. Estaba rodando una película sobre un asesino en serie que criaba palomas en la azotea de su bloque de apartamentos. Nina hacía de prostituta. Tenía ahora treinta años y, desde que cumplió los doce y la enviaron a un internado en Estados Unidos, Laura había dejado de tener la sensación de ser su madre. Tampoco es que hubiese sido nunca especialmente maternal. Nina siempre había sido muy precoz e independiente y nunca había parecido particularmente interesada en tener una madre, y Laura debía admitir que lo de ser madre siempre la había descolocado un poco. Cuando Nina estaba en el internado y los amigos le

preguntaban por ella, Laura pensaba: ah, es verdad, Nina; tengo una hija. Nunca había sentido que la descuidaba, pues no se puede descuidar a alguien que no desea tu cuidado ni lo suscita. Ahora, siendo ambas adultas, tenían una relación extraña y tensa, como la que tienen dos viejas amigas que han seguido rumbos distintos y fingen preservar el vínculo propio de un tiempo pasado.

—¿Por qué no las barres directamente? —le dijo Laura a la jardinera.

Los nombres de las jardineras eran Margaret y Evie, pero no estaba segura de quién era qué. De quién era quién. Eran lesbianas, le habían dicho por ahí. Vivían la mitad del año allí y la mitad del año en Palm Beach, donde también se ocupaban de jardines y piscinas. Por regla general, Laura ignoraba a las personas que trabajaban para ella, pero, técnicamente, las jardineras estaban empleadas por los dueños de la casa y, además, estaba aburrida. Era raro que estuviera aburrida aquella mañana. Había estado sola gran parte del verano y aun así nunca se había aburrido. Era la espera de Nina, la anticipación, lo que la aburría.

La jardinera, que estaba sentada en cuclillas, miró hacia Laura.

—Se espachurrarían —dijo—, y mancharían las baldosas.

—¡Ah! —fue todo lo que Laura alcanzó a decir. Siempre existía una razón para todo. Bueno, no, pensó, eso no era verdad. Sencillamente he hecho una pregunta para la que había una respuesta; sería un error concluir que hay una respuesta para todo. No hay una respuesta para todo. De hecho, estoy segura de que no hay una respuesta para muchas más cosas que aquellas para las que sí la hay. Miró a la jardinera, y se estaba planteando si había algo más que le pudiera preguntar, si había alguna manera de convertir aquel intercambio en una conversación, cuando escuchó un coche entrando en el aparcamiento de la casa. Se levantó, pero al poco se sintió ridícula esperando así, de pie, y se volvió a sentar.

—¿Te importaría acercarte hasta la entrada y decirle a mi hija que estoy aquí? —le dijo a la jardinera.

La jardinera la miró frunciendo el ceño. Dejó caer un puñado de moras en un cubo plateado y se limpió las manos, manchadas de púrpura, en sus pantalones cortos. Se puso de pie y rodeó la casa en dirección a la entrada.

Oh, vamos, no te pongas así, por favor, pensó Laura. Yo pensaba que sería un receso agradable después de tanto recoger moras. Se preguntó si aquel asunto de las moras no sería un timo. Tal vez las jardineras las recogían para venderlas luego a un puesto de fruta. Tal vez debería pedirle el cubo

cuando terminara de recogerlas. Pero ¿qué haría yo con ellas? ¿Uno se las comía? ¿O hacía licor con ellas? No, eso era con las bayas de saúco.

Nina apareció por un lateral de la casa. Detrás de ella venían dos hombres y la jardinera. Llevaba unos vaqueros ceñidos, una camiseta de hombre sin mangas y tacones. Parecía una prostituta muy guapa. Laura pensó que tal vez trataba de seguir metida en el papel, aunque en su fuero interno sabía que su hija era vulgar.

—¿Este sitio es imposible de encontrar! —dijo Nina mientras se aproximaba—. ¡Y está lejísimos! Hemos tardado la vida en llegar. ¿Qué hora es? Hola, madre.

Nina posó su mano sobre el hombro de Laura y la besó en ambas mejillas.

—Este es Anders —dijo señalando a uno de los hombres, alto y atractivo de una forma desaliñada y disoluta—. Y este Jerry. Jerry es quien nos ha traído. Decidí pasar de alquilar un coche, pensé que sería más barato alquilar una limusina. Pero me temo que no ha sido así, esto está mucho más lejos de lo que creía. Así que le debemos dinero a Jerry.

—¿Cuánto? —preguntó Laura.

—Cien —dijo Nina—. Y le dije que podía darse un baño. ¡Dios, la piscina es increíble!

—No sabía que ibas a traer gente —dijo Laura.

Estaba de pie en su dormitorio, contando cien dólares de su monedero. Nina estaba sentada en la cama.

—Tienes suerte de que fuera al banco ayer. Toma —dijo Laura, alcanzándole el dinero a Nina.

—¿Y la propina? —dijo Nina—. ¿No deberíamos darle algo de propina? Tiene que hacer todo el viaje de vuelta a la ciudad.

—Creía que los cien dólares incluían la propina —dijo Laura.

—Déjame otros veinte, madre. Me lo reembolsarán en la productora. Cubren gastos como estos.

Laura sacó otro billete de veinte dólares. Sabía que nunca volvería a ver aquel dinero. No le importaba tirar el dinero, le fastidiaba tirarlo con Nina.

—No me dijiste que venías con un amigo —repitió.

—Lo sé —dijo Nina.

Se acercó a la ventana y miró hacia la piscina. Jerry estaba haciendo el muerto en la zona donde cubría.

—No lo supe hasta esta mañana. Me daba pena Anders. Es holandés y es su primera película en Nueva York. No tenía dónde ir este fin de semana.

Todo el mundo se iba fuera. Y tú me habías dicho que la casa era grande.

Se dio la vuelta, dejando la ventana a su espalda.

—Es bonita la casa —dijo—. ¿Te gusta?

—Está bien —respondió Laura—, para un verano. Pero desprende un tufillo terrible a casa alquilada.

—¿Qué quieres decir?

—Se nota perfectamente que se han llevado todas las cosas decentes que tenían. He tenido que ir a comprar sábanas de algodón y vajilla de cristal. Las copas de vino eran de plástico.

—Es bonita, aun así —dijo Nina, alejándose de la ventana—. ¿Dónde duermo? Anders puede dormir conmigo. Estamos... bueno, dormiremos juntos. Es supermajo. Es holandés. Déjame llevarle el dinero a Jerry y librarme de él. Después podemos comer. ¿Has comido?

—No —respondió Laura.

—Se está muy bien aquí. Cuesta un huevo llegar, pero es muy bonito.

Comieron los tres fuera, en una mesa protegida por una sombrilla, junto a la piscina. Jerry, las moras y la jardinera se habían ido y Laura se había relajado un poco. No le gustaba que estar con Nina la pusiera de mal humor y motivara su reprobación, pues eso la hacía sentir vieja y rígida —cuando ella no se veía así—, y le irritaba que su hija suscitara en ella esas actitudes. Así que decidió relajarse.

—¿Eres actor? —le preguntó a Anders.

—No —dijo Anders—. Soy entrenador de animales. Entreno palomas.

—Anders puede conseguir que una paloma haga cualquier cosa —dijo Nina, que había empujado su silla hacia atrás para ponerse al sol.

—¿Trabajas solo en cine? —preguntó Laura.

—Ahora, sí —dijo Anders.

—Se encargó de los perros de *Zarpas* —dijo Nina.

—No he visto *Zarpas* —dijo Laura.

—Sí la viste. Al menos eso me dijiste. Es la de los perros de presa que se vuelven locos.

—¿Estás especializado en violencia? —preguntó Laura.

—Acción —dijo Anders.

Son todos unos hipócritas, pensó Laura. Hacen películas violentas y las llaman películas de acción.

—Pero ¿con acción no te refieres a violencia? —dijo.

—Ay, madre —intervino Nina—, son solo pelis estúpidas. Entretenimiento. Para adolescentes. ¿Tienes crema para el sol?

—No —dijo Laura.

—Dios, tenía que haber traído. Se supone que no me puede dar el sol. Tengo que parecer una prostituta muy pálida.

Nina se encendió un cigarrillo y se acercó a la piscina. Se sentó en el primero de los escalones que descendían hacia el agua en la zona menos profunda.

—Bueno, ¿y qué tal por aquí? ¿Qué has estado haciendo? —dijo.

—No mucho —respondió Laura, mientras observaba cómo Anders pelaba las uvas verdes con una navaja antes de comérselas.

Si bien solía admirar a la gente que pelaba la fruta, quitarle la piel a las uvas le parecía un poco excesivo. Anders se concentraba con esmero y atención en cada uva, antes de introducírselas rápidamente en la boca, como si una exposición prolongada al aire pudiera dañar la pulpa húmeda.

—¿Has estado trabajado en tu libro? —preguntó Nina.

—Un poco —dijo Laura—. Ordenando mis notas.

—¿Estás escribiendo un libro? —preguntó Anders.

—Sobre mi difunto marido —respondió Laura—. Ettore Ponti. Era arquitecto.

En realidad, el libro no acababa de arrancar. Se había pasado el último año recopilando las cartas que su marido había escrito a amigos y colegas, solo para descubrir (o quizá para confirmar) la persona tan profundamente aburrida y poco interesante que era. La idea había sido otra al principio, cuando aún estaba aturdida por su viudedad.

—Uno de tus difuntos maridos —dijo Nina.

—Mi último marido —clarificó Laura.

Anders le ofreció una uva pelada. Se la acercó sosteniéndola entre los dedos pulgar y corazón. Bajo la luz del sol semejaba una gran gema sin pulir.

—No, gracias —dijo Laura.

—¿Y estás reformando tu casa de Italia? —preguntó Anders.

—Sí, estoy intentando traerla al siglo xx, mientras todavía hay tiempo. Las cañerías eran muy antiguas.

Nina se había metido en el agua.

—Espero que mantengas la grifería. Y espero que el agua no tenga mucho cloro —dijo—. O me saldrá una erupción. ¿A cuánto estamos de Woodstock? Alguien me dijo que hay un buen restaurante allí.

—A unos cuarenta minutos —dijo Laura—. ¿Cuál?

—No lo sé. *Chez* algo. ¿Quieres ir? ¿O hacemos algo aquí? ¿Hay barbacoa?

—Esta noche salgo —dijo Laura.

—¿A dónde?

—Tengo una cena. Si hubiera sabido seguro que venías, hubiera pedido que te invitaran también, pero creo que ahora es un poco tarde.

—¿Con quién? —preguntó Nina.

—Con una pareja que me encontré en una fiesta. Conocía a la madre de él. ¿Te acuerdas de Iris Kerr? Aquella mujer americana tan guapa y con tanto dinero que vivía en Roma y se emborrachaba tanto. Pues es su hijo. Vive aquí cerca con su mujer.

—¿Tony Kerr? ¿Está casado?

—No. No es Tony, es el hijo americano. Se llama John.

—Me pregunto qué fue de Tony. Me rompió el corazón.

—¿Sí? —dijo Anders—. ¿Cuándo?

—Oh, fue hace siglos. Éramos unos niños. Fuimos a Marruecos juntos.

—Tú nunca fuiste a Marruecos con Antony Kerr —dijo Laura.

—Sí que fui.

—¿Cuándo? ¿Cuántos años tenías? —preguntó Laura.

—Ni me acuerdo —dijo Nina—. Era muy joven. Unos dieciocho, creo. Estaba locamente enamorada de Tony. Era el hombre más maravilloso que había conocido nunca. Pero le gustaban los chicos.

—Es lo que suele pasar con la mayoría de los hombres guapos, por desgracia —dijo Laura—. Es desalentador.

—¿Cómo es su hermano? —preguntó Nina.

—Es su hermanastro. No llama mucho la atención, es bastante callado. Guapo, eso sí. Hablé con su mujer, que no es callada precisamente, habla por los codos.

—Si son tan terribles, ¿por qué vas a cenar con ellos?

—No son terribles —dijo Laura—. Además, uno socializa con quien puede. Sobre todo cuando está lejos de la civilización.

—Pero estamos nosotros —dijo Nina—. Esta noche nos tienes a Anders y a mí.

—Te tengo esta tarde y todo el día mañana. Esta noche quiero salir. Tendrás que perdonarme si no me pliego a tu agenda, Nina. Ha sido casi imposible quedar contigo este verano.

—En ese caso, Anders y yo iremos a Woodstock.

—No tenéis coche —dijo Laura.

—¡Ah! —dijo Nina.

Estaba erguida en la piscina y deslizaba suavemente las palmas de las manos sobre la superficie del agua.

—Pues nos quedaremos por aquí —concluyó.

Nina miró a su madre durante unos instantes —una mirada rara y serena que no delataba ni enojo ni decepción; una mirada, sin embargo, Laura lo sabía, que pretendía que se sintiera juzgada— y después se zambulló en el agua.

Tony murió el último día de julio. Llovía. Llevaba en casa de Marian y John unos diez días, en cama, cada vez más débil, pero no aproximándose a la muerte. O sí, por supuesto aproximándose a ella, pero la muerte todavía parecía muy lejos. Tony se negó a volver a la ciudad y al hospital. Quería morir en casa de John y Marian.

El día que falleció, aunque no sabía que sería el día en que Tony moriría, Marian había salido de casa por la mañana a hacer algunas compras. Estaba embarazada de ocho meses. John estaba en Nueva York, porque todavía trabajaba en la ciudad entonces. Lyle estaba sentado junto a Tony.

Mientras Marian conducía hacia el pueblo dejó de llover y el cielo se aclaró. Salió de la carretera y se detuvo. Sabía que a aquella altura había un sendero que descendía hasta un arroyo a través del bosque. Sentía que necesitaba un momento a solas.

En el bosque, los árboles goteaban, pero el suelo estaba seco. Permaneció un rato sobre el puente de troncos que salvaba la corriente henchida, contemplando cómo el agua corría furiosa bajo sus pies. Estuvo así hasta que empezó a llover otra vez y se retiró del puente para buscar cobijo bajo los árboles. El sonido de la lluvia y del río parecían extrañamente poderosos. No desagradables, tan solo enérgicos. Toda aquella agua derramándose sobre el mundo.

Cuando regresó a casa, le pareció que esta tenía un aspecto diferente, como cerrada y vacía. Después vio a Lyle sentado en las escaleras de la entrada, con la puerta cerrada a sus espaldas, y su primer pensamiento fue: «Se ha dejado las llaves». Aparcó el coche en el garaje, pero dejó la compra dentro, y caminó alrededor de la casa hasta la entrada. Lyle no se levantó.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó—. ¿Qué sucede?

—Tony —respondió.

—¿Qué?

—Ha muerto —dijo Lyle—. Está muerto.

Marian quiso preguntarle si estaba seguro, pero sabía que no podía. En cierto modo seguía sin creerle, así que se lo preguntó.

—¿Estás seguro?

Lyle la miró. Su cara estaba tan empapada por la lluvia que Marian no podía discernir si estaba o había estado llorando.

—Dejó de respirar —dijo Lyle—. Y su corazón no late.

Lyle se atragantó un poco. Un momento después no había duda de que estaba llorando.

—Ven dentro —le dijo Marian, casi con ferocidad.

Lo ayudó a levantarse y abrió la puerta. En el recibidor lo abrazó, lo mejor que pudo, contra su tripa hinchada, mientras oía y sentía su llanto. No había cerrado la puerta y miró fuera, a la lluvia que jarreaba sobre la hierba oscura y húmeda y a los árboles enormes y su miríada de hojas. La gente no debería morir en verano, pensó, no cuando el mundo está así de exuberante. Abrazó a Lyle, que lloró durante lo que pareció un rato muy largo. Marian casi olvidó qué era lo que había pasado, hasta tal punto la desorientaba estar abrazando a Lyle en el recibidor con la puerta de casa abierta de par en par. Transcurrido un rato, se sentaron en el último peldaño de la escalera de la entrada. Marian se levantó y cerró la puerta. En el suelo de piedra de la entrada se había formado un charco de agua.

—Deberíamos llamar a John —dijo Marian—. Y a la policía, supongo. O a la ambulancia. No lo sé, ¿a quién deberíamos llamar?

—No lo sé —dijo Lyle.

—Voy a llamar a John. ¿Me esperas aquí sentado?

—Creo que voy a volver arriba —dijo Lyle.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Subo ahora mismo —dijo Marian.

Fue a la cocina y llamó a John. John le respondió que salía del trabajo inmediatamente y que llegaría a casa tan rápido como pudiera. Marian se sentó un momento junto a la mesa, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Después subió al piso de arriba. La puerta de la habitación de Tony estaba cerrada. Pensó: «Tal vez debería quedarme abajo un rato más», pero sintió que algo tenía que suceder y que era decisión suya. Llamó a la puerta. Lyle le dijo que pasara. Marian abrió la puerta. Había dos camas en la habitación. Habían hecho las gestiones para alquilar una cama de hospital, pero todavía no la habían traído, así que en la habitación había dos camas individuales, dos camas antiguas de madera, a juego. Tony yacía tumbado en una de ellas con un brazo colgando por uno de los lados, con la cabeza echada hacia atrás. Sus ojos estaban cerrados. La almohada estaba en el suelo. Lyle estaba echado en

la otra cama, en la postura en que Marian imaginaba que debía reposar un muerto: tumbado boca arriba y recto, con las manos cruzadas sobre el estómago, como si estuviera asumiendo él la muerte de Tony. Se acercó a una de las ventanas y la abrió. Después se sentó en la cama junto a Lyle y puso su mano sobre la de él.

—John ya está de camino —dijo.

Lyle asintió.

—Creo que debería llamar a la policía —dijo Marian— y averiguar qué hay que hacer.

Lyle asintió de nuevo.

—¿Quieres beber algo? —preguntó Marian.

—Ahora no.

Marian miró a Tony.

—¿Puedo moverlo? —preguntó.

Lyle miró a Tony. Permaneció un momento en silencio, sin responder. Marian estaba a punto de fingir que no había hecho la pregunta cuando Lyle dijo:

—Sí.

Marian se incorporó y trató, con delicadeza, de enderezar el torso de Tony para disponerlo en una postura similar a la de Lyle, pero los miembros inanimados y rígidos de Tony no cooperaban. Lo colocó tan recto como pudo y cubrió su cuerpo con la manta, alisándola después. No pudo sin embargo cubrir su rostro, que acarició con los dedos. Su cabello estaba sucio. Marian y Lyle tenían intención de lavárselo con champú aquella noche.

Lyle se había sentado y la observaba.

—Era lo que quería —dijo Marian—. Morir aquí. Contigo.

Lyle levantó los hombros hacia sus orejas y sacudió la cabeza, y luego todo el cuerpo, en un sollozo.

—No sé lo que quería —dijo.

Marian se sentó en la cama y volvió a abrazar a Lyle mientras lloraba. Esta vez el llanto duró menos, y pensó: así será a partir de ahora, cada vez más corto, cada vez menos lágrimas, hasta que ya no quede ninguna. Pero se equivocaba. El arco del duelo de Lyle no respondería a patrón alguno.

Cuando Lyle terminó de llorar esta segunda vez, Marian dijo:

—Ahora voy a llamar a la policía.

—Sí —dijo Lyle.

—¿Por qué no bajas conmigo y bebemos algo?

—Ahora bajo —dijo Lyle—. En un minuto.

—Vale —dijo Marian.

Parecía una respuesta terrible: vale. ¿Cómo puedes decirle que «vale», con Tony, muerto, en la habitación? Pero había dicho «vale», y, en efecto, valía si Lyle se quería quedar sentado allí un rato más.

Marian bajó las escaleras. Su llamada a la policía puso en marcha una cantidad considerable y compleja de actividad que ocupó el resto de la tarde y de la noche. La muerte es complicada. Cuando los rememoraba, veía los momentos que había pasado en la casa, sola con Lyle y el cuerpo de Tony, como si fueran el ojo de una tormenta. Por un lado estaban la frenética actividad que había rodeado la enfermedad de Tony y el difícil periodo del duelo posterior, pero esas horas que quedaban en medio habían sido tan calmas y serenas que era como si una quietud se hubiera apoderado por un momento de ellos, de ella, de Lyle y de Tony, para luego desvanecerse.

—Es raro —dijo Lyle—. Normalmente suele estar aquí, esperando.

Él y Robert estaban de pie en el aparcamiento de la estación, que, una vez habían partido el tren y los coches que habían venido a su encuentro, estaba vacío y silencioso.

—¿Nos sentamos? —preguntó Robert.

Cerca de la acera en la que esperaban había un banco de cemento con poca pinta de cómodo. Junto a él había varias máquinas expendedoras de periódicos.

—No —dijo Lyle con cierta brusquedad.

Tras percibir su tono, añadió:

—Quiero estirar las piernas.

Comenzó a pasear, como si no hacerlo lo hubiera convertido en un mentiroso. Robert se sentó en un banco y lo miró. Empezaba a hacer calor. Robert estiró sus piernas desnudas bajo el sol, obstruyendo el paso a Lyle.

—Siéntate —le dijo—. Relájate.

Lyle caminó un poco más, solo para que no pareciera que acataba órdenes de Robert, y se sentó junto a él.

—Pareces nervioso —dijo Robert.

—Lo estoy —dijo Lyle.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Yo soy el que debería estar nervioso —dijo Robert.

—¿Por qué deberías estar nervioso?

—Por estar a punto de conocer a John y a Marian.

—Pero ya te he dicho lo agradables y lo maravillosos que son. No tienes ningún motivo para estar nervioso.

—Entonces, tú tampoco.

—No —dijo Lyle—, supongo que no.

Se recostó contra el respaldo del banco. A decir verdad, se sentía como si se estuviera poniendo malo. Es el tren, trató de decirse a sí mismo, aunque sabía que no era el caso. Nada acerca de quién era o dónde estaba, de con

quién estaba o a dónde iba le parecía bien en sí o por sí mismo, y la idea de estar ahí sentado junto a Robert esperando a que Marian los recogiera y los llevara a casa se le antojaba de súbito formidablemente estúpida y espantosa. Se estaba preguntando si todavía había tiempo para cambiar de andén y coger un tren de vuelta a la ciudad, cuando vio desviarse un coche de la carretera principal y descender la colina en dirección a la estación. Era Marian. Intentó decir algo, pero no podía hablar. Así que señaló hacia el coche. Robert dijo:

—¿Es ella?

Lyle asintió y se levantó. Advirtió cómo Robert se ponía de pie junto a él, cómo Marian paraba el coche delante de ellos y saltaba fuera del vehículo. Parecía tan animada y tan contenta que, por un momento, la emoción de verla después de tanto tiempo le hizo olvidar sus miedos. Todo va a ir bien, pensó.

—¡Ay, ya sabía que estaríais esperando! —exclamó Marian—. Siento llegar tarde. ¿Lleváis mucho aquí?

—No —consiguió decir Lyle—. Muy poco. Marian, este es Robert. Robert, Marian.

—Hola —dijo Robert, y él y Marian se dieron la mano.

—Nos hace tanta ilusión que hayas venido este fin de semana... —dijo Marian. Luego se volvió hacia Lyle—. Y tú, Lyle... —lo abrazó muy fuerte, frotando su espalda—. Qué alegría verte. Estás estupendo.

Lyle pudo ver cómo Robert los miraba abrazarse desde detrás de Marian. Sonreía de un modo que Lyle no entendía bien, pero al que tampoco concedió importancia, así que cerró los ojos. Marian lo estrechó con más fuerza, como si hubiera percibido que había cerrado los ojos y Lyle supiera que ella había cerrado los suyos también —en un abrazo fuerte y ciego—, y luego se separó de él.

Después subieron todos al coche. Lyle se sentó delante, junto a Marian, y Robert detrás, con el equipaje.

—Tenemos que parar un momento en la pescadería y la licorería y luego vamos directos a casa —dijo Marian—. Espero que no os importe. ¿Te gusta el pescado? —le preguntó a Robert.

—Sí —respondió Robert.

—Bien —dijo Marian.

Estaban esperando a que se abriera el semáforo. Durante unos momentos, nadie dijo nada. Una vez arrancaron de nuevo, Marian dijo:

—¿Qué tal el viaje en tren?

—Muy bien —respondió Lyle.

—¿Iba muy lleno?

—Sí —respondió Lyle.

—Me parece un trayecto tan bonito —dijo Marian—. Es uno de mis favoritos, remontando el río. ¿Lo habías hecho antes? —le preguntó a Robert.

—No —respondió Robert.

—¿Habías venido antes por esta zona?

Robert dijo que no.

—Es muy agradable —dijo Marian—. Sobre todo en verano. Está un poco en mitad de ninguna parte, así que no hay mucho que hacer, pero no es mayor problema. No es complicado acercarse a la ciudad si quieres hacer algo. Aunque ahora, con Roland, eso es parte del pasado.

Marian se rio.

—¿Cómo está Roland? —preguntó Lyle.

—Muy bien. Está ayudando a John con el huerto. Roland es nuestro hijo —dijo mirando al retrovisor—. Cumple un año el mes que viene.

—Me lo contó Lyle —dijo Robert.

Marian giró para meterse en el aparcamiento de un pequeño centro comercial y aparcó el coche.

—Voy a entrar un momento a comprar algo de pescado en Elmer's. ¿Os importa entrar en Kroegstadt's y coger cerveza? ¿Bebes cerveza? —le preguntó a Robert.

—Sí —respondió Robert—. Me gusta la cerveza.

—Genial —dijo Marian—. Entonces elegid alguna que os guste. John me ha dicho que compremos una caja. Aquí van veinte dólares. ¿Es suficiente para una caja? No tengo ni idea.

—Nosotros pagamos la cerveza —dijo Lyle.

—No, no, no seas tonto —dijo Marian—. Toma —insistió, ofreciendo el billete a Robert—. Cógelo, por favor. Insisto.

Robert no sabía qué hacer.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Sí, por favor. No te lo perdonaré si no lo coges.

John estaba intentando preparar el campo de croquet a pesar de las continuas interferencias de Roland, que gateaba detrás de él arrancando cada uno de los aros tan pronto los clavaba en la hierba. Se trataba de un juego, John se daba cuenta, y de un juego que Roland se tomaba muy en serio, aunque de vez en cuando emitía un gorjeo entrecortado de placer. Jugaron a aquello durante unos veinte minutos, hasta que Roland se cansó. Luego John se dedicó a

golpear una bola de croquet amarilla a lo largo del césped, mientras Roland se tumbaba sobre el resto de bolas, como si estuviera incubándolas.

El juego de croquet había sido un regalo de Tony, que era un excelente jugador. Solía adoptar una actitud engañosamente relajada, balanceando el mazo con una mano y sosteniendo un cóctel o un cigarrillo con la otra, jugando de forma distraída y descuidada hasta que llegaba un momento en la recta final del juego en el que dejaba el vaso o el cigarrillo y conducía la partida hacia una conclusión fulgurante y, en su caso, siempre victoriosa. «¡Veneno!», gritaba, «¡ahora soy veneno!».

La madre de John se había divorciado de su padre y se había mudado a Italia cuando John tenía cinco años. Él se había quedado con su padre en Nueva York. Tony nació un año después. Su padre era italiano, pero como su propia madre solía decir «nunca estuvo realmente en la foto». Al principio, John pasó varios veranos en Europa con su madre y con Tony, pero Tony era tan solo un bebé entonces, así que John solía jugar solo en los sitios de veraneo que su madre frecuentaba en el Mediterráneo. Después de uno o dos veranos más de aquello, sin embargo, el padre de John le propuso como una opción más apetecible apuntarlo a un campamento, y John accedió. Camp Phoenicia era muy diferente de Club Azul, pero a John le gustó la diferencia. Era capaz de apreciarla, incluso entonces. Ocasionalmente, cuando estaba allí, en el denso y cálido bosque de pino americano, percibía una repentina fragancia de cipreses que lo retrotraía a Italia y pensaba: «Tony y madre están en la playa». No soy como ellos, se decía a sí mismo. A continuación pensaba en su padre, que estaba en Nueva York con Florence (su madrastra) y Susannah (su hermanastra) y pensaba: no soy como ellos tampoco. Estoy aquí, solo, en New Hampshire, en Camp Phoenicia. En cierto modo, nunca había perdido esa percepción de sí mismo, pues aquel era el primer momento en que recordaba haber tomado conciencia de sí, haber comprendido quién era. Y John sentía que no había cambiado de manera sustancial desde entonces. Los años transcurridos eran como un estanque de agua clara; siempre podía mirar hacia atrás y ver y reconocer, a través de ellos, a aquel niño, solo, en el bosque.

Un verano apuntaron también a Tony a Camp Phoenicia. Por entonces, John era ya uno de los monitores junior. Tony odiaba el campamento. Odiaba todo lo que tenía que ver con él: las literas y los deportes y el agua fría del lago y la comida y a los otros chicos. Temblaba todo el rato y decía que no podía entrar en calor. Lo mandaron de vuelta a casa, a Italia, cuando apenas

llevaba dos semanas allí. John lo sintió como un fracaso. Se suponía que tenía que cuidar de su hermano.

La experiencia fue un poco traumática, pero a la larga demostró ser beneficiosa para ambos. Tony siguió cultivando su personalidad, muy diferente a la de John, y John dejó de intentar hacer de Tony un americano viril. Durante un tiempo, cuando eran adolescentes, asumieron que eran opuestos, no solo diferentes, y que tenían muy poco que ver el uno con el otro. Pero a medida que se hicieron mayores y más complejos, aquella polaridad extrema que habían asumido con tanta facilidad convirtiéndose en algo incómodo y difícil de mantener, y comenzó a fundirse. Siendo adultos, descubrieron que se caían bastante bien, que incluso sentían fascinación el uno por el otro.

John acababa de mandar la bola cerca del río de un mazazo cuando oyó cómo Marian lo llamaba desde la casa. Sostenía en brazos a Roland. Junto a ella estaban Lyle y un hombre joven en pantalón corto. Todos miraban desde el jardín hacia abajo, hacia él. Marian le hizo un gesto para que se acercara. John golpeó la bola tan fuerte como pudo y la persiguió prado arriba, dejándola a un lado en su ascenso.

—Has estado practicando —dijo Lyle—. Eso no vale.

—Hola —dijo John entre jadeos—. Qué alegría verte.

Se dieron un abrazo sincero, si bien un poco aparatoso, pues nunca habían trabajado mucho el aspecto físico de su amistad.

—Este es Robert —dijo Lyle—. Robert, este es John.

John y Robert se estrecharon la mano.

—¿Habéis tenido un viaje agradable?

—Sí —dijo Robert.

—Mira —dijo Lyle de repente, señalando hacia el río—. Ahí está el río.

—Sí —respondió Robert—, lo veo.

Robert se dio cuenta de que Lyle no estaba indicando tanto la ubicación del río como suscitando un comentario sobre él, así que añadió:

—Es muy bonito.

—Sí —dijo Lyle, mirando alrededor—. ¿Cómo va el huerto? —le preguntó a John.

—Creo que este año me he superado —dijo John—. Y tengo que enseñarte mi muro.

—Vamos a verlo —dijo Lyle.

—¿No queréis entrar en casa primero? —preguntó Marian—. Supongo que os apetecerá refrescaros un poco.

—Yo me siento fresquísimo —dijo Lyle.

—¿Y tú, Robert? ¿Por qué no llevamos vuestras cosas dentro y te enseño vuestra habitación? Y de paso te doy algo frío de beber. Tienes pinta de estar seco.

—Vale —respondió Robert.

—Yo entro ahora —dijo Lyle—. Tengo que ver ese muro.

—¿El muro es decorativo o funcional? —preguntó Lyle mientras él y John caminaban por el césped.

—¿Por qué? —preguntó John.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir con «por qué»?

—¿Por qué haces esa pregunta?

—Porque quiero saber la respuesta.

—No es ninguna de las dos cosas —dijo John—, hasta donde yo sé.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Lyle.

—Tal vez sea mejor que te enseñe el huerto. No sé si vas a entender el muro.

—¿Qué es lo que hay que entender?

—Que no hay nada que entender.

—Suena muy zen.

—Es por aquí —dijo John.

Se desvió de la zona de césped y atravesó la apretada hilera de abetos que lo bordeaba. Entre los árboles, el calor y la fragancia intensa se hacían desagradables. Al otro lado del seto, se extendía una pequeña pradera que Lyle nunca había visto antes, con una hierba que había crecido tan alta y tan espesa que su peso la hacía doblarse, cayendo hacia delante o hacia atrás, como un feligrés que se desploma en la iglesia. Un muro de piedra, de cerca de un metro de altura, se extendía sobre la pradera formando la silueta de una S imperfecta. Era una construcción ahusada, con piedras grandes en la base y otras pequeñas, casi guijarros, en la parte superior.

—Mira —dijo John.

Lyle comenzó a caminar alrededor del muro. Cogió algunas de las piedras más pequeñas y redondas de la parte de arriba, las palpó en su palma y las devolvió a su sitio.

—¿De dónde sacaste la idea? —preguntó.

—No lo sé —respondió John—. Empecé a construirlo y salió así.

—Me recuerda a algo —dijo Lyle.

—¿A qué?

—No sé decir. Algo en su forma y en el modo en que define el espacio. Me gustaría poder verlo desde el aire. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en ello?

—No mucho. Desde la primavera. Marzo.

—Es muy bonito —Lyle había vuelto a colocarse junto a John—. Es muy druídico. Deberíamos venir aquí por la noche y celebrar alguna ceremonia.

—¿Qué ceremonia?

—No lo sé —dijo Lyle—. Algo con velas y tambores. Deberíamos ir desnudos. Estoy seguro de que pasaría algo.

Permanecieron en silencio por un momento, contemplando el muro.

—Creo que debería ir a buscar a Robert —dijo Lyle—. Me parece que está un poco nervioso.

—¿Cuánto hace que lo conoces?

—No mucho.

—¿Cómo lo conociste? —preguntó John.

—Lo conocí en Skowhegan. Es pintor.

—Ah —dijo John.

—Estamos transformando el estudio de Tony en un estudio para él —dijo Lyle.

Sabía que estaba diciendo demasiado, demasiado pronto, pero era importante, pensaba, mencionar a Tony. Porque si hablaban de él, y lo incluían, su ausencia dejaría de perseguirlos.

—Parecía una tontería no aprovechar la habitación —añadió.

—Sí —dijo John—. ¿Es bueno?

—Si te digo la verdad, no tengo ni idea, y no me importa mucho. No me interesa convertirme en su mentor. Además, ¿no leíste mi libro? Mi teoría es que ya no puede haber pintores buenos porque hemos vivido la muerte de la pintura.

—Supongo que eso hace más fácil tu trabajo como crítico.

Lyle estaba mirando el muro. Proyectaba una extraña sombra curva sobre el suelo.

—¿Piensas que no debería haberlo traído? —preguntó.

—No —dijo John—, por supuesto que no.

—¿Lo piensa Marian?

—Tampoco. A los dos nos alegra que lo hayas hecho.

Guardaron silencio un momento.

—¿Cómo está Marian? —preguntó Lyle.

—Está bien. Desde que nos mudamos aquí está muy bien. Bueno, con excepción de lo de Tony, por supuesto.

—Claro.

—No sé —dijo John—, ¿cómo la ves tú?

—Bien —dijo Lyle—. Es una alegría verla.

—Sí —dijo John.

—¿Y qué tal tú?

—Estoy bien —dijo John—. Me gusta mucho esto, también.

—Es mi sitio favorito del mundo —dijo Lyle.

—Pues entonces deberías visitarnos más a menudo.

—Tengo intención de hacerlo. Necesitaba estar un tiempo alejado, creo.

—Te hemos echado de menos.

John también miraba el muro, como si fuera el foco de su atención.

—Creo que tu muro es precioso —dijo Lyle.

Volvieron a escurrirse entre los abetos y subieron la cuesta del jardín. El sol había ascendido lo suficiente para incidir sobre la parte trasera de la casa. Las ventanas centelleaban y Lyle pensó que nunca había visto nada tan hermoso. Marian y Robert están en algún lugar del interior de esa casa, pensó. Pero no podía imaginarse dónde estaban exactamente o qué se podían estar diciendo.

—Algunas partes de la casa son del siglo XVIII —dijo Marian mientras guiaba a Robert a la planta de arriba.

—¿Qué partes? —preguntó Robert.

—Oh, bueno, alguna parte de la bodega, creo, porque hay una... cómo se llama, una despensa antigua... y la chimenea de lo que antes era el salón de la entrada y ahora es la biblioteca. ¿Conoces a Derek Deitz y Granger Salomon?

—No —dijo Robert.

—Pues se dedican a restaurar casas antiguas. Han reformado unas cuantas por esta zona. Esta es una de las primeras que hicieron. Antes solíamos venir solo los fines de semana, pero nos mudamos definitivamente aquí hace un par de años.

Habían llegado a la segunda planta y se detuvieron un momento, sobre una mancha que la luz que se filtraba había formado en el rellano.

—Lo único que no es auténtico en la casa es ese tragaluz —dijo Marian, señalando la ventana acristalada que se abría sobre ellos en el techo inclinado—. Derek y Granger casi me denuncian cuando lo puse. Pero estaba tan oscuro si no, con los abetos tan cerca de la casa. Y no soporto las casas oscuras.

Marian dejó de hablar y Robert comprendió que se esperaba que hiciera algún comentario, pero se sentía perdido, a nadie le gustaban las casas oscuras. Sonrió.

—No creo que quede tan mal —dijo Marian—. Por lo menos no es una de esas claraboyas modernas que parecen burbujas. Y no se ve desde delante. La mandé hacer especialmente. Compré las ventanas en una subasta y encargué a un cristalero que las rehiciera con vidrio templado. Creo que tampoco hay que exagerar con lo de preservar la autenticidad. No quiero vivir en un museo.

—Siempre he pensado que estaría muy bien vivir en un museo —dijo Robert—. Parecen mucho más agradables que las casas.

—Pero no son hogares —respondió Marian—. Las casas son para vivir y los museos para visitarlos.

—Depende de la casa —dijo Robert.

Marian lo miró por un segundo, como si tratara de discernir si aquel comentario era una observación o un ataque. No sabía decirlo.

—Voy a ponerlos a Lyle y a ti en la habitación amarilla. Normalmente, detesto a las personas que se refieren a las habitaciones por su color, pero es algo que hemos terminado haciendo en esta casa, porque todas son de uno diferente. Tal vez te interese saber que los colores son réplicas de los que Jefferson usó en su casa de Monticello.

—Ah —dijo Robert.

—Si toda esta cháchara sobre la casa te aburre, dímelo. Por alguna razón, esta casa me incita a hablar de ella. Pero puede ser un rollo terrible, lo sé.

—No —dijo Robert—. Es interesante. Es una casa muy bonita.

Marian abrió una puerta que había en el rellano.

—Estas son las escaleras traseras —dijo—. Llevan a la cocina, si quieres coger un atajo. Aunque ahora que Roland ya gatea solemos tener esta puerta cerrada.

—Muy bien —dijo Robert.

—Vuestra habitación está por aquí —explicó Marian mientras cruzaba el corredor.

Las paredes estaban cubiertas con fotos enmarcadas de diferentes tamaños, algunas antiguas, otras recientes. Robert advirtió que eran todas de personas, de diferentes décadas y en diferentes países, todas mezcladas. Marian vio cómo las observaba.

—Hay una divertidísima de Lyle por algún lado. Aquí está —señaló una fotografía de Lyle vestido con un atuendo muy curioso, que incluía lo que parecían unos calzones y un blusón.

—¿Se supone que va de pirata? —preguntó Robert.

—No —se rio Marian—. Se supone que es Lisandro en *El sueño de una noche de verano*. Solíamos hacer una fiesta todos los años la noche de San Juan. La gente se disfrazaba de los personajes de la obra y la leíamos en el jardín. Lyle siempre participaba a regañadientes. Es curioso cómo a algunas personas que son profundamente teatrales luego les da reparo actuar cuando tienen la oportunidad de hacerlo. No lo entiendo.

Junto a la fotografía de Lyle disfrazado de Lisandro había otra en la que aparecía junto a otro hombre y un camello en el desierto. Varias pirámides interrumpían al fondo el horizonte vacío. El camello había movido la cabeza y salía borroso, pero los dos hombres salían inmóviles, mirando fijamente a la cámara, a Robert y a Marian.

—¿Es Tony? —preguntó Robert.

—Sí —dijo Marian—. Fueron a Egipto en... creo que fue el ochenta y siete. Lyle se estaba dejando el pelo largo en aquella época. Tiene una pinta terrible.

—Sí —dijo Robert.

Marian miró a Robert, como si no hubiera debido mostrarse de acuerdo en ello. Se volvió y se alejó de la pared con las fotografías.

—Podéis usar este baño de aquí —dijo.

Robert echó un vistazo al interior. Era más grande que un baño normal. Había una bañera con patas sobre el suelo, en el medio, y un sofá lleno de cosas apoyado contra una de las paredes.

—No tiene ducha, pero tiene una de esas cosas de mano —dijo Marian—. Espero que no resulte muy incómodo.

—Para nada.

—Cuidado con los escalones, aquí —dijo Marian, mientras bajaba los dos que conducían a la habitación que estaba al fondo del pasillo.

La habitación amarilla era pequeña, con varios techos inclinados y dos claraboyas. Las paredes estaban pintadas en un bonito tono amarillo, suave pero brillante, como el color de la mantequilla de verdad. Las cortinas y las colchas de las dos camas eran del mismo material, con flores de peonías rosas y blancas que estallaban sobre un fondo amarillo pálido. Las ventanas estaban abiertas, pero los viejos estores de papel estaban echados y fuertemente apretados contra la rejilla. Marian levantó uno de ellos para abrir un poco más la ventana.

—Hace calor aquí dentro ahora —dijo—, pero refresca por la tarde, lo prometo.

—Qué habitación tan bonita —dijo Robert.

—Me alegro de que te guste.

Permanecieron allí de pie, envueltos en la cálida luz amarilla. Era el primer momento que compartían que no estaba teñido de ansiedad. Ninguno de los dos supo cómo preservarlo o alargarlo, así que no dijeron nada. Marian juntó sus manos con una palmada que pudo haber parecido un gesto extraño pero no lo fue y dijo:

—Bueno, muy bien. Pues te dejo para que te instales. Voy a echar un vistazo a Roland y a preparar la comida.

—Gracias —dijo Robert.

Marian entornó la puerta. Asintió con la cabeza y sonrió.

—De nada, bienvenido.

Como solo se quedaban una noche, no había mucho que hacer para instalarse. Robert depositó su bolsa en el suelo y permaneció unos instantes de pie en la habitación; luego fue al baño y se lavó la cara. Sabía que debía bajar y unirse a Marian o a Lyle y John, a los que podía ver desde la ventana balanceando despreocupadamente en sus manos unos mazos de croquet, pero se sentía ligeramente paralizado. ¿Quién es Lyle?, se preguntaba. Es extraño ver a alguien con quien hasta entonces solo has estado a solas interactuando con otras personas, porque ese alguien conocido por ti desaparece y es reemplazado por otra persona diferente, más compleja. Lo ves girar en esa nueva compañía, revelando nuevas facetas, y no hay nada que puedas hacer, salvo desear que esas otras caras te gusten tanto como la que parecía ser la única cuando te miraba solo a ti.

A mediodía el calor se había extendido completamente, abarcando las zonas en sombra. El aire parecía embalsamado. Marian había planeado almorzar fuera, pero decidieron que estarían más frescos dentro, en la gran mesa de pizarra de la cocina, con el ventilador puesto y las persianas echadas.

—John me ha contado que eres pintor —le dijo Marian a Robert una vez las fuentes de pasta y de pollo habían pasado de mano en mano.

—Bueno, es a lo que me dedico ahora —dijo Robert—. O lo que intento.

—Entonces, ¿no te consideras pintor?

—No —dijo Robert—. No mucho.

—Interesante —dijo Marian—. Siempre pensé que para los artistas era muy importante tener una conciencia muy marcada de su vocación, ya que el mundo es tan desalentador. Pero a lo mejor los artistas de hoy en día sois más prácticos.

—Supongo que es porque me parece un poco presuntuoso. Empecé a pintar hace un tiempo. Me veo más como un estudiante de pintura que como un pintor, creo.

—¿Estabas en Skowhegan?

—Sí —dijo Robert.

—Entonces debes ser un estudiante muy bueno.

—No lo sé. Creo que entré ahí de potra.

—Seguro que no —dijo Marian—. ¿Tú qué piensas, Lyle? ¿Crees que fue casualidad?

—No creo en las casualidades —dijo Lyle.

Marian tuvo la sensación de que en realidad Lyle no había estado prestando atención a la conversación.

—Hablando de potra —dijo John—, ¿conseguiste pescar algo en el supermercado?

—Sí —respondió Marian—. Pez espada. Y voy a hacer salsa marinada, así que necesito un poco de cilantro del huerto.

Con todo, Marian no iba a rendirse tan pronto con Robert.

—Me gustaría ver tu trabajo, en algún momento —le dijo—. ¿O no te gusta que la gente lo vea?

—Sí —dijo John—, no me importa.

—Eso está bien —replicó Marian—. No confío en esos artistas que nunca quieren enseñar su trabajo. Parece contradecir su propio propósito.

—¿Y cuál crees que es el propósito? —preguntó Lyle.

Nada como que la conversación se vuelva abstracta, pensó Marian, para que Lyle se interese por ella.

—Comunicar —dijo Marian.

—¿Y crees que hay alguna diferencia entre las artes visuales y la literatura en ese sentido? —preguntó Lyle.

—Por supuesto que hay una diferencia. Las artes visuales ya no comunican de manera tan directa a como lo hace la literatura, pero su propósito no ha cambiado. La pintura te muestra una escena, a partir de la cual debes inferir una historia. La literatura cuenta una historia.

—Entonces ¿hablas de arte narrativo?

—Sí.

—Pero el arte narrativo está muerto.

—Oh, venga —dijo Marian—, ya hemos tenido esta discusión antes. Las formas artísticas no mueren. Se agotan y se vuelven a reinventar. Pero sé lo que quieres decir y, en ese sentido, creo que la literatura está igual de agotada.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que... Bueno, me refiero a que el mundo ha cambiado de un modo que excluye la literatura tal y como la conocemos. Hablo de las novelas y los relatos. La poesía es atemporal, yo creo. Pero las novelas... no hay razón para seguir escribiendo novelas. Los problemas que las novelas resuelven mejor ya no existen.

—¿Qué problemas son esos?

—Bueno, me parece que todas las novelas al final tratan de alguna de estas cuestiones básicas: el fracaso del matrimonio o la sublimación de la homosexualidad.

Lyle se rio.

—¡Es verdad! —dijo Marian—. Piénsalo bien. Y ahora que la gente se divorcia, o que ni siquiera se casa en primer lugar, y ahora que los homosexuales pueden vivir de manera abierta y honesta, todas las tensiones que complicaban las grandes narraciones han dejado de importar. Así que la novela doméstica, tal y como la conocemos, pues... bueno, creo que su momento pasó. ¿Lees novela contemporánea?

—No, si puedo evitarlo —dijo Lyle.

—¿Lo ves? Yo tampoco.

—¿Por qué no? —preguntó Robert.

Marian lo miró. Estaba disfrutando de la conversación con Lyle. A menudo, cuando estaban juntos, discutían en tono intelectual y sentencioso, sencillamente porque les gustaba y no podían permitírselo con nadie más, así que se lo consentían mutuamente. Lo que se dijera no importaba realmente, era el mero hecho de decirlo lo que les gustaba. Y la sencilla pregunta de Robert había cortado todo aquello. Porque Marian sí leía ficción contemporánea y, si fuera Lyle quien le hubiera hecho la pregunta, ella podría haberse inventado una razón perfectamente válida de por qué no lo hacía, pero una cosa era mentir a Lyle y otra mentir a Robert. Para empezar, Lyle sabría que estaba mintiendo, pero Robert no. Y no estaba segura, además, de si quería que Robert pensara que era la clase de persona que no lee literatura contemporánea. Así que se quedó mirando a Robert un momento.

Robert parecía incómodo.

—Quiero decir —intervino—, yo no leo mucha novela, pero no creo que haya dejado de tener un propósito. Estoy de acuerdo en que la vida doméstica ha cambiado, pero eso en sí mismo es... bueno, creo que es precisamente una razón para seguir leyendo y escribiendo. Aunque supongo que el ensayo puede explorar esos cambios mejor que la ficción.

Marian pensó: si Lyle hubiera dicho eso, sabría qué contestar. Le diría que la ficción siempre ha sido capaz de expresar con más claridad cómo cambia la sociedad. Lo que la sociedad es. Pero no estaba segura de si quería decirle eso a Robert. Implicaría verificar lo que él había dicho, incluir su argumento e incluirlo a él. Era mejor, pensó, quedarse callada.

Lyle acudió a rescatar a Robert.

—Bueno —dijo—, yo creo que ningún arte sirve para nada.

—¿De verdad piensas eso? —preguntó Marian.

—No lo sé —dijo Lyle, tirando su servilleta sobre la mesa—. Con este calor podría convencerme a mí mismo de que sí.

—Pues no podrías convencerme a mí —dijo Marian—. Y ese es el verdadero problema de la crítica artística —añadió—, que solo consiste en gente lista y frustrada como tú tratando de convencerse a sí mismos de cosas.

—¿Así es como me ves, listo y frustrado? —preguntó Lyle.

—¿Queda café helado? —preguntó John.

—No —respondió Marian—. ¿Hago más?

—No —dijo John—. Creo que voy a ponerme otra vez con el huerto.

—¡Pero me prometiste que hoy dejarías en paz el huerto! —se quejó Marian—. ¿Qué tal una partida de croquet?

—Hace demasiado calor para jugar al croquet —dijo John—. Juguemos un poco más tarde.

—Entonces yo diría que también hace demasiado calor para la jardinería. ¿Y un chapuzón?

—Nos podemos bañar más tarde —respondió John, levantándose—, después del croquet. Voy a por el cilantro. ¿Qué más necesitas?

—Tomates —dijo Marian, poniendo acento británico—. Y pimientos. Y podríamos añadirle también un poco de calabacín.

—Robert —dijo John—, ¿por qué no vienes conmigo? Te puedo enseñar mi huerto y después puedes traerle las cosas a Marian.

—No todas las personas del mundo quieren ver tu huerto —dijo Marian. John la miró.

—Robert no es cualquier persona del mundo —respondió.

Piensa que he dicho o hecho algo malo, se dijo Marian. Pero, por lo menos, yo he dicho o hecho algo. Por lo menos no he estado ahí sentada todo el rato sin decir nada para luego excusarme y fugarme al huerto.

—¿Quieres venir, Robert? —preguntó John.

Robert se levantó.

—Sí —respondió—, ahora vuelvo.

—Ve tranquilo —dijo Lyle—. Yo ayudaré a Marian con los cacharros.

—De eso ni hablar —dijo Marian—. ¿Por qué no te sientas en la biblioteca? Se está más fresco ahí.

—Porque no quiero sentarme en la biblioteca. Quiero ayudarte —dijo Lyle, y empezó a apilar platos y a llevarlos al fregadero.

John y Robert salieron de la casa y descendieron por el césped hacia el huerto. Durante unos momentos, Lyle y Marian fingieron estar ocupados recogiendo la mesa. Ambos deseaban que fuera el otro el que hablase primero.

—Antes no has respondido a mi pregunta —dijo Lyle—. ¿De verdad crees que soy un frustrado?

—Por supuesto que no —dijo Marian—. No sé ni lo que he dicho. Solo estaba intentando que la conversación fluyera.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió Marian—. No quería que fuera incómodo.

—¿Por qué habría de ser incómodo?

—No lo sé —dijo Marian—. Pensé que podía serlo.

—¿Lo es? —preguntó Lyle.

Marian estaba lavándose las manos con agua fría.

—Sí —dijo—, un poco.

A través de la ventana pudo ver cómo John y Robert desaparecían entre el seto. Después de eso, solo quedó la gran cuesta de césped y el río; y el sol, que lo inmovilizaba todo. Marian era consciente de que Lyle estaba detrás de ella, pasando la bayeta a la mesa, pero no se dio la vuelta.

—Por supuesto que es raro —dijo finalmente—. No voy a fingir que no lo es. Pero no pasa nada; quiero decir que *tiene* que ser raro. Y no hay ningún problema con que lo sea.

—No veo por qué es tan raro —dijo Lyle.

—¿No? —preguntó Marian, y se dio la vuelta—. ¿De verdad no lo ves?

Lyle permaneció de pie, con un puñado de migas en la palma de la mano, observándolas con detenimiento, estúpidamente.

—No —dijo.

—¿Sabes qué semana es esta? —preguntó Marian.

—No —dijo Lyle—. ¿Cuál?

—La del aniversario. Esta semana hace un año que murió Tony.

—Lo sé —dijo Lyle—. Por supuesto que lo sé. Pero cada día es un aniversario de su muerte.

—A lo mejor soy demasiado sentimental —dijo Marian.

—Todos somos sentimentales —respondió Lyle—. Yo también soy sentimental.

—Simplemente es un poco raro que hagas esto.

—¿Hacer qué?

—Ay, no lo sé —dijo Marian.

Y pensó: no voy a seguir por aquí, solo va a traer problemas. Pero luego pensó que no insistir en ello, no hablar de ello sería hipócrita y convertiría el fin de semana, y el resto de su vida con Lyle, en una farsa.

—Sí, sí lo sé —dijo—, y tú lo sabes también. Lo que es raro es que no vengas en todo el verano y luego subas justo este fin de semana y traigas a alguien.

—Pero ya sabes lo liado que he estado este verano —dijo Lyle—. Y hace un mes que hablamos de vernos este fin de semana. Y luego conocí a Robert. Y quise traerlo. Pensé que podría, tal vez, hacerme feliz, o hacerme un poco más feliz, venir con él este fin de semana. Parecía posible. ¿Crees que no debería haberlo traído?

—No —respondió Marian—, lo siento, no quería decir eso. No sé lo que quería decir. Me refiero a que no he dicho nada que haya pensado mucho. Solo... estoy siendo un poco torpe —hizo una pausa y luego continuó—. Es complicado para mí. Ya sé que es diez millones de veces más difícil para ti, y no quiero hacértelo aún más difícil ni trivializar tu dificultad. Pero no puedo fingir que esto no es complicado para mí. Es incómodo. Y no reconocerlo sería hipócrita. No sería sincero.

Lyle tiró las migas a la basura. Se frotó las manos hacia atrás y hacia delante, pero no dijo nada. Se sentó junto a la mesa.

Marian lo observaba.

—Y ahora me siento fatal —dijo—. Ahora siento que no tenía que haber dicho nada. Pero no podía no decir nada porque te conozco demasiado bien. Hemos pasado por demasiadas cosas juntos. Eres mi mejor amigo —se acercó a su espalda y, con un gesto dubitativo, le puso las manos en los hombros—. Y te quiero demasiado —añadió.

Se quedó así, durante largo rato, quieta en el calor de la cocina. Lyle se había cubierto los ojos con una mano, aunque ella no podía verlo. Solo podía ver la parte superior de su cabeza y el cuero cabelludo que asomaba a través del cabello en retroceso. Desde aquel ángulo, Lyle parecía viejo e inquietantemente vulnerable. La cáscara de huevo de su calva. Quería besarla o apoyar su mejilla contra ella, pero no hizo ninguna de esas dos cosas. Apretó con suavidad sus hombros.

—Te quiero demasiado —repitió.

Lyle retiró la mano derecha con la que se había cubierto los ojos y, llevándola hacia atrás, palmeó la de Marian y entrelazó sus dedos con los suyos. Así seguían —sin haber dicho nada más, ni llorado, Lyle sentado y Marian a sus espaldas, las manos de ambos apretadas sobre el hombro de él— cuando Robert volvió con las verduras de la huerta.

Lyle estaba sentado a la sombra en una silla Adirondack. Robert estaba tumbado en la hierba, cerca de él, al sol, leyendo —u hojeando— una revista. John estaba en el huerto.

La puerta trasera de la casa se abrió y Marian apareció en los escalones. Había entrado para acunar a Roland y que durmiera la siesta. Cruzó el césped en dirección a sus huéspedes llevando algunas cosas en las manos.

—Ven y siéntate con nosotros —dijo Lyle.

—No —dijo, mostrando lo que llevaba: el juego de pinturas que Lyle había traído como regalo para Roland, un bloc y un vaso grande con agua—. Voy a pintar un rato. Voy a intentar hacer un boceto de la casa desde abajo, junto al río.

—¿Quieres que nos movamos? —preguntó Lyle.

—Por supuesto que no —dijo Marian—, os pintaré a vosotros también.

—Esas pinturas no son muy buenas —dijo Lyle.

—Entonces son perfectas para mí —respondió Marian—. ¿Se está bien al sol, Robert?

—Sí —dijo Robert—, fenomenal.

—Muy bien —dijo Marian.

Arrastró otra silla hasta el césped y la colocó mirando hacia la casa, a una distancia de Lyle y Robert que sugería, más que garantizaba, un respeto por su intimidad. Marian empezó a pintar y, aunque les oía hablar, no podía discernir exactamente lo que decían. Transcurrido un rato, sin embargo, ambos comenzaron a hablar más alto.

—En tu caso, por ejemplo —oyó que Robert le decía a Lyle—. Tienes el aspecto mejor del que tenías con treinta años.

—Un mejor aspecto —le corrigió Lyle—. Pero ¿cómo sabes eso? No me conociste con treinta.

—Marian me enseñó una foto —dijo Robert—. De ti y de Tony, en Egipto.

—Vaya —respondió Lyle—, ¿de verdad?

Marian levantó la cabeza y vio que Lyle la estaba mirando y que le hacía una mueca.

—¿Cómo va el dibujo? —preguntó Lyle.

Robert giró la cabeza.

Marian echó un vistazo al cuadro. No era gran cosa. Los colores que traía la pequeña caja no eran los adecuados. Eran intensos y sintéticos y en su intento por mezclarlos sobre el papel humedecido para lograr evocar los tonos aturcidos por el sol solo había conseguido emborronarlos.

—Es un desastre —dijo, y, a continuación, como si aquel dictamen le impidiera continuar con la tarea, arrancó de cuajo la hoja del cuaderno, espesa y mojada, y la arrugó. Luego la arrojó al césped, al espacio intermedio entre ellos, donde cayó desarrugándose ligeramente.

—Quería verlo —dijo Lyle.

—Haré otro —respondió Marian—. Haré uno de vosotros dos.

Giró la silla y, al hacerlo, volcó el vaso con agua.

—Qué torpeza —dijo.

—Yo lo relleno —dijo Robert, incorporándose y cruzando el césped.

Marian le alcanzó el vaso.

—Gracias —le dijo.

Marian dio por hecho que se acercaría al grifo que había junto a las escaleras traseras de la casa, pero, en lugar de eso, Robert se dirigió hacia el río. Claro, pensó ella, Robert es un extraño aquí y no sabe dónde está el grifo. Sabía que eso no lo convertía en alguien inferior en ningún sentido, pero sentía el extraño impulso de pensarlo. Basta, se dijo a sí misma. Lo observó ponerse en cuclillas sobre una roca en la orilla del río, llenar el vaso de agua y regresar. El agua del río era mucho más clara de lo que hubiera podido imaginar. En la medida de un vaso era límpida. Solo cuando fluía toda a la vez se tornaba opaca.

—Ahora vuelve a tumbarte —le dijo Marian— y finge que no estoy aquí.

Robert volvió a la misma posición, pero Lyle se había levantado.

—Siéntate —dijo Marian—. Quiero pintarte.

Lyle frunció el ceño y negó con la cabeza, y Marian comprendió que no quería que le pintara. ¿Estaba enfadado porque le había enseñado la foto a Robert? Si se trataba de eso, era una estupidez. Sencillamente había señalado algo en la pared de su casa.

—Necesito una siesta desesperadamente —dijo Lyle, y comenzó a caminar rápidamente hacia la casa, como si su necesidad fuera ciertamente

desesperada y corriera el riesgo de derrumbarse antes de alcanzar la cama. Marian y Robert le miraron mientras entraba en la casa.

—No sé cómo puede estar cansado —dijo Robert—. Hemos *estao tiraos* toda la tarde.

Hemos *estado tirados*, quiso decir Marian, pero en lugar de eso dijo:

—Algunas veces, la indolencia puede resultar agotadora.

Se levantó y se sentó en la silla que Lyle había dejado vacía. Sentía que debía ofrecerse a pintar a Robert al menos, pero no le apetecía realmente. La espalda de Robert, que desde la distancia le había parecido morena y suave, estaba de hecho —se percataba ahora— llena de marcas y cicatrices de acné.

—Pensaba que Lyle había comprado eso para Roland —dijo Robert, señalando las pinturas con un gesto de su cabeza.

—Ah, sí —dijo Marian—, pero Roland es un bebé. Lyle es un padrino cariñoso pero muy poco práctico.

—Lyle dijo que quería que Roland fuese artista. Por eso le compró las pinturas.

—Si fuera tan sencillo... —respondió Marian—. O mejor dicho, gracias a Dios que no lo es.

—¿Qué quieres que sea de mayor?

Lo que Marian quería es que estuviera vivo la mañana siguiente. Evitó la pregunta haciendo otra:

—¿Te gustan los niños?

Robert hojeó algunas páginas de la revista.

—Sí —dijo—, me gustan sus manos. Y sus pies.

Marian encontró la respuesta perturbadora. Era como si le hubiera preguntado qué parte del pollo prefería. Miró hacia lo lejos un instante, tratando de dar con una contestación adecuada. No se le ocurría ninguna.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—Veinticuatro —dijo Robert, y la miró—. Cumplo veinticuatro en junio. ¿Cuántos tienes tú?

—Cuarenta —respondió Marian.

Se miró las manos un segundo, como si estas pudieran contradecirla. Luego palmeó los anchos reposabrazos de la silla.

—Bueno —añadió—. Creo que será mejor que vaya a echarle un vistazo a Roland.

—Claro —dijo Robert, dejando ver, sin embargo, que advertía que ella quería alejarse de él.

Acabo de acostar a Roland, pensó Marian, no me puedo ir ahora.

—Estamos muy contentos de que hayas venido —dijo, juntando las manos sobre su regazo.

—Yo también —respondió Robert.

—Y nos hace muy felices verte con Lyle —dijo Marian.

Robert no respondió.

—¿Qué planes tienes para este verano? —dijo Marian, intentando animar la conversación—. Además de pintar, me refiero.

—Tengo un trabajo de camarero en un restaurante indio.

—Oh, ¿eres indio? —preguntó Marian.

—Mi padre es indio. Vive en Nueva Delhi.

—¿A qué se dedica?

—Es falsificador —dijo Robert.

—Vaya, ¿y qué falsifica?

—Distintas cosas, todo lo que le permita ganar mucho dinero. Sobre todo pantalones vaqueros y zapatillas.

—¿Y tu madre? —preguntó Marian.

—Falleció. Murió cuando yo era pequeño.

—Eso es muy triste —dijo Marian—. Lo siento. ¿Era americana?

—Sí, lo era.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Unos diez años —dijo Robert.

—¿Sueles volver a casa? ¿Ves algo a tu padre?

Robert meditó su respuesta unos momentos, como si requiriera cierta consideración.

—No —dijo—. Hace tiempo que no le veo. Creo que no le gusta ver en qué me he convertido.

—Vaya —dijo Marian—, ¿te refieres a lo de ser artista?

—No, quiero decir que no aprueba el hecho de que sea gay.

—Qué pena —dijo Marian.

—¿Serías feliz si Roland fuera gay?

—¿Feliz? Bueno, sí, supongo que sí. Si él lo es.

—Pero ¿no serías feliz primero? ¿Esperarías a constatar que él es feliz y luego serías feliz?

—Pues, si te digo la verdad —respondió Marian—, no es algo en lo que haya pensado. Roland apenas tiene un año. Me parece un poco prematuro.

—Claro —dijo Robert, y después, pasado un momento, añadió—: Lo siento.

—No hay por qué disculparse —dijo Marian.

Pensó: no es una mala persona. Simplemente no me gusta. Una abeja aterrizó en el borde del vaso lleno con agua del río y ambos la observaron. Marian la espantó.

—Tengo que ir a echarle un vistazo —dijo.

Se incorporó. Se sentía derrotada.

—No cenaremos hasta las ocho o así, así que si te entra el hambre antes, por favor sírvete tú mismo y coge lo que encuentres por ahí. Hay un montón de fruta en la cocina.

—Gracias —dijo Robert.

Marian se detuvo un instante, como si tuviera algo más que decir, y después siguió caminando hacia la casa. Cuando entró en la cocina, escuchó el piano. Se dirigió a la biblioteca y se quedó de pie junto a la puerta.

Lyle estaba tratando de desentrañar lenta y quedamente una pieza de Bach, mirando muy de cerca la partitura.

—Me falta muchísima práctica —dijo, dejando de tocar.

—A mí me estaba sonando bien —respondió Marian.

—Siento haber desaparecido así para meterme a toda prisa aquí —dijo Lyle—. Es solo que... —se encogió de hombros—. No lo sé.

Tocó algunas notas más y después levantó la cabeza.

—¿Dónde está Robert? —preguntó.

—Sigue fuera.

—¿Está solo?

—Sí —dijo Marian—. He entrado a ver un momento a Roland.

—No le he oído. He estado tocando muy bajito.

—No te preocupes por despertarlo. Duerme profundamente.

—¿Podemos tocar algo juntos, entonces?

Marian sonrió.

—De acuerdo —dijo—. Levanta y déjame ver qué tenemos por ahí. Creo que está todo ahí dentro.

Lyle se incorporó; Marian abrió la tapa del banco y revisó las partituras.

—¿Qué tal unas Danzas Húngaras? —preguntó.

—Las voy a destrozar —respondió Lyle—. Pero démosles una oportunidad.

Se sentaron juntos en el banco y Marian colocó la partitura en el atril.

—De hecho, esta nos salía muy bien —dijo—, ¿te acuerdas?

—Sí, pero hace años de eso.

—Solo dos. Veamos cuánto hemos olvidado.

—Déjame echarle un ojo un segundo —dijo Lyle—. Recuerda que no tengo mis gafas. Esa será mi excusa.

—¿Preparado? —preguntó Marian pasados unos momentos.

—Creo que sí —respondió Lyle—. Toquémosla despacio.

Marian colocó sus manos sobre el teclado, junto a las de Lyle. Asintió en silencio y comenzaron a tocar. No lo hicieron tan mal, y llegaron bastante lejos, hasta que Marian paró de repente.

—Espera un segundo —dijo, aguzando el oído—. Creo que es Roland. ¿Lo oyes?

Lyle también estaba escuchando.

—No —dijo.

Marian se levantó.

—Mejor voy a comprobarlo. Sube conmigo.

Lyle la siguió al piso de arriba y a través del pasillo. Roland se había incorporado en la cuna, pero no estaba llorando. Estaba mirando fijamente hacia el frente, con una expresión de perplejidad pintada en el rostro.

—Aquí estás —dijo Marian—. Mira quién ha venido a verte, el tío Lyle.

Marian cogió a Roland.

—Parece capaz de trepar y escaparse de ahí —dijo Lyle.

—Todavía no lo ha intentado —respondió Marian—. Pero no creo que tarde en hacerlo. ¿Hueles mal, cariño? Me temo que sí. ¿Quiere el tío Lyle cambiarte el pañal o mejor lo hace mamá?

—La devoción del tío Lyle tiene límites —dijo Lyle.

Marian se rio y besó la sien húmeda de Roland.

—Está un poco caliente —le dijo a Lyle—. ¿Puedes coger esa toallita y ponerla en agua fría? Voy a cambiarle.

—Sí —dijo Lyle.

Cogió la toallita y cruzó el pasillo hasta llegar al baño. Era una toalla de cara de tamaño bebé, con patos amarillos, no más grande que su mano. La puso bajo el chorro del grifo y luego la escurrió, antes de volver a humedecerla. Durante sus últimos días, en aquella casa, Tony había tenido que usar pañales. Lyle pensó entonces que cambiarle los pañales a Tony sería como cambiarle los pañales a un bebé, pero no era así. Era como cambiarle unos pañales a una persona adulta. Tal vez habría sido mejor si la enfermedad hubiera transformado a Tony en un bebé, pero no lo hizo. En ningún momento dejó de ser él mismo. Lyle se dio cuenta de que estaba apretando la toalla mojada contra su propia cara. La volvió a escurrir y cruzó de nuevo el pasillo. Marian estaba sentada en la mecedora, dando de mamar a Roland.

—Aquí tienes —dijo Lyle, alcanzándole la toallita.

—Gracias —dijo Marian, cogiéndola y sosteniéndola en una mano—. Siéntate ahí —añadió, señalando con la cabeza un sillón con varias pilas de ropa limpia pulcramente ordenadas—. Puedes poner eso encima de la cómoda.

Lyle movió la ropa doblada y se sentó en el sillón. Permanecieron callados un momento, escuchando los ruiditos que Roland hacía al agarrar y soltar el pecho. Fue Marian quien habló por fin.

—Bueno, cuéntame, ¿qué ha pasado? —dijo.

—¿Qué quieres decir? —respondió Lyle.

—El otro día, por teléfono, dijiste que tenías muchas cosas que contarme. Me imagino que te referías a Robert.

Marian atusó los finos cabellos de Roland con la toallita.

—Sí —dijo Lyle—, supongo que sí.

—Pues cuéntame. ¿Lo conociste en Skowhegan?

—Sí, pero brevemente. Luego fue él quien me llevó al aeropuerto y tuvimos ocasión de hablar un poco.

—¿Y...?

—Lo encontré interesante, y dulce. La mayor parte de los chavales de allí eran insoportables. Ambiciosos, creídos y estúpidos, incapaces de escuchar nada. Pero Robert es diferente. Me llamó cuando volvió a Nueva York y decidí ofrecerle que usase el estudio de Tony para pintar.

—¿Es bueno? —preguntó Marian.

—No lo sé —dijo Lyle—. Era más la idea que el hecho en sí lo que me atrajo en un principio: lo de que alguien joven y creativo use el espacio. ¿No crees que a Tony le hubiera gustado eso?

Marian se encogió de hombros. Tony nunca había mostrado ningún interés particular por alentar a jóvenes artistas.

—Sí, supongo que sí —dijo.

—No he visto su trabajo. Tengo que admitir que eso me da un poco de miedo, ahora. ¿Qué hago si es terrible? Pero tengo la intuición de que no lo será. Me ha dicho que pinta «paisaje contemporáneo».

—¿Como qué? ¿Gasolineras y aparcamientos?

—No lo sé. Lo descubriré en breve, supongo. Pero no me importa demasiado. Es la idea lo que cuenta. Parecía un esfuerzo relativamente pequeño para mí y para él representa tanto poder tener un estudio...

—Pero ¿cómo se volvió la cosa, bueno, romántica? —preguntó Marian.

—¿Romántica?

—Bueno, ¿no lo es? ¿O es puramente sexual?

—No —dijo Lyle—, supongo que sí es romántica. Sea lo que sea eso. Y, para mi gran sorpresa, también es sexual. No lo sé. Uno no puede explicar estas cosas, ¿no es así? Suceden y ya está.

—Sí, pero puedes intentarlo. También es importante entender por qué pasan, ¿no crees? Quiero decir, obviamente hay razones. ¿Qué es lo que te parece tan atractivo de él?

—¿Por qué, no te gusta?

—Sí —respondió Marian—, no digo eso, claro que no. Todavía no lo conozco realmente. Parece encantador. Solo tengo curiosidad por saber qué es lo que te atrajo de él.

—Pues, para ser totalmente sincero y superficial, fue su apariencia. Eso siempre parece bastante importante al principio, ¿no? Me parece muy guapo. Y por alguna razón que no logro entender parece encontrarme atractivo. Eso me gusta.

—Por supuesto que te encuentra atractivo —dijo Marian—. Lo eres.

—Bueno, no es algo que sienta a menudo —respondió Lyle.

—Pues entonces es bueno que te haga sentirlo.

—Él también... no sé cómo expresar esto, la verdad. Estoy pensando en alto. Creo que, de algún modo, es abierto; supongo que es porque es joven, pero tengo la sensación de que no ha tomado aún todas las decisiones importantes, de que no está atrapado pensando en una sola cosa en particular. Escucha a la gente, escucha de verdad.

—¿Así que te gusta porque es maleable?

—Supongo que eso es en parte lo que estoy diciendo. Pero no se trata tanto de que esté interesado en moldearlo o en transformarlo. Y él tiene sus propias ideas. Tiene más que ver con cómo me hace sentir. Me hace pensar sobre lo que digo y hago de una manera que yo creía haber dejado de hacer, o que al menos ya no recordaba.

—Mmm —dijo Marian—, eso es lo interesante de conocer gente nueva: uno se ve a sí mismo de otro modo.

—Sí —dijo Lyle—. Y yo empezaba a sentirme muy estancado con mi manera de ser. Con quien yo era. Es agradable sentir que uno puede cambiar. Incluso a estas alturas.

—No eres tan viejo.

—Pues me he sentido muy viejo.

—Bueno, pero no cambies demasiado —dijo Marian—. Me gustas mucho tal y como eres.

—No te preocupes —respondió Lyle—. De hecho, ni siquiera me gusta darle muchas vueltas a esto. Me gustaría dejar que fluyera, sencillamente. Pero quería que lo conocierais. Por eso lo traje.

—Y me alegro de que lo hayas hecho. No es lo que yo... bueno, ha sido una sorpresa, como seguro que imaginas. Pero una sorpresa maravillosa. Me alegro mucho por ti.

—¿Te alegras de verdad? —preguntó Lyle—. ¿Él te gusta? Me preocupaba que...

—Que ¿qué?

—No lo sé, pensé que podrías no aprobarlo.

—¿Por qué? ¿Qué habría que aprobar?

—No lo sé —dijo Lyle—. Es solo que todo ha sucedido tan deprisa, que todavía no me siento del todo bien respecto a ello. A veces todavía no puedo creérmelo del todo. Básicamente, no sé lo que estoy haciendo. Todo lo que sé es que soy más feliz de lo que lo he sido en mucho tiempo. Especialmente ahora, estando aquí, y hablando contigo sobre ello.

Roland se había quedado dormido. Marian le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Permanecieron callados un rato y luego Lyle dijo:

—Es maravilloso verte. Y estar aquí y poder tener una charla como esta. No te imaginas lo bien que me sienta.

—Te he echado de menos —dijo Marian.

—¿Cómo te van las cosas a ti?

—Bien.

—No has estado deprimida, ¿verdad?

—No —respondió Marian—, Dios, no, en absoluto —se balanceó un momento en la mecedora—. Eso me parece que queda muy lejos, aunque ya sé que no hace tanto. Tengo una vida diferente ahora. De verdad. Y parece la adecuada: aquí y ahora. El simple hecho de no vivir en Nueva York... no te puedes imaginar la diferencia que supone. Lo infinitamente más sencillos que son los días. Es una cosa horrorosa irse de Nueva York, porque sientes que dejarás de importar, de contar para algo. En cierto sentido es como si abandonaras el mundo. Pero luego no es así en absoluto. El mundo aquí está bien para mí. Y tener a Roland... bueno, eso lo cambia todo. ¿Sabes que no he tomado ni una sola pastilla desde que me quedé embarazada? Ni siquiera una aspirina.

—Eso es estupendo —dijo Lyle.

—No quiero decir que la medicación no sea maravillosa, porque me salvó, sin duda. Parece algo muy obvio, pero no lo es. Por lo menos no lo era para

mí. Había tanto en mi vida que no estaba bien. Me asusta pensar en toda esa gente que está ahí afuera, viviendo una vida equivocada. Y no te das cuenta de ello hasta que casi es demasiado tarde. Hasta que se hace tan terrible que no puedes soportarlo más.

—Me alegro tanto de que las cosas te estén yendo bien —dijo Lyle.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Marian—. ¿Cómo va tu trabajo? ¿Has empezado un nuevo libro?

—No. Tengo artículos y estoy participando en muchos paneles y conferencias. ¿Te conté que ahora tengo un agente de conferencias?

—No —dijo Marian—, ¿de verdad?

—Sí. Es el mismo que el de Sigrid. Es increíble la cantidad de llamadas que recibo. O recibía, están reduciéndose un poco ahora. Pero este otoño viajo a un sitio diferente casi cada semana.

—Madre mía, te has convertido en una estrella.

—Bueno, ya sabes cómo funcionan estas cosas. No durará. Pero pensé que no estaría mal explotarme mientras pueda.

—Eso es genial —dijo Marian—. Me alegro mucho por ti. Qué pena que... A Tony le hubiera gustado tanto también, verte aclamado. Hubiera estado orgulloso.

—Sí —dijo Lyle—, lo sé.

Marian posó su mirada en Roland.

—Es tan extraño tener un hijo —dijo—. Me sigue sorprendiendo. A veces pienso que cuando Roland aprenda a hablar me lo contará todo. Todo lo que está pensando. Que siempre lo conoceré por completo, como siento que lo conozco ahora.

Marian se meció durante unos instantes.

—Sé que no sucederá así —añadió—, pero lo pienso —alzó la cabeza y sonrió a Lyle—. Pero supongo que nunca llegamos a conocer a nadie de esa forma, ¿verdad? Completamente.

—No —respondió Lyle—, supongo que no.

Permanecieron sentados un momento. El día se había instalado en esa hora o par de horas en las que la quietud es más radiante y el sol se prepara para iniciar su lento descenso hacia el ocaso.

—Creo que, después de todo, a lo mejor me echo una siesta —dijo Lyle.

—El bochorno adormece un poco, ¿verdad? —respondió Marian.

Lyle se levantó. Se acercó a Marian, le dio un beso y acarició la cabeza de Roland. Su pelo aún estaba húmedo allí donde Marian lo había alisado con la toalla.

—¿Podemos darle otro intento a las Danzas luego, más tarde?

—Sí —dijo Marian—. Ahora ve y échate una buena siesta.

El día había alcanzado su centro inmóvil y ardiente, esa hora o dos de las tardes de verano durante las que el sol encuentra un nicho en el cielo que no parece tener intención de abandonar jamás. Lyle estaba leyendo en el embarcadero, sentado en una tumbona. Tony flotaba perezosamente junto al borde del muelle. Hizo un cuenco con las manos, las llenó de agua y la volcó sobre los pies de Lyle.

—Para —dijo Lyle—, está fría —sacudió los pies, pero no apartó la vista del libro.

—Creí que te refrescaría —dijo Tony—. Pareces acalorado.

Lyle siguió leyendo.

—Tienes los pies feos —dijo Tony.

Lyle no respondió.

—Creo que los pies son bastante feos en general, pero los tuyos son especialmente feos.

—No, no lo son —respondió Lyle.

—Si te fijas bien en ellos, verás que sí.

—Pues no te fijas tanto en ellos.

—Quizá cualquier cosa termina por ser fea si te fijas lo suficiente en ella —dijo Tony.

—Eso no es verdad —replicó Lyle.

—Supongo que las cosas feas se vuelven más feas y las bellas se vuelven más bellas. Pero apuesto también a que algunas cosas feas se vuelven bellas y viceversa. ¿Qué cosas feas se vuelven bonitas cuanto más te fijas en ellas?

—No lo sé —dijo Lyle, y alzó la cabeza—. Los insectos, tal vez.

—Sí —dijo Tony—, exacto: los insectos. De hecho, me gustan tus pies. Son genuinos. Tienen un toque muy Viejo Mundo, y bíblico.

Tony besó el puente del pie de Lyle y se impulsó hacia atrás apoyándose en el embarcadero.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó.

—El nuevo libro de Sigrid —dijo Lyle.

—¿Es bueno?

—No está mal. Para ser Sigrid.

—¿De qué va? —preguntó Tony.

—Del apocalipsis. Y de arte.

—¿Qué apocalipsis?

—¿Qué quieres decir con qué apocalipsis? No ha habido ninguno todavía. Está en camino.

Lyle dejó el libro y estiró los pies.

—Haz eso de nuevo, anda —dijo—. Era refrescante.

—¿Por qué no te metes? —le animó Tony.

—Lo haré. En un minuto. Pero refréscame los pies.

—Eres un mimado —dijo Tony, que obedeció—. Quiero escribir un libro —añadió mientras observaba cómo el agua se extendía como una sombra en torno a los pies de Lyle.

—Siempre te estoy animando a que escribas un libro —dijo Lyle.

—No siempre —respondió Tony.

—A veces, entonces. ¿Qué libro quieres escribir?

—Lo dices como si ya existiera y fuera solo una cuestión de escribirlo —dijo Tony.

—Así debería ser con los libros. ¿De qué va a ir?

—Sería un libro de viajes. Una guía de un país extranjero.

—¿Qué país?

—Uno imaginario.

Tony colocó los antebrazos en el borde del embarcadero y después reclinó el lateral de su rostro sobre ellos.

—Me lo inventaría —dijo—. Me inventaría el país entero, todo. Todas las ciudades y pueblos y restaurantes y hoteles y museos y catedrales. O a lo mejor las catedrales no. No creo que hubiera catedrales en este país. Serían otra cosa, algo más divertido, como garitos. O *spas*. Dibujaría todos los mapas, de cada condado y ciudad, de cada calle, incluso los mapas de las redes de metro. Muchos mapas.

—Suen a un proyecto muy ambicioso —dijo Lyle.

—En ese país siempre estaríamos en el siglo XIX, creo. Pero con electricidad y agua corriente. Y sin coches. Habría trenes y barcos, pero coches, no.

—Los seres humanos siempre se sienten vinculados sentimentalmente al siglo que precede al suyo —dijo Lyle.

—¿Esa idea es tuya?

—Por supuesto —respondió Lyle—. Todas mis ideas son mías.

—A menudo suenan como si no lo fueran —dijo Tony—. Pero ¿no crees que hay algo inherentemente atractivo en el siglo XIX?

—No —respondió Lyle—. Es un siglo que atrae solo a los imperialistas como tú.

—Creo que soy monárquico, no imperialista. Bueno, supongo que soy ambas cosas. Por eso me gusta la idea de vivir en un solo siglo. Aunque sea el siglo equivocado. Tiene que resultar confuso cuando la vida de uno abarca un cambio de siglo. Como Monet. Mi abuela nació en 1900. Eso me encantaría: envejecer con el siglo. Lo encuentro muy pulcro.

Lyle había vuelto a concentrarse en el libro de Sigrid.

—Creía que te ibas a bañar —dijo Tony.

—Iba, sí —respondió Lyle—. Voy.

—Báñate ahora.

—No me baño a la orden —dijo Lyle—. Mira, ahí viene Marian.

Marian caminaba por el césped en dirección a ellos. Ella y John estaban intentando quedarse embarazados y hacían el amor siguiendo un calendario que habían pegado en la puerta de la nevera.

—¿Misión cumplida? —gritó Lyle mientras Marian avanzaba por el embarcadero.

—Bueno, yo he cumplido con mi parte —dijo Marian.

—¿Y John con la suya? —preguntó Tony.

—Sí —dijo Marian.

—Me pregunto si cuando te quedas embarazada lo percibes de algún modo.

—Creo que lleva un poco de tiempo —respondió Marian, y se sentó en el borde del muelle, con su vestido de verano arremolinado y los pies en el agua.

—¿Haces el amor de manera diferente cuando estás intentando quedarte embarazada? —preguntó Tony.

—No lo sé —respondió Marian—, ya no recuerdo cómo era hacer el amor sin intentar quedarse preñada.

—Suenas tan heterosexual —dijo Tony—. A lo mejor lo estáis intentando con demasiadas ganas. Quizá si te olvidas de ello, sucede. Como cuando recuerdas algo precisamente cuando dejas de intentar acordarte.

—No tengo tiempo para olvidarme de ello —dijo Marian.

—No siento ningún deseo de procrear —dijo Tony—. ¿Te gustaría tener hijos? —preguntó a Lyle.

—Sí —dijo Lyle—, en teoría.

—No puedes tener un hijo teórico —dijo Marian.

—Lo sé —dijo Lyle—. Pero me gusta la idea de tener un hijo. Creo que me gustaría más tutelar un pupilo, pero los pupilos son algo raro hoy en día, ¿no?

—Es el siglo —respondió Tony—. En mi país habrá montones de pupilos.

—¿Qué país? —preguntó Marian.

—Voy a escribir un libro sobre un país perfecto donde es siempre el siglo XIX y hay un montón de pupilos —dijo Tony—. Con mapas. Y con apéndices.

—Hace calor —dijo Marian—. Tendría que haberme puesto el bañador.

—No lo necesitas —respondió Tony—. Yo no llevo puesto el mío.

—Tú nunca lo llevas.

Tony la salpicó.

—Quítate el vestido y métete.

—Me lo has empapado.

—Quítatelo.

Marian se puso de pie y se quitó el vestido sacándoselo por la cabeza. Debajo estaba desnuda.

—Qué decadentes somos —dijo.

—Qué americano, equiparar la desnudez con la decadencia —dijo Tony.

Marian se zambulló en el agua.

—Está buenísima —dijo cuando emergió a la superficie.

—¿Se supone que puedes bañarte inmediatamente después? —preguntó Lyle.

—He estado veinte minutos con las piernas levantadas en el aire —respondió Marian—. Si no ha sucedido en ese tiempo, olvídale. Y dejemos de hablar de ello. Da mala suerte. Estoy segura. ¿Quieres nadar hasta la roca, Tony?

—Vale, pero despacito. ¿Vienes, Lyle?

—No —dijo Lyle—. No tengo ninguna gana de agotarme. Os miraré desde aquí.

—Vente —dijo Tony.

—No. Saludadme desde allí cuando lleguéis.

Robert se quedó dormido en el césped, con la cara apoyada sobre la revista que había estado leyendo, así que cuando se despertó se encontró con la página emborronada. Parte de la tinta se había traspasado a su mejilla, dejando un tatuaje húmedo y sucio. Vio que Marian se había olvidado las pinturas y el cuaderno y no pudo resistirse a hacer unos bocetos: uno de la silla Adirondack y de la sombra afilada y oscura que proyectaba sobre la hierba, otro de la mesa resguardada bajo la morera y otro de la pila de pelotas y mazos de croquet. Cuando acabó, el agua del vaso había adquirido un tono grisáceo y perlado y lo vació sobre la hierba.

Después descendió hasta la orilla del río, se puso de cuclillas y metió las manos para tantear el agua. Estaba fría. Desde algún punto más allá de la curva que trazaba el río le llegó el sonido de gente riendo y salpicándose y el de un perro ladrando. Después se hizo el silencio y pudo escuchar el sonido de la corriente. Oyó también a John silbando al otro lado del seto. Y el susurro de las hojas en las copas de los árboles. Después de unos minutos, regresó hacia la casa. Eligió un melocotón del cuenco que había sobre la mesa de la cocina y se lo comió. El jugo se le escurrió entre las manos y, cuando acabó de comérselo, se chupó los dedos y se los aclaró debajo del grifo. La casa estaba muy silenciosa. Atravesó la cocina y llegó al recibidor y luego a una habitación fresca, con las persianas echadas y el techo bajo, con vigas de madera. Había un piano de cola cerca de la ventana. La tapa estaba abierta y había algunas partituras en el atril. Había estanterías de obra en cada una de las paredes y una escalera desplazable conectada a ellas mediante un tubo de cobre. En la chimenea vacía había una urna de terracota llena de lo que parecían cristales de mar. Frente a ella se erguía una mesa redonda con un enorme jarrón lleno de flores en el centro. Extendidas en torno al jarrón había revistas y varias pilas de libros, de libros nuevos. Había cinco copias del libro de Lyle, *Neo-esto, neo-aquello*, formando su propia pila. Robert abrió uno y le echó un vistazo. Estaba dedicado: *Para Granger y Derek, con cariño, Lyle*. Contempló la foto de Lyle que aparecía en la contra. Estaba apoyado contra la pared de piedra de la casa, su rostro atravesado por la sombra que

proyectaban unas hojas. El crédito de la foto era «Marian Richardson Kerr». Robert volvió a dejar el libro.

Observó las fotografías que había sobre la repisa de la chimenea: había una de John y Marian como dos recién casados muy guapos; otra de John cogiendo a un bebé muy feo que Robert asumió que era Roland; otra de una señora mayor sentada en un sillón, con dos pequeños perros en su regazo que llevaban collares enjorjados y tenían una expresión de alerta; y una de Lyle y Tony de pie en un balcón, con una ciudad que se extendía a sus espaldas y que parecía París. Robert cogió esta última foto y la estudió. Tony estaba abrazando a Lyle con un brazo mientras miraba directamente a la cámara; Lyle estaba mirando un poco más arriba y más lejos. La muñeca desnuda de Tony estaba tocando el cuello de Lyle y el cigarrillo que sujetaba parecía estar a punto de dejar caer su ceniza sobre el hombro de este. Tony era muy guapo. Tenía un rostro hermoso, de facciones poderosas y esculpidas, su gesto era resuelto y su mirada franca, sin llegar a ser desafiante. Se mostraba y se exponía en la misma medida en que miraba. Tanto Tony como Lyle estaban sonriendo. Parecían felices. Robert confirmó que la ciudad era París por la silueta distante de la torre Eiffel. Se preguntó si alguna vez viajaría a alguna parte con Lyle. Después se recordó a sí mismo que eso era precisamente lo que estaba haciendo. Estoy viajando con Lyle. Estoy aquí con Lyle. Volvió a colocar la fotografía con cuidado sobre la repisa, tratando de ajustar la base a la marca que había dejado en el polvo al cogerla.

Estoy aquí con Lyle.

Subió las escaleras traseras y echó a andar por el pasillo. No se percató de que avanzaba en dirección contraria hasta que pasó delante de una habitación en la que estaba Marian sentada en una mecedora delante de una ventana abierta y dando de mamar a Roland. Madre e hijo se habían quedado dormidos. La boca de Roland había soltado el pezón de Marian, pero sus labios seguían succionando. La cabeza de Marian había caído hacia un lado y tenía la boca abierta. A Robert le pareció que su rostro era diferente. Como si un velo de tensión hubiera sido levantado, algo que solo se hiciera perceptible al desaparecer. Robert los contempló por un instante. Después se giró y caminó, dejando a un lado las escaleras, hasta el otro extremo de la casa.

Cuando llegó al tramo del pasillo en el que estaban colgadas las fotografías advirtió que la puerta de la habitación amarilla estaba cerrada. Lo estaba de una manera que lo disuadía a uno de entrar o de llamar: era la única puerta cerrada en un largo pasillo con muchas puertas. Los rayos de sol que entraban a través de los vanos abiertos formaban trapecios luminosos sobre el

suelo de madera del corredor. Robert se quedó quieto, de pie, un momento, decidiendo qué hacer. Miró a la pared de las fotografías y descubrió algo extraño: un espacio vacío, en mitad de la pared, donde una foto había sido descolgada.

Sabía que era la foto de Lyle y Tony en Egipto porque junto a ella estaba la foto de Lyle disfrazado de pirata. Robert miró el espacio vacío.

Avanzó por el pasillo y abrió la puerta de la habitación amarilla. La luz vespertina se derramaba a través de las persianas de papel como si fuera té, débil y melosa. Podía escuchar el zumbido quejumbroso de un insecto, chocando una y otra vez contra la mosquitera. Lyle estaba durmiendo en la cama, desnudo, echado boca abajo. Sus miembros estaban extendidos de modo que parecía haber caído del cielo.

Robert se sentó en la cama y lo observó. Era llamativa la capacidad con la que el cuerpo de Lyle —grande, peludo, blanco— podía irradiar belleza o dejar de hacerlo. Robert se había sentido atraído por él desde la primera vez que lo había visto en Skowhegan, de una forma abstracta e indescifrable. Y cuanto más conocía a Lyle, más hermoso le parecía su cuerpo: ese recipiente del contenido que era Lyle. Al verlo ahora, inmóvil sobre la cama, temblando silenciosamente al respirar, semejaba una de esas esculturas talladas en piedra lisa que demandan ser tocadas. La espalda de Lyle estaba cubierta de sudor. Robert resistió el impulso de agacharse y lamerla. Le asustaba hasta qué punto Lyle lo atraía, temía que su deseo lo alienase. Casi todo en él le resultaba atractivo: su cuerpo, su mente, su conversación, la forma en que subía las escaleras, la forma en que sus dedos cogían un tenedor, enrojeciéndose por la tensión; su olor y su sabor, el modo indeciblemente delicado en que su cuello y sus hombros convergían, aquel grano allí, la esencia de su persona toda, desnuda, que invitaba a lamerla.

Robert trazó la ruta ondulada de la espina dorsal de Lyle descendiendo hasta el conciso valle de sus nalgas. Aquel gesto, aunque lo pretendía, no pareció despertarlo. Fue entonces cuando Robert se dio cuenta de que Lyle no estaba dormido y de que solo fingía estarlo. La repentina elasticidad que la tensión confería a la piel de sus hombros lo delataba. No era la piel de un durmiente. Robert retiró la mano y se incorporó. Se quedó junto a la cama un instante, observando a Lyle, que siguió fingiendo estar dormido. Ninguno de los dos habló. Robert vio la fotografía de Lyle y Tony con el camello y las pirámides en la mesita de noche.

Salió de la habitación. Luego salió de la casa y se quedó un momento en el jardín de la entrada. Después caminó por el terroso sendero de acceso. La carretera asfaltada junto a la que discurría le pareció sorprendentemente transitada. Los coches circulaban ruidosamente, levantando nubes de calor y polvo al pasar. Robert echó a andar por el arcén. La cuneta estaba llena de agua estancada y de latas de refrescos. Al otro lado había un campo de maíz, muy crecido y alto. Saltó por encima de la zanja y atravesó un par de hileras del maizal, las suficientes como para adentrarse en él y perder de vista el tráfico. Se sentó en el suelo y apretó las rodillas contra el pecho, apoyando la frente sobre ellas. En el maizal se estaba fresco y tranquilo. Podía ver el suelo entre sus piernas y observó cómo unas hormigas acarreaban una hoja a través de su campo de visión. Tal vez me equivoqué, pensó, tal vez Lyle estaba dormido de verdad. Debería haberlo despertado. Debería haberle dicho algo. No debería haberme ido sin más. Amo a Lyle, pensó.

Se levantó y desanduvo sus pasos, pero en lugar de tomar el camino de la entrada, giró y se internó en el bosquecillo. Pensó que aquella sería la vía más corta para regresar junto a Lyle.

Después de que Robert se fuera, Lyle permaneció un rato tumbado en la cama. Por un momento, al despertarse, había creído que la mano que estaba tocando su espalda era la de Tony. Pero en cuanto pensó eso —no se trataba siquiera de algo tan deliberado como un pensamiento, era solo que, por un momento, la mano era la de Tony—, se dio cuenta de que era la mano de Robert. Tony está muerto, se dijo. Se le hacía extraño que el momento más dramático de su vida, la muerte de su pareja, pareciera en ocasiones anclado en su conciencia de manera tan vacilante. A menudo se levantaba en un mundo —o soñaba con él— en el que Tony estaba vivo. No un mundo en el que Tony había vuelto a la vida, sino uno en el que Tony existía, tal y como había existido, y en el que su existencia era, con frecuencia, más tolerada que apreciada. Porque Tony y Lyle no siempre se habían amado bien el uno al otro y eso tornaba el duelo de Lyle aún más complicado. La tristeza que sentía por la pérdida de Tony estaba adornada de culpa.

Lyle se sentó. Necesito darme un baño, pensó. Iré a buscar a Robert y nos bañaremos. Podía imaginarse el agua fría y cristalina del río en torno a él. Pronunció el nombre de Robert, suavemente, como si pudiera estar aguardando al otro lado de la puerta. Pero, por supuesto, no había nadie. Lyle se puso el traje de baño, una camiseta y unas sandalias y bajó las escaleras.

Atravesó la casa pero no vio a nadie. Salió por la puerta trasera y descendió la cuesta de césped, se coló en el seto por una abertura y se detuvo junto al huerto. John estaba atareado con una azada en alguna actividad encarnizada: la arrojaba, la removía en la tierra y luego la volvía a arrancar. Lyle se quedó un momento al otro lado de la cancela y luego dijo:

—¿Has visto a Robert?

John clavó la azada en la tierra y se dio la vuelta. Se pasó el dorso de la mano por la frente.

—No —dijo—. ¿Vas a darte un baño?

—Sí —dijo Lyle—. Pero estaba buscando a Robert.

—¿Dónde está Marian?

—No lo sé. También ha desaparecido.

—Dudo mucho que se hayan fugado juntos —dijo John.

Removió la azada y volvió a clavarla con más firmeza en la tierra.

—Bueno, yo ya he acabado con la jardinería. Vamos a darnos un baño. Robert nos encontrará, estoy seguro.

John se quitó la camiseta, se limpió el sudor del cuerpo con ella y luego la colgó con cuidado en la valla del jardín, para que se aireara al sol.

—Vamos —le dijo a Lyle.

Comenzaron a caminar hacia el río.

—Me gusta Robert —dijo John—. Parece muy agradable.

—Sí —respondió Lyle—. Lo es.

Los bocetos de acuarela que había hecho Robert habían quedado sobre el brazo de la silla Adirondack. Se detuvieron a echarles un vistazo.

—¿Quién ha hecho esto? —preguntó John.

—Marian —dijo Lyle—. Iba a pintarnos a Robert y a mí, pero yo me fui dentro. Son rematadamente buenos.

Cogió el del juego de croquet y lo observó más de cerca.

—No deberíamos dejarlos al sol —dijo, y puso los bocetos sobre la hierba, bajo la sombra de la silla—. Son muy bonitos, de verdad. Recuérdame que los coja luego y los llevemos a la casa.

—De acuerdo —dijo John.

Llegaron a la orilla del río y anduvieron hasta el final del embarcadero, evitando cuidadosamente los tablones sueltos. Se demoraron allí un rato, deambulando, como si su propósito hubiera sido cruzar el río y los hubiera sorprendido el hecho de que el muelle llegara solo hasta aquel punto.

John se arrodilló y metió los dedos en el agua.

—¿Qué te ha parecido Roland? —preguntó.

—¿Roland? ¿A qué te refieres?

—Marian está preocupada. Piensa que... no sé, le parece que es lento. Que podría tener algún problema de desarrollo.

—Me temo que no soy la persona más adecuada para opinar al respecto —dijo Lyle.

—Lo sé —dijo John—. Solo me preguntaba qué impresión te había causado.

—A mí me parece muy normal. Duerme mucho.

—Todos los bebés duermen mucho.

—Pues entonces me parece muy normal. ¿Cuándo debería empezar a andar, supuestamente?

—En cualquier momento a partir de ahora. Ni siquiera gatea todavía. Y no es muy receptivo.

—¿Qué dice el médico? —preguntó Lyle.

—Que puntúa bajo en algunas áreas, pero que no tenemos que preocuparnos. Que bajo significa bajo, no anormal.

—Entonces no deberíais preocuparos.

—Marian sí se preocupa. Está... no sé, no se deja convencer. Si no te parece mal, a lo mejor podrías decirle algo. Creo que si tú le dijeras algo, para ella sería importante.

—¿Algo como qué?

John se encogió de hombros. Se sacudió el agua de los dedos, sobre el río, y se puso de pie.

—No lo sé —dijo—, cualquier cosa que la tranquilice. Quiero decir, no veías a Roland desde que era un recién nacido. Seguro que ha cambiado en ciertos aspectos.

Las cosas tienen que estar muy mal, pensó Lyle, para que John me pida algo así.

John se agachó para desatarse las zapatillas y se quitó los pantalones cortos y los calzoncillos. Se quedó de pie un momento, desnudo, aferrando el último tablón del embarcadero con los dedos de los pies. Visto de espaldas se parecía mucho a Tony. Por detrás podría ser Tony perfectamente. Se quedó inmóvil un instante, como si supiera que Lyle lo estaba estudiando. Después se zambulló en el río con un salto limpio. No apareció de nuevo en la superficie hasta que la salpicadura de su entrada había sido reabsorbida por el agua. Había buceado muy lejos. Desde allí hizo gestos a Lyle para que se uniera a él. Lyle consideró por un momento la posibilidad de quitarse el bañador, pero no lo hizo. Su salto fue menos limpio.

Robert se había perdido por el bosque y se encontró a sí mismo en la orilla del río. Lyle y John estaban nadando en mitad del cauce. O no nadando, más bien manteniéndose a flote y dejándose llevar lentamente por la corriente. Robert se quedó allí un momento, observándolos. Luego se quitó la ropa y se metió poco a poco en el agua. La textura limosa del fondo tenía un tacto desagradable a los pies. Alzó los brazos en el aire y sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Se zambulló con la fuerza y el escándalo suficientes para que, cuando sacara de nuevo la cabeza, John y Lyle estuvieran mirando hacia él. Intentó saludarles mientras nadaba, pero el gesto fue un poco raro. Era un nadador mediocre y la distancia que lo separaba de ellos era mayor de lo que había calibrado. Cuando llegó a su altura estaba sin aliento.

—Aquí estás —dijo Lyle—. Me estaba preguntando dónde andabas.

—Fui a dar un paseo —respondió Robert entre jadeos.

Los tres permanecieron en silencio por un momento. Robert tuvo la sensación de que había interrumpido algo.

—Creo que voy a nadar hasta aquella roca —dijo.

—Mejor recupera el aliento primero —le dijo John.

—Estoy bien —dijo Robert—. Es el agua tan fría lo que me hace respirar así.

Empezó a nadar corriente arriba. Cuando giró la cabeza, John y Lyle estaban nadando hacia la casa. Robert hizo el muerto un rato y les vio salir del agua y subir al embarcadero. Le hicieron gestos para que regresara, pero él malinterpretó apostando las señales e hizo como si les devolviera un saludo. Esperó a que ambos ascendieran la cuesta de césped y desaparecieran para volver nadando despacio al lugar en el que había dejado su ropa. El sol se había hundido tras los árboles, y el agua, tan luminosa hacía unos momentos, se había tornado oscura.

Era una roca grande, un peñasco que asomaba en una especie de banco de arena que había medio kilómetro río arriba. Marian fue quien la alcanzó primero, trepó a ella y se tumbó al sol. Cuando oyó aproximarse a Tony, se sentó.

—Vamos, venga —le dijo.

—Me maravilla que todavía sea capaz de hacer esto —dijo Tony mientras se subía a la roca y se colocaba junto a ella—. Si hiciera ejercicio de forma regular, piensa lo cachas que estaría.

Se tumbó al sol a su lado, boca abajo, jadeando.

—¿Y tú, por qué estás tan en forma? —preguntó.

—En realidad, no lo estoy. Por alguna razón, nadar siempre me resultó fácil. Siempre fui buena nadadora. Mira: saluda a Lyle. Nos está saludando.

—Que salude —dijo Tony—. Le viene bien hacer ejercicio.

Marian saludó a Lyle y luego se tumbó boca abajo también.

—¿Merece la pena, verdad? Nadar hasta aquí. Sentirse así.

—¿Sentirse cómo? —preguntó Tony.

—Agotado —dijo Marian— pero feliz. Y caliente, después del frío. Me gusta sentirme agotada. Ojalá pudiera sentirme siempre así de agotada. Podría quedarme dormida.

—Es por lo mucho que estás haciendo el amor.

—Hummm... —dijo Marian mientras daba un manotazo a una mosca que se había posado sobre su tripa.

—No te quedes dormida —dijo Tony—. Cuéntame algo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé. Sobre todo el sexo que estás teniendo. ¿John es un buen amante?

—Sí —dijo Marian—, pero no deberías hacer esas preguntas.

—¿Por qué no?

—Porque, ¿qué pasaría si no lo fuera? Además, no es asunto tuyo.

—¿Por qué crees que la gente es tan reacia a hablar de sexo? —preguntó Tony.

—Supongo que porque es un asunto privado —respondió Marian—. Es algo íntimo. A las personas les gusta mantener esas cosas entre ellas.

Sonrió un poco con los ojos cerrados, su rostro vuelto hacia el sol.

—Hubo un tiempo en que estuve colado por John —dijo Tony—. Cuando tenía unos diez años y él era un adolescente. Mi hermanastro americano machote. Estaba obsesionado con él. Fue así como me di cuenta de que era gay.

—Confío en que lo hayas superado —dijo Marian.

—Sí —dijo Tony—. Fue solo una fase. Ya no me parece atractivo.

—A mí sí me lo parece —respondió Marian—. ¿Y qué hay de Lyle? ¿Es buen amante?

Tony se dio la vuelta y miró hacia el embarcadero. Lyle se había enrollado el vestido de Marian en la cabeza para protegerse del sol.

—No creo que el sexo sea una gran prioridad para Lyle —dijo Tony.

—¿Lo es para ti? —preguntó Marian.

—Sí —dijo Tony—. De hecho, me gusta el sexo.

—¿A Lyle no?

—No tanto como a mí.

—¿Y eso es un problema? —preguntó Marian.

—No mucho —dijo Tony.

—¿Eres fiel?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tony.

—Ya sabes qué quiero decir. ¿Eres monógamo?

—No —respondió Tony—. Cuando viajo, alguna vez tengo alguna... aventura.

—¿Lyle está al tanto?

—Sí —dijo Tony—, aunque no hablamos de ello realmente.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Porque lo sabe. —Tony se tumbó de nuevo, esta vez boca arriba.

—¿Y crees que él se ve con otros hombres?

—¿Lyle? No.

—Pero ¿estás seguro de ello? —preguntó Marian.

—Tampoco —dijo Tony—. ¿Por qué? ¿Tú sabes algo?

—No —dijo Marian—. Aunque tampoco te lo diría si lo supiera.

—Somos felices juntos —dijo Tony—. Eso es lo importante.

—Sí —dijo Marian—. Estoy de acuerdo.

Se quedaron callados un momento y luego Marian dijo:

—¿Cómo es eso de tener aventuras?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que cómo es, cómo te hace sentir.

—No lo sé —dijo Tony—. Solo las tengo de vez en cuando. Si sucede que conozco a alguien que me atrae especialmente y que también parece interesado.

—¿Eso no sucede a menudo? —preguntó Marian.

—Suficientemente a menudo.

—¿Y quedas con esa persona más de una vez?

—No habitualmente. Algunas veces.

—¿Y no piensas alguna vez que podrías enamorarte de alguno de ellos?
¿O ellos de ti?

—No —dijo Tony.

—Pero no hay nada que impida que el amor pueda surgir, ¿no?

—Supongo que no —dijo Tony—, pero no sucede.

—¿Tienes cuidado, verdad? Cuando tienes esas aventuras, digo.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo Marian—. ¿Tomas precauciones?

—Sí —dijo Tony.

—Bien. Me preocupo por ti.

Tony permaneció en silencio un momento. Después dijo:

—Aunque ya es un poco tarde para eso.

—¿Cómo? —dijo Marian—. ¿Para qué es tarde?

—Soy seropositivo —dijo Tony.

Marian se sentó. Tony permaneció tumbado, inmóvil, con los ojos cerrados.

—Lo siento —dijo Marian.

Tony no dijo nada.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace un tiempo —dijo Tony—. Unos cuatro años.

—¡Cuatro años! ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Decidí no decírselo a nadie, hasta que pensara que era relevante. A Lyle sí, por supuesto.

—Me alegro de que me lo hayas contado. Solo es que... estoy en *shock*. Y triste. Aunque ya sé que... bueno, quiero decir, mira Granger. Es seropositivo desde hace muchos años y es la persona más sana que conozco.

—Sí —dijo Tony—. Granger está muy sano. Como una pera. ¿O se dice como una manzana?

—¿Tú estás bien?

—Nunca he estado mejor —dijo Tony—. Pero dejémoslo estar por ahora. No sé por qué he sacado el tema. No me gusta darle muchas vueltas, especialmente en un día como hoy —añadió, sentándose.

—De acuerdo —dijo Marian—. A lo mejor deberíamos volver. ¿Estás preparado?

—Creo que me quedaré aquí un ratito más —respondió Tony—. Dile a Lyle que venga a recogerme con la barca. Dudo mucho que venga nadando hasta aquí.

—Muy bien —dijo Marian—. ¿Te mando también una cerveza con él?

—Eso estaría genial —respondió Tony—. Una birra me encantaría.

—¿Quieres algo más? —preguntó Marian.

—No —dijo Tony—. Solo a Lyle y una cerveza.

Marian se levantó. Durante un momento permaneció inmóvil. Estaba mirando hacia el embarcadero. Luego miró a Tony. A él le pareció que Marian estaba llorando. Se protegió los ojos del sol con una mano, pero, cuando lo hizo, Marian se giró y se zambulló en el agua. Parte del agua lo salpicó, mojando su piel caliente.

Marian se subió al embarcadero y le dijo a Lyle:

—Tony quiere que vayas a recogerlo con la barca.

—Si ha ido nadando hasta allí, puede volver nadando hasta aquí —dijo Lyle.

—No —dijo Marian, desenrollando su vestido de la cabeza de Lyle y metiéndose en él—. Ve —le dijo—. Coge la barca. Está en el cobertizo. Voy arriba a por una cerveza para que se la lleves también.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Lyle— ¿Desde cuándo somos el *catering* de Tony?

Marian lo miró como si fuera a darle un sopapo.

—Desde hoy —dijo—. Ve.

—¿Qué tal el baño? —preguntó Lyle, mientras Robert ascendía la cuesta. Estaba sentado en una silla Adirondack cuidadosamente colocada sobre el último retazo de jardín donde aún pegaba el sol.

—Muy bien —dijo Robert.

—No sabía que nadaras tan bien. ¿Es así como te mantienes tan en forma? Robert no supo qué contestar. No era un nadador. Tenía un estilo lamentable. Por un momento le entraron ganas de llorar.

—Cuidado —dijo Lyle—. No mojes los dibujos de Marian.

Robert miró hacia abajo y vio los bocetos extendidos sobre la hierba. Se dio cuenta de que eran buenos.

—Son míos —dijo.

—¿Sí? —dijo Lyle—. Ya decía yo. Me parecía que eran demasiado buenos para ser de Marian.

—¿Marian te ha dicho que los había hecho ella?

Lyle se rio.

—No —dijo—. Simplemente asumí que eran suyos porque era ella quien estaba con las pinturas. ¿Puedo quedarme uno?

—¿Quieres uno? —preguntó Robert.

—No acostumbro a pedir cosas que no quiero —dijo Lyle.

—¿Cuál prefieres?

Lyle señaló con el dedo pulgar de su pie el boceto de la silla. Después alargó el brazo y tocó uno de los pezones de Robert, que estaban erizados de frío. Robert tiritó.

—Siéntate —dijo Lyle—. Estás congelado. Te he sacado una toalla. Déjame calentarte —añadió palmeando su regazo.

Robert vaciló. No estaba seguro de querer sentarse en el regazo de Lyle. Pero Lyle tiró de él y lo atrajo hacia sí, envolviéndolo en una toalla que parecía tan gruesa como una manta. Lo sostuvo contra él.

—Lo siento —dijo Lyle—, por lo de antes. Estaba despierto.

—Ya lo sé —dijo Robert.

A Robert le castañeaban los dientes de frío, pero también por una vaga sensación de nerviosismo.

—Solo estaba un poco... desorientado —dijo Lyle—. Pero debería haber dicho algo. No debería haberme hecho el dormido. Y, por lo que respecta a la fotografía... solo estaba echándole un vistazo y... iba a devolverla a su sitio, pero me quedé dormido. Lo siento.

—No pasa nada, está bien —dijo Robert.

—¿Seguro? —preguntó Lyle—. ¿Y tú lo estás?

—¿Si estoy cómo?

—Bien.

—Sí —dijo Robert—. Ahora sí.

—Bien —dijo Lyle—. Eso es lo que deseo. ¿Fuiste a dar un paseo?

—Solo un rato.

—¿Dónde has ido?

Lyle besó la espalda desnuda de Robert.

—Seguí un trozo de carretera. Hay un campo de maíz ahí al lado —dijo Robert.

—A lo mejor podemos cocinar algo de maíz con la cena. Me apetece mucho comer maíz. ¿Te gusta el maíz?

—Sí —dijo Robert.

—Esta es mi hora favorita del día —dijo Lyle—. Cuando empieza a anochecer, en pleno verano. El mundo parece muy perfecto, ¿no crees?

—¿Cómo puede ser muy perfecto? —preguntó Robert—. O es perfecto o no lo es.

—No —respondió Lyle—. La perfección admite muchas gradaciones. Dios fue generoso en ese sentido.

—¿Crees en Dios? —preguntó Robert.

—De manera intermitente —dijo Lyle.

—Yo, no —dijo Robert—. Y creo que la perfección es absoluta.

—Suenas como yo —dijo Lyle.

Lyle besó a Robert de nuevo y luego lo mordió sin delicadeza en el mismo lugar donde lo había besado.

—¿Has entrado ya en calor? —preguntó.

—No —dijo Robert—. Casi.

Lyle le frotó los brazos y lo apretó contra sí con más fuerza si cabe. Muy fuerte. Luego movió la cabeza de modo que su lengua pudiera alcanzar la oreja de Robert y ajustó su postura para que su erección ejerciera una presión más cómoda al apoyarse contra el culo de Robert.

—Avísame cuando te sientas bien y hayas entrado en calor —le dijo.

Una vez arriba, en la habitación, Robert cerró la puerta. Lyle se sentó en la cama. Robert se acercó y se arrodilló en el suelo, colocando su rostro en el regazo de Lyle, sobre su bañador húmedo. Olía a río y, más vagamente, a Lyle. Podía ver la mano de Lyle apoyada sobre la colcha de peonías. La tomó y la apoyó sobre su cabeza. Lyle la dejó allí por un momento y luego hundió sus dedos en el cabello mojado de Robert.

—Espera —dijo Lyle, incorporándose.

Se quitó el traje de baño y lo tiró al suelo. Luego observó cómo Robert se quitaba los pantalones cortos y ambos se tumbaron boca arriba en la cama, frescos y desnudos.

Permanecieron así un momento, los cuerpos en paralelo, mirando al techo, flotando en la luz reposada de la habitación amarilla. Luego se volvieron el uno hacia el otro.

—Escucha —dijo Marian—. ¿Puedo dejarlo contigo?

Estaba de pie junto a la puerta del baño, con Roland en brazos. John estaba en la bañera, leyendo el periódico.

—¿Por qué? —preguntó.

—Quiero ir a dar un paseo. No tardaré.

Marian empezó a desvestir a Roland.

—Pero ¿adónde vas?

—Fuera, un rato. A dar una vuelta.

—¿Ha pasado algo? —preguntó John.

—No es nada. Me apetece airearme un poco, nada más. Sola.

—¿Estás bien?

—Claro que estoy bien. No me pasa nada. Solo quiero dar un paseo.

—¿Qué hacen Lyle y Robert?

—Están descansando, creo. Tienen la puerta cerrada.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media o así. Les he dicho que sobre las siete tomaremos un cóctel. Aparta las piernas.

Marian cogió a Roland, al que ya había desvestido, y lo metió en la bañera.

—Aquí lo tienes —le dijo a John—. Dame el periódico.

John se lo dio.

—Estaba a punto de salir —dijo.

—No es verdad —dijo Marian—. Pero sal si lo prefieres. No tardaré. ¿Lo vigilarás esta vez?

—¿Qué quieres decir? —preguntó John.

—Me refiero a esta mañana. Cuando he vuelto de la estación estaba jugando con un aro de croquet. Me he puesto furiosa.

—Estaba vigilándolo —dijo John.

—No —respondió Marian—, no lo estabas vigilando. Si hubieras estado vigilándolo no hubiera estado jugando con los aros.

—Estaba vigilándolo. Estaba pendiente. Lo que no puedes es vigilarlo cada segundo.

—Sí —dijo Marian—, sí puedes.

—¿Por qué estás tan feroz?

—Por nada —respondió Marian—. Y no estoy feroz. Es horrible llamarle eso a alguien. Solo te pido que lo vigiles por mí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —dijo John.

Marian salió de la casa por la parte delantera y a mitad del camino de acceso torció para adentrarse en el bosque. Los árboles desprendían una humedad agradable. En la atmósfera se mezclaban sutilmente los olores a descomposición y a sequedad y el sol se deshacía en pedazos a través de la densa fronda. Marian caminó hasta el río y siguió su cauce hasta que llegó al pequeño puente de troncos en el que había estado la mañana —el momento, quizá— en que Tony había muerto. El puente seguía intacto, pero la corriente había cambiado. Su estruendoso curso se había reducido a un flujo paciente. Marian se arrodilló e interrumpió la corriente con los dedos. El agua estaba fría y límpida, y distorsionaba, aumentándolo, el tamaño de las hojas y helechos que se apretaban en el fondo contra el lecho rocoso. En la superficie nadaban perezosamente algunos animales tan pequeños que no podía distinguir si eran insectos o peces. Se inclinó para acercarse aún más al agua, hasta el punto que ya no podía ver su propio reflejo, pues bastaba su respiración para agitar la superficie. Pensó: es muy difícil conmemorar a los muertos. Elaborar un recuerdo suyo que no implique complacerse en el propio dolor es casi imposible. Y nunca volverás a poseerlos sin la mácula de tu tristeza, nunca pensarás en ellos o verás su imagen con una ráfaga de sensaciones puras, sino siempre tamizadas por ese dolor, esa tristeza, ese sentimiento egoísta de abandono, que tiene que ver más contigo que con ellos. Odiaba compadecerse por la muerte de Tony.

Cuando Marian había estado ingresada en el hospital, Tony era la única persona a la que realmente soportaba ver. Con el resto se sentía culpable. Con John, con su madre, incluso con Lyle, se sentía culpable, como si tuviera que explicar qué había pasado, dar cuenta de su incapacidad para vivir. Pero con Tony, no. Él le había hablado de Dios, aunque nunca antes lo había mencionado ni volvió a hacerlo después. Le dijo que necesitaba fe. Una fe. Alguna clase de fe. De otro modo, era demasiado fácil soltar la vida. Tenías que inventarte un dios en el que pudieras creer y luego creer en él. Tenías que creer que en tu vida había algo presente que podía salvarte. No tenías que saber necesariamente qué era, pero tenías que sentir que existía. Tenías que

encontrar aquello de la vida que te procuraba deleite y aferrarte a ello. No podías dejarlo escapar o perderlo de vista. Tenías que desarrollar garras con las que asirlo.

Eso era lo que Tony le había dicho. Y ella había respondido: sí, lo sé.

¿Y puedes hacerlo?, le había preguntado Tony.

No, había respondido Marian, te entiendo pero no puedo. No es como si... No tengo el poder para hacer eso. No tengo el control. Es como si estuviera caminando por un acantilado. Un acantilado muy alto y escarpado asomado al mar, como en una película. Los acantilados blancos de Dover, por ejemplo. Y el acantilado se curva todo el rato, pero yo tengo que seguir caminando recto. No puedo girar o ajustar mi rumbo al acantilado. Tengo que seguir caminando recto. Y algunas veces me aproximo demasiado al borde. Me acerco demasiado. Y no puedo hacer nada.

No puedo hacer nada.

Una mariposa nocturna revoloteó a su alrededor, batiendo sus alas blanquecinas contra la superficie del agua, asustada. Marian se inclinó hacia delante para rescatarla, pero la corriente era demasiado fuerte. Se sentó de nuevo en el puente y miró el reloj. Se estaba haciendo tarde. La luz se desvanecía, retirándose en largos haces moteados. Era hora de volver. De volver y de ser ella misma. De ser la persona que era. De volver y de vivir.

El supermercado más próximo no era muy «súper», pero sí genuino e íntimo, características que Laura apreciaba. Incluso los carros de la compra parecían de otra era, una mejor. Nina cogió uno y enfiló el primer pasillo, que era el de frutas y verduras.

—Pararemos a la vuelta en un puesto que hay con productos locales —dijo Laura—. Los de aquí son terribles.

Nina estaba palpando un tomate anémico.

—Sí —respondió.

—Pero la carne es excelente —dijo Laura—. ¿Vais a usar la barbacoa?

—Sí, podría ser.

—Entonces deberíamos comprar carbón también.

Doblaron la esquina para entrar en el siguiente pasillo. Nina comenzó a lanzar cosas al carro que podrían usarse para la cena, si bien Laura estaba segura de que no se usarían. Laura no dijo nada. Comprarían todo lo que Nina quisiera.

—Me alegro de poder verte al fin —dijo Laura.

—Es una pena que esta noche tengas cena.

—Sí —respondió Laura—. Si me hubieras avisado de que venías...

—¿Cómo?

—Lo que te dije antes. Hubiera pedido que te invitaran a ti también. Pero dudaba mucho que fueras a subir este fin de semana. Después de no haber aparecido los seis anteriores hubiera sido un poco estúpido creer que vendrías este.

—Pero podrías haberles dicho que a lo mejor venía, que cabía esa posibilidad.

—De hecho, lo pensé. Pero no creo que sean la clase de gente que te gusta.

—¿Por qué no? —preguntó Nina.

—Bueno, son muy serios, y americanos.

—¿Qué quieres decir con que son americanos? Tú eres americana.

—Técnicamente, lo soy. Pero no lo he dicho desde el punto de vista de la nacionalidad, sino del temperamento.

Nina estaba examinando la cámara frigorífica con los helados, un gran pozo abierto incrustado de hielo humeante.

—Eres tan rematadamente snob —dijo.

—Nunca he dicho que no lo fuera —dijo Laura—. Todo el mundo es un poco snob. Es parte de la naturaleza humana.

—Pues no es una parte muy bonita —dijo Nina, arrojando al carro un envase de helado con forma de torpedo.

—Creo que tienes mucha cara haciéndome sentir mal con esto —dijo Laura—. Vine hasta Nueva York para estar cerca de ti este verano, pero ¿has pasado algo de tiempo conmigo? No. Así que perdóname si decido pasar una noche en compañía de extraños.

—No has venido a Nueva York para estar cerca de mí —respondió Nina, con voz calma mientras seguía avanzando por el pasillo.

—¿Cómo? —dijo Laura, consciente de que estaba levantando la voz—. ¿Que no qué? Entonces, ¿por qué me he venido hasta aquí?

—No lo sé —dijo Nina—. Para escapar de algo. Para escapar de alguien. Pero no para verme a mí. O tal vez para verme, pero no para estar cerca de mí. No para pasar tiempo conmigo.

—Eres ridícula —dijo Laura—. Es precisamente a eso a lo que he venido.

—Pues ahora estoy aquí —dijo Nina—. Y resulta que vas a cenar fuera.

—Sí —respondió Laura—. Voy a salir a cenar. Cuatro horas. ¡Cuatro horas! Imagínate, qué crimen.

Nina dobló otra esquina con el carro y estudió los paquetes de café.

—No hablemos más de esto —dijo, y cogió dos paquetes de la balda, uno con cafeína y el otro descafeinado, y los puso en el carro—. No quería hacerte enfadar.

—No estoy enfadada —dijo Laura—. Simplemente no entiendo qué sentido tiene que vengas hasta aquí si te vas a dedicar a llevarme la contraria.

—No pretendía llevarte la contraria —dijo Nina—. Solo quería ser sincera.

—Bueno, pues ahórrame tu sinceridad —respondió Laura.

Nina miró a su madre.

—Muy bien —dijo—. Eso haré.

Tony se estaba afeitando. Sobre la repisa del lavabo, un vaso de zumo lleno de vino blanco refractaba la luz vespertina. Lyle estaba leyendo, tumbado en el sofá.

—Puede que vuelva a la ciudad esta noche —dijo Tony.

Lyle dejó el libro, pero no respondió.

—No hasta tarde —continuó Tony—. En el de las 9.45. Si voy.

—¿A ver a alguien? —preguntó Lyle.

—No.

—Entonces, ¿puedo ir contigo?

—¿No quieres quedarte aquí?

—Sí —dijo Lyle—. Por supuesto que quiero. Pero no si no estás tú.

—¿Por qué no? —preguntó Tony.

—¿Por qué tienes que volver?

—No he dicho que vaya a volver seguro. He dicho que podría ser.

—¿Por qué podría ser?

Tony deslizó la maquinilla a lo largo de su garganta. Se afeitaba dos veces al día. Le gustaba la sensación que le producía: arrancarse una capa, rejuvenecer. Siempre se sentía más joven después de afeitarse.

—De hecho —dijo—, si te digo la verdad, puede que vea a una persona. Depende de si deja un mensaje.

Lyle cogió el libro de nuevo y durante un momento fingió que leía, pero ya no era capaz de seguir el texto y pasar de una línea a la siguiente. Podía concentrarse en una línea, pero cuando llegaba al final era como caerse por un precipicio. Sin bajar el libro, dijo:

—¿Por qué tienes que decirme esto? Que puede que vayas a ver a alguien cuando ni siquiera es definitivo. ¿Por qué haces eso?

—Para prepararte —dijo Tony—. Para no salir pitando de repente.

Aclaró la maquinilla debajo del grifo. El hilillo de sangre formó una espiral y la intensidad del rojo fue diluyéndose hasta que desapareció por el sumidero.

—La última vez que me fui sin decirte nada te enfadaste.

—Sí —dijo Lyle—. Me enfadé. Y ahora estoy enfadado también.

—Lo siento —dijo Tony—. De todas formas, es muy probable que no llame. Creo que soy muy mayor para él.

—No te entiendo —dijo Lyle—. ¿Por qué habrías de querer marcharte de aquí, en mitad de un fin de semana tan hermoso, para volver a la ciudad a acostarte con un extraño?

Tony palmeó su rostro recién afeitado con una toalla y dio un sorbo al vaso de vino.

—Ya hemos hablado otras veces de esto —dijo—. No sé por qué quiero lo que quiero.

Se acercó a Lyle y se sentó junto a él en el sofá.

—No te enfades —le dijo—. Ya sabes que es solo... Ya sabes que no tiene importancia para mí.

—Pero sí la tiene para mí —dijo Lyle.

—Lo siento —respondió Tony—. De verdad, sabes que lo siento.

Le ofreció el vaso a Lyle.

Lyle declinó la oferta negando con la cabeza.

—Deberías vestirte —dijo—. Tenemos que bajar a cenar. Y estás sangrando —añadió—. Debajo de la barbilla.

—Mierda —dijo Tony.

Se levantó y se miró en el espejo. Después cogió un trozo de papel higiénico y se lo apretó contra la barbilla. Se quedó de pie, mirando por la ventana. Vio a Marian caminar por el césped de aquí para allí, encendiendo velas de citronela. Llevaba un vestido blanco y estaba descalza.

—No iré —dijo—. Lo siento. No voy ni a comprobar el contestador.

—Ve si quieres —dijo Lyle—. No me hagas favores.

Tony se giró y se alejó de la ventana. Aparentemente, Lyle seguía leyendo.

—No hago esto para hacerte daño —dijo.

—Lo sé —respondió Lyle—. Pero lo hace. Lo haces.

—Hay veces que... Quiero decir, ya hemos hablado de esto, Lyle. Lo hemos hecho. Creía que habíamos llegado a un acuerdo. Quiero disfrutar de mi vida mientras todavía puedo hacerlo. Y disfruto acostándome con otros hombres de vez en cuando. No me avergüenzo de ello y no creo que tú debas avergonzarte. Va de mi cuerpo, y del suyo. No tiene nada que ver con mi mente ni con lo que siento por ti. Dijiste que lo entendías.

—Y lo entiendo —dijo Lyle—. Solo que no quiero tener que enterarme. Eso es todo.

—Pero luego te enfadas si desaparezco, o si no soy sincero. No puedes tener las dos cosas.

Lyle pensó: no quiero las dos cosas, no quiero ninguna de ellas. Transcurrido un momento, dijo:

—¿Cómo está tu barbilla?

Tony retiró el papel y se miró en el espejo.

—Ya ha parado —dijo—. Creo que ya está bien.

Robert se duchó tan bien como pudo en la bañera y se vistió para bajar a cenar. Dejó a Lyle afeitándose en el baño y salió al pasillo. Abrió la puerta que daba a la escalera trasera y escuchó la voz de Marian.

—¿Qué te parece? —estaba diciendo.

—Parece muy agradable —dijo John—. Joven.

—A mí no me gusta —dijo Marian.

—¿Por qué no?

—Es un poco... tiene un punto un poco irritante.

—Bueno, tiene que ser complicado para él, venir aquí y que nosotros seamos tan íntimos de Lyle. Y que lo fuéramos de Tony.

—Eso lo entiendo. Me refiero aparte de eso. Hay algo que... no sé, detesto a la gente joven que se cree en el derecho de juzgarte. Que te observa y te juzga y que piensa que sabe más que tú. Y él es así, te lo digo yo.

—Pero eres tú quien lo está juzgando.

—Bueno, claro. Todo el mundo juzga a todo el mundo. No puedes evitar formarte una impresión. Pero sí puedes... pues tener un poco de tacto. No creo que él tenga tacto.

—A mí sí me parece bastante discreto.

—Pues no se trata de tacto, entonces. No sé lo que es. Pero lo percibo.

—Bueno, es una buena noticia ver a Lyle con alguien de nuevo.

—No es la persona indicada para Lyle. No va a durar.

—Por supuesto que no durará. Por eso deberías ser amable con él. Es solo una fase por la que Lyle está pasando.

—Me hace echar de menos a Tony.

—Todos echamos de menos a Tony. ¿Esto tiene que hervir?

—¿Está hirviendo? No. Baja el fuego.

Robert cerró la puerta. Contempló los cuadros de aves ornamentales que había colgados en la pared. Leyó sus nombres para sí: *Español negro cara blanca*, *Presa roja de pechera parda*, *Gallina negra de pluma rizada*. Lyle llegó al rato y lo abrazó por detrás. Como Robert no reaccionó, le preguntó:

—¿Qué sucede?

Robert se dio la vuelta y miró a Lyle. Tenía el cabello húmedo y engominado. Su rostro recién afeitado estaba suave y había cogido color con el sol.

—¿Qué sucede? —repitió Lyle.

—¿Te gusto? —preguntó Robert.

—Te adoro —dijo Lyle—. Creía que acababa de ilustrar ese hecho de la manera más convincente.

Señaló la habitación amarilla con un gesto de su cabeza. Luego se inclinó para besar a Robert.

—Por supuesto que me gustas —dijo—. ¿Qué clase de pregunta es esa? Me gustas y mucho más.

Abrió la puerta y bajaron las escaleras, juntos, para ir a cenar.

La suite principal de la casa de Laura era bastante lujosa. El baño era muy grande y tenía su propio balcón. Laura estaba metida en la bañera color aguamarina, fumando un cigarrillo y contemplando los árboles y el cielo a través de las puertas acristaladas, abiertas. Desde allí podía escuchar, procedente de abajo, el murmullo de las voces de Nina y de Anders. Después de un rato, quitó el tapón y sintió cómo el agua descendía en torno a su cuerpo, hasta desaparecer formando un remolino bajo los dedos de sus pies. Salió de la bañera y se secó con la toalla, se peinó el pelo húmedo hacia atrás, se perfumó, se empolvó y salió del dormitorio. Se asomó a la ventana. Anders y Nina estaban en la piscina. Anders tenía la espalda apoyada contra el bordillo y Nina estaba a horcajadas sobre él, asiendo con las manos una losa a cada lado de su cabeza.

Aunque el sol se había hundido ya tras los árboles, todavía parecía quedar mucha luz fuera, si bien todo lo que refulgía vívidamente coloreado a mediodía se desleía ahora hacia el gris y los tonos pardos. Algunos pájaros cuya especie Laura no podía identificar volaban ruidosamente desde el tejado de la casa hasta las copas de los árboles, y luego de vuelta al mismo sitio otra vez, como si no estuvieran seguros de dónde querían pasar la noche. Laura pensó en los campos que se extendían bajo su villa y en los cuervos que alzaban el vuelo desde ellos a esa hora del día, graznando mientras se internaban en el bosque. Fuera a donde fueras, en el mundo había algunas cosas que siempre permanecían constantes, como la forma en la que los pájaros flirtean con el atardecer.

Debajo de ella, Nina y Anders se estaban besando. Eran besos largos. No: un beso que no cesaba, reinventándose a sí mismo a cada momento.

Laura se alejó de la ventana. Su ropa estaba extendida sobre la cama: una falda negra y una blusa blanca de seda. Se vistió y luego se colocó delante del espejo, se cepilló el pelo y se puso las joyas. Luego permaneció así, ya compuesta, otro momento, observándose en el espejo, mientras la habitación se tornaba sombría a su alrededor y su reflejo se difuminaba aún más deprisa.

Se sentía hueca y aturdida. Tenía la esperanza de que el baño reconfortara o vigorizara su espíritu, pero no había sido así. Tendría que fingir.

Bajó a la cocina y puso en una bandeja una vela, una botella de vino y tres copas y lo llevó todo hasta la piscina. Anders estaba haciendo largos, despedazando el agua con sus brazadas. Nina estaba echando carbón en el hibachi.

—He pensado que era buen momento para un aperitivo —dijo Laura.

Posó la bandeja sobre la mesa, encendió la vela y se dispuso a descorchar la botella.

—¿No tienes que salir ya? —preguntó Nina.

—Tengo unos minutos todavía —dijo Laura—. Soy italiana. Se da por sentado que llegaré tarde.

Esperaba que Nina la contradijera, pero no lo hizo. Laura sirvió el vino en una de las copas y luego alzó otra, ofreciéndosela a Nina.

—¿Sí? —le preguntó.

—Por favor —dijo Nina.

Laura llenó la segunda copa y se la pasó a Nina.

—Espero que esa cosa funcione —dijo, señalando el hibachi con la cabeza.

—Debería —respondió Nina.

Anders nadaba cada vez más despacio. Las dos mujeres dieron un sorbo al vino y lo miraron.

—Parece muy agradable —dijo Laura—. Anders.

Asintió en dirección a su figura sumergida, como si hubiera muchos Anders merodeando por allí.

—Sí —respondió Nina—. Lo es.

Después de un momento, añadió:

—Está casado.

Nina pronunció esas palabras sin expresión y Laura no estuvo segura de si iban dirigidas a corroborar o contradecir lo agradable de Anders.

—En mi experiencia los hombres más agradables siempre están casados —dijo Laura.

—Sí, aunque nunca dejaste que eso te detuviera.

—No —respondió Laura—. No si eso no los detenía a ellos. ¿Su mujer está en Holanda?

—No —dijo Nina—. En Santa Mónica.

—Bueno, está lo suficientemente lejos.

—No es una cuestión de distancia —dijo Nina.

—No, supongo que no —admitió Laura.

Estaba decidida a ignorar el berrinche de Nina, pero se preguntaba durante cuánto tiempo sería Nina capaz de mantenerla. Estás muy fea cuando estás de morros, estuvo a punto de decirle, pero se lo pensó mejor, porque en el caso de Nina, aquello no era cierto en absoluto.

Nina prendió una cerilla y la acercó al lecho de papel de periódico que había metido debajo del carbón. Dio un paso atrás y lo vio arder. Anders salió de la piscina. Se quedó de pie, jadeando y goteando sobre las losas. El bañador estaba muy ceñido a su cuerpo y demarcaba el contorno de su pene. Se dio cuenta de que ambas lo estaban mirando y tiró de la prenda para estirla.

Laura posó su copa vacía sobre la mesa.

—Bueno, será mejor que vaya tirando —dijo—. Espero que los dos disfrutéis de una cena agradable. No creo que vuelva tardísimo.

—Tómatelo con calma —dijo Nina.

—Que tengas una velada agradable —dijo Anders.

—Mierda —dijo Nina al ver que el fuego se había apagado pero que el carbón no había prendido—. ¿Tienes algún líquido para encender?

—No —respondió Laura.

—Yo me encargo —dijo Anders.

Laura se quedó allí de pie. Sentía que no podía marcharse hasta que la barbacoa funcionara como era debido.

—¿Hay algo que pueda hacer? —preguntó.

Nina la miró desde el hibachi, junto al que se había arrodillado.

—No —le dijo—. Ve.

Laura escuchó a Nina reírse mientras daba la vuelta a la casa en dirección al aparcamiento. Se está riendo de mí, pensó. Aquella idea la entristeció tanto que dejó de andar. Decidió no ir a la cena. Se quedaría en casa con Nina y Anders. Si aquello significaba tanto para Nina, y era obvio que así era, lo correcto era quedarse. De hecho, era bastante tierno que a Nina la molestara su partida. Llamaría a Marian Kerr y le diría que no se encontraba bien. O que no le arrancaba el coche. Algo. Se dio la vuelta y caminó hacia la piscina. Anders y Nina estaban de pie sobre el césped, besándose. Anders se había quitado el traje de baño. Nina se había quitado la camiseta. Sus prendas, arrojadas, estaban amontonadas sobre la hierba. Habían vuelto a encender el hibachi, poniendo más papel de periódico, y Laura contempló las llamas atacando el aire. Los pedazos de papel ascendían ribeteados de chispas, flotando en la oscuridad.

John estaba acostando a Roland. Roland estaba tendido en la cuna, mirando cómo el techo desaparecía en la penumbra. Sus ojos estaban completamente abiertos, enfocados, pero su mirada no se desplazaba. Miraba fija e intensamente, pero sin expresividad. ¿Qué miraba? Parecía saberlo todo o desconocerlo todo.

—Roland —dijo John.

Roland movió la cabeza, de modo que pareció mirar a John.

—Estás bien —dijo John en voz alta—. ¿A que sí?

Roland no respondió. John se inclinó sobre él y puso un dedo en su mejilla limpia, fresca y suave. Los ojos de Roland se estrecharon, casi imperceptiblemente, como concentrándose.

—¿Estás bien? —preguntó John.

Los ojos de Roland se relajaron. Era su forma de sonreír. Era tan solo una cuestión de grados, de comparar una cosa con otra. Y aquella expresión, comparada con la anterior, era una sonrisa. John siguió acariciando la mejilla de Roland. El techo había desaparecido. Las paredes se sumergieron en una oscuridad fresca y fluida.

John escuchó el sonido de un coche avanzando por el camino de la entrada y miró por la ventana. Era un coche deportivo rojo, pequeño. Se detuvo en el mismo césped, delante de la casa, como si fuera parte de un anuncio de televisión. De él bajó la mujer a la que Marian había invitado a cenar. Se paró un momento sobre la hierba, para alisarse la falda primero y luego el pelo. Una vez alisado todo, alzó la vista hacia la parte baja de la fronda y luego cogió un paquete de cigarrillos del salpicadero metiendo el brazo por la ventanilla abierta. Arrancó el envoltorio y lo tiró dentro del coche. La mujer estaba intentando encenderse un cigarrillo cuando John oyó cómo se abría la puerta delantera de la casa. La mujer también lo oyó, metió el paquete de tabaco en el bolso y miró en dirección a la casa.

—Oh, qué bien —John escuchó decir a Marian—, te has traído un jersey. Te iba a llamar para sugerirte que cogieras uno porque vamos a cenar fuera.

—Esa esperanza tenía —dijo la mujer mientras subía los escalones del porche.

—Lo siento, llego tardísimo. Mi hija ha aparecido hoy, viene de Nueva York, y eso ha ralentizado un poco las cosas.

—¿Cómo no te la has traído? —preguntó Marian.

—Oh, está aquí con su prometido —respondió la mujer.

La puerta de entrada se cerró tras ellas.

John no quería bajar. Se preguntó cuándo —y si— le echarían de menos. Marian subiría en un rato. Pero sería en un rato. Echarían antes en falta la idea de él que a él mismo. A John no le gustaba socializar. Sabía que, teóricamente, la gente era interesante, y estaba seguro de que la mujer que había aparcado el coche sobre su césped era interesante. Marian tenía un don para encontrar gente interesante. Pero a John no le gustaba mucho la gente interesante. Lo hacían sentir aún más aburrido de lo que ya sentía que era. Su madre solía decirle que era un lerdo. Se lo llamaba a menudo, le gustaba esa palabra. Siempre lo estaba instando a cultivar lo que ella denominaba un «espíritu elevado». Solía decir que la vida era demasiado corta como para que uno no hiciera exactamente lo que quería. *Exactamente*. Era una persona increíblemente egoísta, pero, de alguna manera, al abrazar y celebrar su egoísmo de aquel modo había logrado convertirlo en una suerte de encanto. Con todo, su madre no había sido feliz. Lloraba todo el rato. John la recordaba en Roma: tendida en el sofá, a media tarde, con las cortinas echadas y sollozando.

La señora que había venido a cenar le recordaba a su madre. Su madre hubiera aparcado el coche sobre el césped. Siempre haciendo algo para indicar «hola, estoy aquí, mírame». Yo no aparco allí, con el resto. Yo aparco aquí. Aparco donde me da la gana.

Tony no era un lerdo. Tony sí poseía un espíritu elevado; enérgico y contagioso. Podía trascender cualquier incomodidad y animar una fiesta, una comida o, sencillamente, una conversación. Si Tony estaba en una fiesta, había algo que terminaba por suceder siempre, de manera invariable: la gente bailaba o cantaba, o se bañaba desnuda o desfilaba, o jugaba a juegos. Se tiraban y se rompían cosas y, en mitad de aquel furor, Tony era capaz de permanecer relajado. Cuando estaba Tony, era fácil desaparecer. Si Tony estuviera abajo también, John no vacilaría en bajar. Pero Tony estaba muerto.

—John, ¿te acuerdas de Laura Ponti, verdad?

—Por supuesto —respondió John mientras descendía por la escalera trasera.

Estaban todos sentados alrededor de la mesa en el jardín. Marian estaba sirviendo unas copas de vino blanco.

—Es un placer verla de nuevo —dijo John al estrechar la mano de Laura.

—Estaba diciéndole a tu mujer lo preciosa que es vuestra casa —dijo Laura—. Y además tenéis río. ¿Se puede nadar en él?

—Sí —dijo Marian—. Tienes que venir alguna tarde.

—Me encantaría darme un baño —respondió Laura—. Tengo una piscina en mi casa, pero las piscinas tienen algo que encuentro profundamente deprimente. Le quitan al baño todo el placer de lo natural, supongo.

—Bueno —dijo Marian, alzando su copa—, ¿por el verano?

Todos se unieron al brindis.

—Es un placer conocerte, Lyle —dijo Laura—. Leí la reseña de tu libro en el *Times* y traté de conseguir un ejemplar, pero las librerías de esta zona son desesperantes. Supuestamente la de Woodstock me ha encargado uno. Me hubiera encantado tenerlo aquí conmigo esta noche para que pudieras firmármelo. Tengo una colección considerable de primeras ediciones firmadas.

—Yo tengo algunos ejemplares extra aquí —dijo Marian—. Le pediré que te firme uno antes de que te vayas.

—Eso sería espléndido —dijo Laura—. ¿Hasta cuándo te quedas por aquí, Lyle?

—Solo el fin de semana —dijo Lyle—. Nos volvemos a la ciudad mañana.

—¿Os volvéis?

—Sí —respondió Lyle—. Estoy aquí con Robert.

—¡Oh! —exclamó Laura—. ¡Claro! Me había parecido que... bueno, da igual lo que pensara. Aunque de lo que sí estoy segura es de no entender por qué no os quedáis más tiempo. Bajé a Nueva York la semana pasada, a almorzar con unos amigos, y me pareció un sinsentido. Todo el mundo muerto de calor y de pésimo humor y ese aire sucio y pegajoso. ¿Y todavía hay manera de coger un taxi en esa ciudad? Todo muy desagradable. Creo que las ciudades no están hechas para el verano. Supongo que es un poco elitista decir esto, pero, sinceramente, pienso que la gente debería irse de vacaciones en verano.

—Pero si todo el mundo se fuera en verano, ¿no estaría entonces el campo lleno de gente? —preguntó Robert.

—Sí, pero en el campo hay más espacio entre la gente. Uno se adapta a ello. Aunque lleva un tiempo, ¿no creéis? Uno tiene que soltar primero toda

esa energía urbana horrorosa. Es tan negativa. Mi hija llegó hoy de la ciudad y casi me vuelve loca. Llegó tensa como... ¿se dice como un tambor? No sé por qué. Cuando uno habla varias lenguas las metáforas se vuelven muy confusas. Se te mezclan todas, no se sabe muy bien cómo, y dejan de tener sentido.

—¿Hasta cuándo se queda tu hija? —preguntó Marian.

—Oh, solo este fin de semana. Está rodando una película en la ciudad. Había alquilado la casa para que pudiera venirse los fines de semana, pero ya sabéis como son los rodajes, no ha podido escaparse hasta ahora.

—¿Qué película está rodando? —preguntó Robert.

—No sé cómo se llama. Empecé viendo todas sus películas, pero eran tan malas que tuve que dejar de hacerlo.

—¿Qué otras películas ha hecho? —preguntó Robert.

—No lo sé. Bueno, sí lo sé, pero me da demasiada vergüenza decirlo.

—Bueno, me alegro de que finalmente pudiera subir a verte —dijo Marian.

—Sí, supongo que sí —dijo Laura—, aunque al mismo tiempo es un poco molesto. Me refiero a tener invitados en casa el fin de semana. Llegan y entran a sus anchas, lo ponen todo patas arriba y, antes de que puedas acostumbrarte, ya se han ido.

—Espero que no todos los invitados de fin de semana sean así —dijo Lyle.

—Si te refieres a vosotros, por supuesto que no —dijo Marian, y se rio—. Pero tú no eres un invitado, Lyle. Eres de la familia.

—Yo debería considerar de la misma forma a Nina, pero no lo hago. Supongo que es que porque vivo tan lejos y solo la veo de vez en cuando.

—Qué pena —dijo Marian—. Debe ser un poco frustrante.

Laura observó por un momento la mancha de carmín que había dejado en la copa de vino.

—No —dijo—. En absoluto.

Se dio cuenta de que aquel comentario precisaba cierta elaboración.

—Creo que existe una noción romántica de la intimidad familiar que es... bueno, solo eso: una noción.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Robert.

Laura lo miró.

—Quiero decir que los niños tienen que crecer y separarse de los padres. Creo que lo de mantener una unidad de por vida es artificial y sentimental. La

economía y la religión han conformado nuestra percepción de cómo deberían funcionar las familias.

—¿Cómo piensas que deberían funcionar las familias? —preguntó Robert.

—Pues creo que... bueno, obviamente, si vas a tener hijos, tienes que criarlos. Esa es la verdadera maldición de las mujeres. Pero no pienses que te deben algo por ello. Si piensas eso, si crees que se ocuparán de ti en la vejez, eres una ingenua incurable. No es así como funciona el mundo. Las personas tienen que permanecer juntas cuando se necesitan mutuamente. Más allá de eso, no creo que estemos obligados a nada.

—Pero la necesidad no siempre es recíproca —dijo Marian—. Evidentemente no estamos obligados a amarnos unos a otros, pero de hecho en las familias nos queremos, ¿o no? ¿Y no queremos estar cerca de aquellos a los que amamos y cuidarlos?

—No creo que en las familias siempre nos queramos unos a otros —dijo Robert—. Esa no ha sido mi vivencia, al menos.

—Esa es otra de esas nociones —dijo Laura—. Idealmente, sí lo hacemos, por supuesto. Pero mi experiencia es que las relaciones familiares no suelen estar a la altura de ese ideal. Y que terminan siendo bastante parecidas al resto de relaciones. La gente se hace mayor y cambia. Y no hay nada malo o trágico en ello. Es perfectamente natural.

Laura dio un sorbo a su copa y se dio cuenta de que ya se la había acabado. Se inclinó hacia delante para apoyar la copa en la mesa.

—Creo que haré una visita al baño de señoras antes de cenar —dijo.

—Está a la derecha de la cocina, en el vestíbulo —dijo Marian.

Laura se levantó. Había oscurecido mientras permanecían allí sentados. Miró en dirección a la casa y los ojos brillantes de sus ventanas le devolvieron la mirada.

—John, ¿por qué no subes a encender las luces del jardín? —dijo Marian.

John se levantó y entró en la casa. Las luces de fuera se encendieron, una de ellas cerca de las escaleras, que Laura procedió a subir. John le abrió la puerta y le indicó el camino al baño. Era uno de esos baños horribles, contruidos debajo de las escaleras, con tan solo un lavabo y un retrete bajo un techo inclinado en ángulo agudo. Laura se quedó de pie un momento contemplando el pequeño espejo. En el cristal, sobre su rostro, había grabado un arco de hojas. Desde allí podía escuchar a John y a Marian hablando con el tono bajo y confiado propio de los anfitriones. ¿Qué es lo que había estado diciendo?, se preguntó. Sabía que no estaba borracha, pero se sentía como si

lo estuviera, como si su comportamiento fuera un paso o dos por delante de su consciencia. Tranquilízate, se dijo. Tranquilízate.

—¿Y a qué te dedicas tú, Robert? —preguntó Laura, una vez estaban todos de vuelta en la mesa y comiendo el pescado a la plancha.

—Sobre todo a responder preguntas sobre a qué me dedico —dijo Robert—. Al menos desde que conocí a Lyle.

—¿Y cuándo conociste a Lyle?

—Hace unas semanas —dijo Robert.

—Bueno, nos conocimos en Skowhegan —dijo Lyle—. Hace más de un mes.

—Recientemente, en todo caso —dijo Laura—. No me extraña entonces que parezcáis tan felices juntos. No hay nada más hermoso que enamorarse. Por eso es por lo que me he enamorado tantas veces.

—¿Cuántas? —preguntó Robert.

Tenía la sensación de que aquella señora estaba intentando ser escandalosa o, al menos, entretenerles, y que nadie la estaba animando a ello.

—¡Pero cómo preguntas eso a una mujer! Afortunadamente, no tengo vergüenza alguna. He estado enamorada, he amado a alguien, once veces. Y me he casado cuatro.

—¿Estás enamorada ahora mismo? —preguntó Robert.

—No de ningún hombre. Ni de ninguna mujer, tampoco. Ahora estoy enamorada de mi villa y de mi vida allí. Y es el mejor amor que he tenido nunca. He descubierto que la gente debería amar siempre el lugar donde vive. Si no lo hace, debería mudarse. El mundo es muy grande para eso. ¿No creéis?

—Pero la mayoría de la gente no puede permitirse mudarse a otro lado solo porque le apetece —dijo Robert.

—Claro que no —respondió Laura—. No dejo que la realidad económica afecte mucho de lo que digo. Lo encuentro muy aburrido. Pero ¿no estás de acuerdo conmigo, al menos teóricamente?

—No lo sé —dijo Robert—. Creo que las personas son más importantes que los lugares. Prefiero querer a las personas.

—Por supuesto, hazlo. No seré yo quien te detenga. Pero una buena casa en algún sitio... como esta —dijo Laura señalando a su espalda—... He ahí algo que sí merece ser amado: las propiedades inmobiliarias. Porque nunca te

abandonarán ni cambiarán. Tú puedes largarte o puedes cambiar, pero ellas no te dejarán. Son algo verdaderamente tuyo.

—Pero una casa no puede abrazarte —dijo Robert—. Ni hablarte, ni entenderte.

—Si piensas eso, es que no has pasado tiempo en la casa adecuada —respondió Laura—. Por las noches, cuando estoy sola en la mía, siento que me abraza, y que me habla y que me entiende; y que lo hace, de hecho, mucho mejor que algunos hombres. Mejor que la mayoría.

—Yo creo que la clave es tener la casa llena de gente a la que amas —dijo Marian—. Para mí, eso es lo ideal.

—Pero entonces la casa ya no es realmente tuya —dijo Laura.

—Sí lo es —respondió Marian—, pero compartirla es aún mejor.

—Pero puedes compartir cosas y aun así poseerlas —dijo Laura—. Eso es lo mejor. Compartirlas, no regalarlas. La gente regala demasiadas cosas, y luego se arrepiente.

—No creo que se pueda dar demasiado a aquellos a los que quieres —dijo Marian.

—Eso es porque, básicamente, eres una persona buena y adorable. Yo no. Lo fui una vez. Pero es muy difícil preservar eso. Al menos lo fue para mí. Siempre intento ser buena, pero mi personalidad interfiere. La bondad es una cualidad que se gasta con los años, me parece. Terminas con una pequeña pátina de bondad, con un aura de bondad, pero la bondad en sí misma desaparece. Por eso siempre me fascina cuando conozco a una persona mayor que es realmente bondadosa. Creo que son ángeles. Santos. Pero hay tan pocos. Esa es una de las razones por las que me gustan tanto los jóvenes. Tú, por ejemplo —dijo señalando a Robert con la cabeza—, tú, que eres el que quiere querer a las personas en lugar de a las casas, oírte decir eso le hace bien a mi corazón, saber que esa clase de sentimientos todavía existen.

—La gente suele pensar que soy muy cínico —dijo Robert.

—Bueno, no creo que se pueda sobrevivir hoy en día sin ser cínico. A no ser que seas idiota. El cinismo es nuestra segunda naturaleza. Pero es solo una armadura; solo cubre nuestra verdadera naturaleza. Y en tu caso, me parece, no es muy gruesa. ¿A qué te dedicas? Puede que estés cansado de esa pregunta, pero tengo curiosidad ahora que me he interesado por ti.

—Trabajo en un restaurante —dijo Robert—. E intento ser pintor.

—¿Sabes restaurar cuadros?

—No —dijo Robert.

—Yo sí —dijo Marian—. ¿Por qué?

—¿Sí? —preguntó Laura—. No sabía eso. Qué interesante.

—Trabajé para el Metropolitan —añadió Marian.

—¿Has restaurado frescos alguna vez?

—No —dijo Marian—, solo lienzos.

John se levantó.

—Disculpadme —dijo—. Me acabo de acordar de que me he dejado puesto el aspersor en el huerto. Ahora vuelvo.

—Yo no lo oigo —dijo Marian.

Permanecieron todos callados un momento, tratando de escuchar el aspersor.

—Está puesto muy suave —dijo John, y descendió por el césped hacia la oscuridad.

—Le falta poco para empezar a dormir en el huerto también —dijo Marian.

—Pues déjale —dijo Laura—. Una cosa que he aprendido es que hay que dejar dormir a los hombres donde quieran.

Nadie, ni siquiera Robert, parecía preparado para responder aquel comentario.

—¿Qué estabas diciendo antes sobre unos frescos? —preguntó Lyle.

—Ah —respondió Laura—, bueno, estoy haciendo obras de restauración en mi villa y voy a enyesar algunas de las paredes. La casa pertenecía antes a unos malditos ingleses que la tenían toda decorada estilo Laura Ashley. ¿Te lo puedes creer, Laura Ashley en una villa italiana?

—No —dijo Lyle, para quien hasta las preguntas retóricas merecían una respuesta cuando se trataba de estética.

—Por supuesto que no —continuó Laura—. Bueno, la cuestión es que debajo del papel de pared del salón de música descubrimos unos frescos. Como era de esperar, están bastante dañados, pero me gustaría contratar a alguien para que los restaure.

—Puedo conseguirte algunos nombres, estoy segura —dijo Marian.

—¿Sí? Probablemente los frescos son de segunda fila y no merecen el esfuerzo, o el gasto, pero me sentiría fatal si nadie les echa un vistazo al menos. Además, hoy en día es imposible tal como están las cosas en el gobierno. Casi no puedes ni limpiar un retrete sin su permiso.

John escuchó algo raspándose contra las hojas de pino y unos pasos. Lyle apareció a través del seto, mirando hacia el huerto.

—Aquí estás —dijo Lyle—. Marian me ha enviado a rescatarte. ¿Estás bien? ¿Pasa algo?

John caminó hacia la valla, aproximándose a Lyle.

—No —dijo.

—Bien —dijo Lyle—. Hace una noche estupenda. Me gusta vuestra invitada. Es muy divertida.

—Está un poco loca, me parece.

—Las personas más divertidas suelen estarlo —dijo Lyle.

—Habla demasiado.

—Y tú hablas demasiado poco —dijo Lyle—. Así que la cosa se compensa. ¿Qué andabas haciendo aquí? ¿Estaba puesto el aspersor?

—No —dijo John.

—Deberíamos volver —dijo Lyle—. Creo que Marian está preocupada.

—¿Qué le preocupa?

—Lo que le preocupa siempre a Marian: que las cosas se desarrollen bien.

—¿Y no están yendo bien?

—Por lo que a mí respecta, sin duda —dijo Lyle—. Está siendo un fin de semana maravilloso. Estoy contento de estar aquí.

—¿Y Robert?

—También —dijo Lyle.

—Podríamos darnos un baño más tarde, en la oscuridad.

—Creo que hace demasiado frío.

—A lo mejor a Robert le apetece. Le gusta nadar.

—Pues pregúntale. Volvamos.

Lyle quería regresar. Lo ponía nervioso estar a solas con John en la oscuridad. Nunca habían hablado de verdad sobre la muerte de Tony, ni siquiera la habían mentado, y Lyle tenía la sensación de que John podía hacerlo en cualquier momento. Con John, las cosas tardaban tanto tiempo en aflorar que uno nunca sabía cuándo podían hacerlo, si es que llegaban a hacerlo.

—Volvamos —repitió Lyle.

Se abrió paso entre el seto y se quedó aguardando al otro lado, mirando hacia la casa. Podía ver las velas y los rostros en torno a ellas.

—¿Vienes? —le gritó de nuevo a John.

—Sí —dijo John.

Cuando terminaron de cenar, Marian se levantó y comenzó a recoger los platos.

—Déjame ayudarte —dijo Robert, levantándose también.

—No, no —dijo Marian—, siéntate.

John, Lyle y Laura estaban sentados. Laura estaba fumando un cigarrillo fino y oscuro. Exhalaba jirones de humo sobre su hombro que se perdían en la oscuridad.

—No —dijo Robert—. Te ayudo.

Quería hacer daño a Marian de alguna manera y ayudarla cuando ella no quería dejarse ayudar le parecía la mejor forma de hacerlo. Cargaron con los platos y subieron los escalones enlosados que conducían a la casa. Se detuvieron en la puerta de la cocina, los dos con ambas manos ocupadas.

—Voy —dijo Robert, cambiándose el peso de mano para alcanzar el picaporte.

Se le cayó un plato al suelo que se rompió con gran estruendo.

—Oh, no —dijo—. Lo siento.

—Abre la puerta —dijo Marian—. No pasa nada. No, no intentes recogerlo. Ahora traigo la escoba.

John apareció tras ellos. Abrió la puerta y liberó a ambos del peso de varios platos.

Apilaron la vajilla en el fregadero. La luz de la cocina resultaba insólitamente brillante y artificial comparada con el tenue resplandor de las velas del jardín. Robert comenzó a aclarar los platos en el fregadero, pero Marian lo interrumpió.

—Déjalos, por favor. Ve con el resto.

—¿Seguro que no me dejas echarte una mano?

—Te aviso cuando esté listo el postre —dijo Marian, empujándolo, incluso, ligeramente.

De vuelta en la mesa, Laura estaba dibujando el plano de su villa en una página en blanco de su agenda. Después dibujó otro de cómo quedaría cuando la reforma estuviera acabada. El suelo de los baños, anunció, iba a ir recubierto de aluminio anodizado.

Marian descendió los escalones caminando de lado, sosteniendo en equilibrio una gran fuente. Todos dejaron de hablar y la observaron bajar, como si fuera una *vedette*. Esperó a que Laura retirara su boceto y depositó la fuente en el centro de la mesa. En ella se alzaba una pirámide de galletas, tan delicadas que parecían transparentes, rodeadas de uvas. Las uvas eran rojas, con un destello verde lima en su base.

Robert podía sentir cómo Lyle le acariciaba la pantorrilla con su pie desnudo por debajo de la mesa, pero Lyle no le estaba mirando. Estaba fumándose uno de los cigarrillos de Laura y, por la forma en que lo sostenía e inhalaba el humo, Robert podía adivinar que en algún momento había sido fumador. Lyle había pasado su brazo tras el respaldo de la silla de Laura, a pocos centímetros de su nuca desnuda. No estaba flirteando, Robert lo sabía, sencillamente trataba de ser encantador.

Robert alargó la mano y tiró de uno de los racimos de uvas, arrancando una, de modo que una pizca de su jugosa pulpa quedó adherida al fino tallo.

—Oh, Robert, espera, con esto —dijo Marian.

Cogió unas tijeras ornamentadas y pesadas y se las ofreció a Robert. Su filo brilló bajo la luz de las velas.

Robert se metió la uva en la boca y la mantuvo allí, intacta. Estaba confundido.

—Son tijeras para las uvas —dijo Marian—. Se usan para cortar un pequeño racimo en lugar de cogerlas una a una.

Hizo una demostración y luego se las pasó.

Robert no cogió las tijeras.

El momento pareció durar muchísimo: la mano extendida de Marian, ofreciendo las tijeras; la uva, fresca y redondeada, en la boca de Robert; los rostros mudos bañados por la luz de las velas.

—¡Oh, no intentes domesticarlo! —gritó Laura de repente—. ¡Deja que se coma las uvas con los dedos si quiere! ¡Liberémonos de todas estas estúpidas afectaciones!

Cogió las tijeras de las manos de Marian y las arrojó por encima de sus hombros.

Nadie se movió. Lo único que rompía el silencio era el zumbido de los insectos y el roce de las hojas de los árboles, que se cernían sobre ellos como grandes nubes oscuras. Finalmente, Laura se rio un poco, pero lo hizo para sí misma. Echó la silla hacia atrás, se levantó y recogió las tijeras de donde yacían tiradas sobre la hierba. Las puso sobre la mesa. Todos las miraron. Eran preciosas: repujadas en plata, con un emparrado de uvas grabado en cada uno de los cantos de los dedales.

Marian las tocó.

—Eran de mi abuela —dijo.

Después de la cena, Lyle y Robert fueron a dar un paseo por la orilla del río. Cuando las luces de la casa desaparecieron a sus espaldas, la oscuridad se espesó en torno a ellos.

—¿Qué río es este? —preguntó Robert.

—No lo sé —dijo Lyle—. No creo haber oído su nombre antes.

—¿Dónde desemboca?

—Desemboca... bueno, supongo que en el Hudson. Veamos.

Lyle se detuvo para intentar orientarse, pero tuvo dificultades para hacerlo en la oscuridad. Y el curso del río era muy sinuoso.

—Estoy seguro de que desemboca en el Hudson. Como deben hacer todos los ríos de por aquí. Es un afluente.

—¿Qué te gustan más, los ríos o los lagos? —preguntó Robert—. ¿O los estanques?

—Los ríos, creo. Me gusta la idea de que el agua fluya constantemente. En comparación, los lagos y los estanques tienen algo de parálisis.

El sendero se estrechaba y tuvieron que avanzar en fila, uno detrás de otro. Caminaron en silencio un rato y luego Lyle preguntó:

—¿Qué te ha parecido nuestra invitada, la *signora* Ponti?

—Me cae bien —dijo Robert—. Me parece muy divertida.

—Sí —asintió Lyle—, lo es. De una forma muy teatral.

—¿No te ha caído bien?

—Oh, sí, no ha sido mala compañía para una cena así. Es solo que se empeñaba demasiado. Las mujeres glamurosas tienen un punto trágico a esa edad. Están desesperadas. Lanzas las tijeras de las uvas y cosas así.

—A mí me ha caído bien —insistió Robert.

—Eso es porque ha salido en tu defensa —dijo Lyle.

Robert no respondió.

—¿Estás molesto por lo de las tijeras? —preguntó Lyle.

—No —dijo Robert.

—Vaya, creí que a lo mejor lo estabas.

—No —respondió Robert—. Estoy molesto, pero no es por eso.

—¿Por qué, entonces?

—¿De verdad lo quieres saber?

—Por supuesto que quiero saberlo. Dímelo.

—Creen que no soy adecuado para ti —dijo Robert.

—¿Qué? —dijo Lyle—. ¿Quiénes?

—John y Marian. Creen que no te convengo.

—No es cierto —dijo Lyle.

Alargó la mano hacia el frente, porque le estaba costando ver en la oscuridad. No era el caso de Robert, a juzgar por lo rápido que caminaba.

—Sí lo piensan —dijo Robert.

—¿Lo dices por lo de las tijeras? Eso era Marian ejerciendo de Marian. Te acostumbrarás. Frena un poco. Esto no es una carrera.

—No hablo de lo de las tijeras. Eso ha sido una estupidez.

—Entonces, ¿a qué te refieres?

—Les oí hablar y les oí decir que yo no les gustaba y que yo no te convenía y que lo nuestro no iba a durar.

Lyle aprovechó la oportunidad para dejar de andar y decir, de un modo bastante estúpido:

—¿Cómo? ¿Has estado escuchándoles a escondidas?

—Sí —respondió Robert.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Arriba, en las escaleras. Antes de cenar.

—No deberías haber hecho eso.

—¿Por qué?

—Porque está mal. Es de mala educación.

—¿Como comer uvas sin usar tijeras?

—No —dijo Lyle—. Esto es diferente.

—¿En qué sentido es diferente?

—Lo primero es una descortesía cultural, es una simple cuestión de modales, mientras que lo de escuchar a hurtadillas es... en fin, es intrínsecamente descortés.

—¿Cómo puede ser algo intrínsecamente descortés?

—Algunas cosas lo son —dijo Lyle, e hizo una pausa—. El asesinato, por ejemplo.

—No he asesinado a nadie —dijo Robert—. Sencillamente abrí una puerta y escuché una conversación.

—Lo sé —dijo Lyle—. Y ojalá no lo hubieras hecho.

Robert se encogió de hombros.

—Pues lo hice —dijo.

—Bueno, pues no deberías tomarte tan a pecho cosas que no deberías haber escuchado. Esa es una buena regla.

—Creo que es justo al contrario —respondió Robert—. Creo que las cosas que se supone que no deberías escuchar son, a menudo, las más importantes. Nadie te dice las cosas directamente.

—Eso no es verdad —dijo Lyle.

—Estoy empezando a pensar que sí —dijo Robert.

—Bueno, pues te equivocas. No deberías armar este follón por esta tontería.

—No creí que mencionártelo supusiera armar un follón.

Lyle consideró por un instante aquello.

—Llevas razón —dijo—. No lo es. Así que, ¿podemos olvidarlo?

—Tú puedes olvidarlo, si quieres.

Robert se giró y comenzó a caminar por el sendero.

—Espera —dijo Lyle—. ¿Y qué hay de ti?

Robert se detuvo, pero no giró la cabeza.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó.

—¿No puedes olvidarlo también? —preguntó Lyle—. Hasta que nos vayamos, al menos.

Robert se dio la vuelta.

—No —dijo—, no puedo. Me hace sentir muy incómodo. De hecho, creo que no quiero quedarme aquí.

—¿Dónde vas a ir en mitad de la noche?

—No lo sé —dijo Robert—. A ningún sitio. Solo quería que supieras cómo me sentía. Cómo me siento.

—Y me alegro de que me lo hayas dicho. Lo siento, pero estoy seguro de que no escuchaste bien lo que decían. Conozco a John y a Marian. Y no dirían algo así sobre ti. Es más, resulta que sé que les gustas. Los dos me lo han dicho esta tarde.

—Bueno, yo sé lo que oí —dijo Robert.

—¿Y qué oíste? ¿Qué dijeron?

—Lo que te he contado. Decían que... Marian dijo que yo no le gustaba. Y ambos estaban de acuerdo en que yo no era bueno para ti y en que lo nuestro no iba a durar mucho porque que salieras conmigo era solo una fase por la que estabas pasando. Parte de tu...

—¿Parte de mi qué?

—De tu duelo, supongo. De tu recuperación.

Lyle estaba teniendo dificultades para concentrarse. Deseaba irracionalmente que no estuviera tan oscuro. Tenía la sensación de que podría pensar con más claridad si pudiera discernir un poco más aquello que los rodeaba. También deseaba no haber bebido tanto vino durante la cena.

—Eso es una tontería —acertó a decir—. La gente hace a menudo conjeturas sobre las relaciones ajenas, en privado, pero eso no significa que acierten.

—Entonces, ¿crees que se equivocan?

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que dijo Marian —Robert sonaba exasperado—. ¿Crees que soy bueno para ti?

—Bueno, malo... Creo que es prematuro pensar en esos términos. Creo que es inmaduro. Pienso que, en este punto de mi vida, nadie es adecuado para mí.

—¿Tony lo era?

Lyle miró hacia el río.

—¿Lo era? —insistió Robert.

¿Bueno? ¿Adecuado? Qué nociones tan estúpidas, tan románticas, pensó Lyle. Aunque hubo un momento en el que Tony había sido bueno. Hubo momentos en los que había dolido, y dolía más ahora, cuando estaba muerto, porque habían sido una bondad y una adecuación extrañas e imperceptibles las que habían ido delimitando silenciosamente sus territorios en el corazón de Lyle, siguiendo los ríos hasta sus fuentes y clavando banderas allí, en sus regiones más ignotas.

—Sí —dijo—. En cierto sentido, en muchos sentidos, Tony era bueno para mí.

—Y yo no lo soy.

—No he dicho eso, Robert. Todavía no te conozco del todo. Lo que conozco de ti me gusta mucho, pero conozco muy poco. Creo que toda esta conversación es una estupidez.

—Pero si tuvieras que jugártela y adivinarlo.

—Nunca jugaría a adivinar algo tan importante como esto.

—Pero ¿sabes lo que estás haciendo?

—¿Si sé qué?

—¿Sabes lo que estás haciendo conmigo? ¿O solo estás haciendo el gilipollas?

—¿Qué estoy haciendo contigo? Estoy intentando tener una relación. Eso es lo que estoy *intentando* hacer. No estoy haciendo el gilipollas. Pero creo

que forzarme a responder estas preguntas estúpidas es ridículo. Eso sí es hacer el gilipollas conmigo.

—No —dijo Robert—. No lo entiendes. A lo mejor no me estoy explicando bien. Lo único que te estoy preguntando es si te imaginas construyendo una relación conmigo. ¿Puedes imaginarnos amándonos? Porque yo sí puedo. ¿Puedes tú?

—Como bien sabes, me resulta difícil imaginarme cualquier cosa que ataña a mi futuro —dijo Lyle—. Además, ¿por qué es tan importante que pueda imaginarme algo o no? Solo porque pueda imaginarlo no implica que vaya a suceder.

—No —dijo Robert—. Pero ayuda. Es alentador.

—Bueno, pues no quiero alentarte más allá de lo razonable.

—Vaya —dijo Robert.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que te mienta y que te diga cosas que no son verdad?

—No —dijo Robert—. Quiero que me digas la verdad. ¿Soy solo parte de tu recuperación? ¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Qué estoy haciendo aquí?

Lyle miró a su alrededor, como si Robert estuviera refiriéndose a aquel sitio en particular. No veía prácticamente nada, excepto a Robert, cuya camisa blanca —era una de sus camisas de camarero, supuso Lyle— y cuyos ojos sobresalían de la oscuridad general que envolvía a los árboles, al río y al cielo. Lyle miró a Robert, lo hizo durante el tiempo suficiente para que las partes de Robert sumidas en la penumbra se hicieran visibles.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —repitió Lyle—. Te diré lo que creo que estamos haciendo aquí. Somos dos personas que se acaban de conocer. Que, yo creía, se encontraban atractivas. A las que les gusta la compañía de la otra persona. Y por eso nos hemos venido juntos el fin de semana, para pasar tiempo juntos. Eso es lo que yo creía que estábamos haciendo aquí. No creí que todo fuera tan complicado.

—Tal vez no lo sea para ti —dijo Robert.

—Bueno, por supuesto que es complicado —respondió Lyle—. Te avisé de que lo sería. Te expliqué cuál era la situación.

—En el tren —dijo Robert.

—Sí —dijo Lyle—, en el tren. Te pido disculpas por eso. Debí habértelo dicho antes. Lo pensé, lo intenté, pero no pude. Lo siento.

Lyle hizo una pausa. Robert estaba mirando al suelo.

—Volvamos. Vámonos a la cama y olvidemos esto por un rato —dijo Lyle—. Hoy ha sido un día difícil para todos. Mañana será otro día.

—Pareces, cómo se llamaba... —dijo Robert—. Scarlett O'Hara.

—Me duele hablar con clichés, pero esta conversación me obliga a hacerlo. No hay manera de discutir racionalmente algo tan fatuo como esto.

—¿Fatuo? ¿Saber si nos amamos es algo fatuo?

—Oh, por favor —dijo Lyle—. El amor es algo que... Esto no va de amor. Me gustas mucho, Robert, lo sabes. Me encantas. Pero esto no va de amor.

—Para mí, sí.

—No me amas —dijo Lyle—. Sé que puedes pensar que sí, pero no es el caso.

—¿Cómo puedes saber lo que siento? —preguntó Robert.

—Sé que suena presuntuoso, pero sé que no me amas. Si estuvieras enamorado de mí... Si lo que sientes fuera amor, el amor sería algo muy vulgar y barato.

—Lo que siento por ti no es vulgar ni barato.

—Lo sé —dijo Lyle—. No quería decir eso. Me refiero a que el amor no sucede así, el verdadero amor no surge en unos pocos días, o semanas, ni siquiera meses. El verdadero amor es algo que evoluciona muy lentamente a lo largo del tiempo.

Robert miró al suelo durante un momento y luego alzó la vista de nuevo.

—Creo que tienes miedo —dijo.

—¿Miedo? —preguntó Lyle—. ¿Miedo de qué?

—Miedo de... Si no me amas, entonces ¿por qué dijiste que sí lo hacías, antes, cuando hicimos el amor?

—No dije eso —respondió Lyle.

—Sí, lo dijiste. No mientas.

Lyle recordó la escena: los dos tendidos sobre la cama en la habitación amarilla, sus cuerpos fundidos y bañados por la luz dorada; cómo aquello se le había escapado, como una exhalación.

—Bueno —respondió—, creo que existen determinadas situaciones en las que a uno se le permite el no hablar literalmente. Cuando uno...

—Deja ya de decir «uno».

—Lo siento —dijo Lyle—. Cuando yo... Cuando hicimos el amor antes, puede que dijera que te quiero.

—Lo hiciste.

—Muy bien, lo hice. Pero, Robert, esto no es una cuestión semántica. En ese momento podía haber dicho cualquier cosa.

—¿Y podrías estar diciendo cualquier cosa ahora mismo también?

—Podría, por supuesto que podría. Pero no lo estoy haciendo. Ahora te estoy diciendo la verdad. Ahora estamos los dos aquí, de pie, y no estamos haciendo el amor y puedo hablar con más franqueza.

—¿Cómo? ¿No puedes hacer el amor y hablar con franqueza al mismo tiempo?

—No lo sé —dijo Lyle—. Aparentemente, no. Pero ahora mismo estoy diciendo la verdad.

—¿Y cómo puedo saberlo?

—Porque te lo estoy diciendo.

Permanecieron callados por unos instantes.

—¿Y qué es lo que me estás diciendo? ¿Cuál es la verdad? —preguntó Robert.

—Te estoy diciendo que no te quiero. Ahora mismo. Y Robert, cariño, no es algo tan terrible. Siento, y llegaré a sentir por ti, otras cosas, cosas muy valiosas y maravillosas. Tal vez incluso amor. Espero que amor. Pero el amor es... —Robert negó con la cabeza—. No puedes obsesionarte tanto con el amor, Robert. Te hará muy infeliz.

—Soy infeliz —dijo Robert—. Siento como si me estuviera desangrando. Como si me estuviera perdiendo.

—Lo que estás es siendo muy melodramático —respondió Lyle—. No te estás perdiendo. De hecho, dudo mucho que ni siquiera hayas podido encontrarte todavía.

—Eso es lo que más odio —dijo Robert—. Odio cuando alguien se siente con el derecho de decirte qué es lo que te pasa por dentro.

—Lo siento —dijo Lyle—. Tienes razón. Si dices que eres infeliz, lo eres. Y si eres infeliz, yo soy infeliz también, porque soy yo quien te ha hecho sentir infeliz, y esa no fue nunca mi intención. ¿Me crees cuando te digo esto?

—Sí —respondió Robert.

—¿Podemos volver ya, entonces? ¿Y acostarnos?

Lyle alargó el brazo y tocó el hombro blanco de Robert.

—No voy a volver ahí —dijo Robert.

Levantó el hombro ligeramente, de modo Lyle tuviera que aferrarlo más fuerte con su mano o dejarla caer. La dejó caer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lyle.

—Quiero decir que no voy a volver a su casa. Creo que son unas personas horribles, Marian sobre todo. Estás loco si piensas que voy a volver ahí.

—¿Y adónde vas a ir?

—Me voy a casa —dijo Robert.

—¿Y cómo vas a llegar hasta allí?

—Iré andando hasta la estación.

—La estación de tren está a kilómetros de aquí. Y dudo mucho que haya algún tren a esta hora.

—No tengo ningún problema en caminar quince kilómetros. Y no tengo ningún problema en esperar el tren. Prefiero mil veces eso a volver a esa casa.

—Robert —dijo Lyle—. No seas tonto. Lo siento si ellos, o yo, te han molestado. Pero no puedes largarte así como así en mitad de la noche. Eso no se hace. Vuelve conmigo a casa y si por la mañana todavía quieres irte, pondremos alguna excusa y nos marcharemos juntos. Lo prometo.

—No —dijo Robert—. Me voy ya. Gracias por ser sincero conmigo.

Se dio la vuelta y se adentró con determinación en el bosque oscuro, como si hubiera un camino claramente señalizado que condujera hasta la estación de tren.

Lyle intentó gritarle algo, o seguirlo, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Se sentía borracho y agotado. Transcurrido un momento, gritó el nombre de Robert, pero no obtuvo respuesta. Se internó en el bosque, tratando de oír las pisadas de Robert. Creyó escucharlas, pero sonaban muy lejanas, y cuando comenzó a caminar hacia ellas su propia conmoción las hizo desvanecerse. Entonces intentó acelerar el paso. De repente, alguien lo golpeó con un bate de béisbol en toda la cara. Le pareció oírse gritar antes de sentir el golpe. Se quedó un momento inmóvil en la oscuridad, aturdido. Luego se dio cuenta de que había chocado contra un árbol. Palpó a tientas y descubrió que sus gafas se habían roto y que tenía algo que parecía sangre en la nariz y en los labios. Detente, pensó. Se quedó así, con una mano en la cara y la otra apoyada en el tronco del árbol. Estaba resoplando, se dio cuenta, y también sollozando. Respiraba entrecortadamente, con jadeos extraños y violentos. Siguió diciéndose: detente, detente y ya está. Era todo lo que podía pensar.

Laura Ponti llevaba un buen rato conduciendo cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de a dónde iba. Estaba conduciendo sin rumbo fijo, solo conduciendo, concentrándose en no salirse de la carretera, siguiendo el túnel luminoso que abrían los faros delanteros. En parte era porque estaba borracha, en parte también porque todavía no se sabía bien las carreteras de la zona, pero lo que era innegable es que se había perdido.

La carretera estaba desierta y no había casas ni tráfico; los árboles se agolpaban a ambos lados y sus ramas se tocaban por encima del coche. Hay carreteras que sirven para ir a los sitios y carreteras que sirven para huir de ellos, y Laura tenía la sensación de que aquella pertenecía a este último grupo. Así que pisó el freno y, tan pronto como el coche se detuvo, se sintió menos asustada. Al menos ya no se estaba perdiendo todavía más. Voy a quedarme sentada aquí un rato, pensó, y a tratar de trazar de nuevo mi ruta. Si soy capaz de encontrar el camino de vuelta a la casa de los Kerr, seré capaz de encontrar el camino a mi casa. Intentó recordar cómo había ido desde su casa hasta la de los Kerr, pero le pareció que hacía años de aquello y, además, pensar en su casa le hacía pensar en Nina, un pensamiento que había conseguido reprimir durante toda la noche —las fiestas eran buenas para esas cosas—. Pero ahora que estaba sola en la oscuridad, el recuerdo de Nina emergía a la superficie como un pez hinchado y feo, y Laura se sintió terriblemente cansada, lo que, combinado con su ebriedad, la hacía desear cerrar los ojos y dormir. Apagó el motor y las luces y observó cómo se difuminaba el halo lumínico. Cerró los ojos.

Por supuesto, Nina tenía razón: era una mujer patética y estúpida. Esa era una de las cosas más difíciles de tener una hija, aun si esta era una hija ausente, que vivía lejos, como Nina. Podían ver a través de ti. Por supuesto, ella también podía ver a través de Nina. Pero, de algún modo, aquella capacidad de percepción no les servía de nada. No hacía más que alienarlas mutuamente.

Laura abrió los ojos. Iba a arrancar el coche y a dar la vuelta cuando advirtió una figura caminando por la carretera, a lo largo de la línea blanca.

Encendió los faros y la bañó en luz. Era el chico que estaba en la cena: Robert. Robert dejó de andar y se tapó los ojos con las manos. Parecía un niño, allí parado en mitad de la carretera, cubriéndose la cara de aquel modo. Laura quitó las luces y abrió la puerta del coche.

—¿Robert? —le llamó.

—Sí.

—Soy yo —dijo Laura—, Laura Ponti. ¿Qué estás haciendo?

—Andar.

—Eso parece. ¿Hacia dónde? ¿Quieres que te lleve?

Robert se aproximó al coche y se agachó junto a él.

—Iba a la estación de tren —dijo—. Tengo que volver a la ciudad.

—¿Ahora? ¿A qué? ¿Qué ha pasado?

—Simplemente he decidido volver. Ya no me apetecía quedarme allí.

—No podría echártelo en cara —dijo Laura—. Bueno, ¿por qué no subes y vemos si soy capaz de encontrar la estación de tren? Dudo que pueda perderme más. ¿Cuánto tiempo llevas caminando?

—Unos quince minutos —dijo Robert—. Por el bosque casi todo el rato. Acabo de salir a esta carretera.

Rodeó el coche por delante y se quedó junto a la puerta del copiloto.

—Bueno, sube. Tienes que meter la mano y quitar el seguro para entrar. Eso es. Iba a dar media vuelta, pero ¿tú qué piensas?

—Sí —dijo Robert—. Yo daría la vuelta.

Laura arrancó el coche y cambió de sentido. Cuando hubieron avanzado un trecho, dijo:

—¿Así que habéis tenido una pelea de enamorados?

—Sí —dijo Robert—. Supongo que se puede llamar así.

—Y tú te has marchado cabreado a través del bosque. ¡Bien hecho! Me costaba entender qué estabas haciendo con Lyle Wyatt.

—Me gusta Lyle —dijo Robert—. Solo creo que no está preparado para comprometerse con otra persona todavía.

—Eso es una estupidez —respondió Laura—. Uno siempre está preparado para enamorarse. No es algo para lo que haya que entrenarse.

—Su pareja falleció hace un año.

—Si el amor tiene que surgir, surge. Ni siquiera un duelo puede interferir. Personalmente, siempre he encontrado los duelos ligeramente afrodisíacos.

Robert no respondió a aquel comentario.

—Lo siento. Eso ha sido de mal gusto —dijo Laura—. Lo que quería decir es que, en fin, no hay excusa para no enamorarse. Lo que no quita para

que sea muy frustrante cuando la cosa se va a pique.

—Sí —dijo Robert—. Lo es.

—Y es peor aún cuando eres joven, porque no tienes perspectiva.

—Tengo mi propia perspectiva —dijo Robert.

—Claro que la tienes, qué pretenciosa soy.

Avanzaron durante un rato sin cruzarse con nada que no fueran árboles. Laura redujo la velocidad a medida que se aproximaban a un cruce. Una luz naranja parpadeaba sobre la intersección, suspendida de un cable inclinado.

—Bueno —dijo Laura—. ¿Qué opinas? ¿Te suena algo de todo esto?

—No —dijo Robert.

—Entonces, giremos —dijo Laura—. Ante la duda, siempre girar.

Lyle permaneció quieto un rato, tratando de orientarse. Intentó localizar el sonido del río, pero lo único que lograba percibir eran los sonidos crepitantes y algo insidiosos del bosque. Extendió los brazos hacia delante y echó a andar en la dirección que parecía menos oscura. Caminaba de forma vacilante, anticipando en las yemas de los dedos el contacto de todas las cosas terribles que tenía delante.

Llegado un momento, la oscuridad empezó a ser menos densa y fue capaz de discernir los troncos antes de tocarlos. Luego dejó atrás los árboles y llegó a un claro. Finalmente distinguió el muro de John —que trazaba una curva sobre el suelo, frente a él— y el río, una suerte de penumbra que se agitaba en un extremo.

El alivio que sintió al saber dónde estaba fue tal que casi lo debilitó. Caminó hasta el muro y se sentó sobre la hierba que crecía apelmazada dentro de una de sus curvas. Sentía tan poco como si se hubiera desmayado; como si, durante los momentos en los que había estado ausente, el mundo hubiera cambiado y lo hubiera dejado atrás. Sabía que la casa estaba al otro lado de los abetos, en lo alto del prado, pero no quería regresar a ella. ¿Cómo podía explicar lo que había sucedido? ¿Qué había pasado? Robert había huido. Lyle estaba seguro de que Robert podía cuidar de sí mismo. Él no se iba a dar de bruces contra los árboles. Los esquivaría. Se tocó la cara de nuevo y estudió la sangre que tenía en los dedos. No había cuidado a Robert. No podía ni cuidar de sí mismo. No desde que murió Tony. Tony no lo había cuidado a él, pero la vida de Tony, al unirse a la suya, lo había abarcado de algún modo, había otorgado a la vida de Lyle forma y sentido. Pero ahora su vida se

desparramaba miserablemente sobre el mundo, a su alrededor. Estaba fuera de control sin Tony. Y Tony estaba muerto.

El resplandor de un fluorescente escarlata se materializó hasta formar la palabra diner.

—¿Por qué no paramos aquí y preguntamos? Y de paso nos tomamos un café —sugirió Laura—. Un café de verdad.

—Suena bien —dijo Robert.

Laura entró en el aparcamiento de grava y aparcó junto a los otros coches. El restaurante era alargado y cilíndrico y estaba elevado sobre unos escalones de cemento. Los subieron y entraron. Había una fila de reservados a cada lado del pasillo que los separaba de la barra. Se sentaron en el más alejado de la puerta. Una camarera apareció con una cafetera y dos tazas.

—¿Café? —preguntó, levantando la cafetera.

—Por favor —dijo Laura.

—¿Tarta?

—¿Te apetece un poco de tarta? —preguntó Laura a Robert—. ¿De qué tenéis?

—De melocotón, de arándano y de fresa con ruibarbo.

—Yo, la de arándano —dijo Robert.

—Yo probaré la de fresa y ruibarbo —dijo Laura.

La camarera se fue a buscar las tartas.

Laura dio un sorbo a su café e hizo una mueca.

—Nos hemos olvidado de preguntar cómo llegar —dijo Robert.

—Sí —dijo Laura—. Me ha distraído con lo de la tarta. Qué bien poder comer tarta en mitad de la noche. Me encantan las tartas —añadió, como si su entusiasmo requiriera explicación.

—Yo también —dijo Robert—. Espero que esté buena.

—Tengo la intuición de que lo estará —respondió Laura—. Café malo y tarta rica. Bueno, ¿sobre qué habéis discutido Lyle y tú?

—Oh —dijo Robert—, ha sido una estupidez.

—Sin duda, pero ¿cuál?

—Oí a Marian decir, sin que ella supiera que la oía, que yo no le convenía a Lyle. Y que no duraríamos. Y le pregunté a Lyle qué pensaba de aquello.

—¿Y qué te dijo?

—Al principio no quería responder, pero luego, cuando le presioné, estuvo de acuerdo con ella.

—No deberías haberlo presionado.

—¿Por qué no? Quería saberlo.

—Sí, pero mira, si no lo hubieras presionado no habríais tenido esa conversación y todavía estaríais juntos, y cuando, llegado el momento, por fin la tuvierais, si fueras tan tonto como para sacar el tema otra vez, su respuesta podría ser diferente. Nunca presiones a alguien para que te dé una respuesta que no quieres oír.

—Creí que me iba a responder otra cosa. Al menos tenía la esperanza de que así fuera.

—Guárdate tu esperanza para ti. A la gente le intimida mucho la esperanza. Especialmente a las personas mayores como Lyle y como yo. Además, la esperanza puede resultar aburridísima.

—Entonces, ¿piensas que no lo hice bien?

—¿Hacerlo bien? No creo que sea una cuestión de hacerlo bien o mal, la verdad. Obviamente tú hiciste lo que tenías que hacer. Así que lo hiciste bien, supongo. Pero no culpes a Lyle. Al único al que debes culpar es a ti mismo.

La camarera regresó con los trozos de tarta. También traía consigo la cafetera.

—Ya no voy a poder dormir —dijo Laura, mientras aceptaba que le rellenaran la taza—. Necesitamos saber cómo llegar a la estación de tren —le dijo a la camarera.

—¿Qué estación de tren? —preguntó la camarera.

—La que esté más cerca. Para coger un tren a Nueva York —dijo Robert.

—Está al otro lado del río —dijo la camarera—. En Hudson. Vayan a la derecha y cojan esa carretera todo recto hacia el río. Luego giren a la izquierda y en unos quince kilómetros llegarán a un puente. Al otro lado del puente está Hudson.

—¿Quince kilómetros! ¿Está segura de que no hay ninguna estación más cerca? —preguntó Laura.

—No, no hay —dijo la camarera antes de retirarse.

—¿Es esa la estación donde os bajasteis? —preguntó Laura.

—No —dijo Robert.

—Debemos estar más perdidos de lo que pensábamos.

Mientras Lyle ascendía por la cuesta de césped, la puerta trasera de la casa se abrió y apareció John, iluminando el suelo en torno a sus pies con una linterna.

—¿Lyle? —preguntó.

—Sí —dijo Lyle—. ¿A dónde vas?

—Me pareció oír algún ciervo. Quería asegurarme de que no merodeaban por el huerto. ¿Dónde está Robert?

—Se ha... Ya está en casa.

—Ah —dijo John—, no lo he visto.

—Probablemente ha entrado de puntillas. Le dije que no hiciera ruido, que posiblemente estaríais dormidos.

—Marian, sí —dijo John—. Le dolía la cabeza. Siento lo de las tijeras y las uvas.

—No es culpa tuya —dijo Lyle—. No es culpa de nadie.

—Fue un poco maleducado por parte de Marian, me parece —dijo John.

—No —dijo Lyle—. No creo que quisiera ser maleducada. Quería ser educada. Estaba contemplando tu muro. Es todavía más bonito de noche.

—Estaba pensando en construir alguna otra cosa —dijo John.

—¿Como qué?

—No lo sé.

Apuntó con la linterna hacia el cielo, proyectando un pálido círculo de luz contra las estrellas.

—Quizá algo con madera, eso es todo. Una especie de torre hecha con palos.

—Suena interesante —dijo Lyle.

—Oye —dijo John, apuntando a la cara de Lyle con la linterna—, pero ¿qué te ha pasado?

Lyle se acercó la mano a la cara. La sangre se había coagulado al deslizarse por la mejilla y la barbilla.

—Me he chocado contra un árbol. Está muy oscuro.

—Deberías haber cogido una linterna —dijo John—. ¿Estás bien?

Lyle hizo una pausa. Luego dijo:

—No, creo que no.

John se acercó y tocó el rostro de Lyle, sosteniendo la linterna más cerca de él.

—Todavía sangra un poco —dijo—. Vamos dentro para que podamos limpiarte.

Algo en el modo en el que los dedos de John tocaron la cara de Lyle lo hizo llorar.

—¿Qué sucede? —preguntó John.

Lyle quería contárselo, pero no sabía cómo hacerlo. Se aproximó a él un poco más y le dijo:

—Abrázame.

John alargó los brazos, rápido, y rodeó con ellos a Lyle. Lo abrazó con fuerza, como si lo estuviera protegiendo de algo. No dijo nada. Transcurrido un momento, se separó, manteniendo uno de sus brazos en torno a Lyle, y comenzó a conducirlo hacia la casa.

—Espera —dijo Lyle.

John se detuvo.

—Robert no está en casa —dijo Lyle.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

—Se ha... Hemos discutido. Se ha ido a la estación.

—¿Cómo?

—Andando. Desapareció en el bosque.

—No llegará nunca a la estación, está a kilómetros de aquí. Será mejor que cojamos el coche y lo busquemos. No puede haber llegado muy lejos.

—No —dijo Lyle.

—¿Qué estabais... cómo...? ¿Te has chocado con un árbol de verdad? ¿O esto te lo ha hecho Robert?

Lyle se tocó la cara.

—No. Ha sido con un árbol. Estaba intentando seguirle y me di con uno. He perdido mis gafas. Se me deben haber caído.

—Las encontraremos mañana —dijo John—. Vamos a limpiarte eso y luego buscaremos a Robert.

—Creo que sería mejor... No sé, si voy contigo y lo encontramos, a lo mejor no quiere... ¿Te importaría ir a buscarlo tú solo? Creo que no quiere verme. Y si lo encuentras, podrías llevarlo a la estación.

—Pero no hay trenes a estas horas. Y mañana es domingo. El primero no sale hasta las ocho.

—Es verdad, claro —dijo Lyle.

—Pero iré de todas formas —dijo John—. Y si lo encuentro lo traeré de vuelta aquí. Luego me levantaré pronto y lo acercaré a la estación.

—Todo esto es tan estúpido —dijo Lyle—. La he liado tanto. Lo siento.

—No te preocupes —dijo John—. Vamos a limpiarte eso, lo primero.

Comenzaron a caminar hacia la casa.

—¿Me harías otro favor más? —preguntó Lyle.

—Claro —dijo John—. Dime.

—No le cuentes a Marian nada de esto.

—¿Qué quieres decir? Le va a parecer muy raro que Robert haya desaparecido.

—Ya le diré yo algo —respondió Lyle—. Mañana.

Marian no estaba dormida. Estaba sentada en la cama, esperando. John había salido con la linterna a echar un vistazo al huerto hacía media hora y aún no había vuelto. Tampoco Lyle y Robert habían regresado. Había algo inquietante en aquella ausencia colectiva. ¿Qué estaba pasando ahí fuera? Finalmente, Marian escuchó entrar a quienes, asumió, debían ser Lyle y Robert. Pero entonces escuchó lo más improbable: el coche. Alguien lo arrancó y salió de la casa. Marian se levantó de la cama, recorrió el largo pasillo, dobló la esquina y llegó hasta la habitación amarilla. Bajo la puerta pudo ver una raya de luz. Se quedó allí quieta un momento, pero no escuchó nada. Llamó.

—¿Sí? —dijo Lyle.

—¿Lyle? Soy Marian. ¿Está todo bien?

—Sí —respondió Lyle.

—¿El que ha salido con el coche es John?

—Sí —dijo Lyle.

—¿Sabes a dónde iba?

Hubo una pausa.

—Laura Ponti se ha dejado las llaves de casa aquí. Ha ido a llevárselas.

—Oh —dijo Marian—. ¿Y cómo sabía eso?

—¿Cómo sabía qué?

—Que se había dejado las llaves.

—No lo sé. Supongo que llamó.

—No he oído el teléfono —dijo Marian.

—Quizá estabas dormida. O a lo mejor ni siquiera llamó y fue John el que las encontró. Ha dicho que volvía enseguida.

—Vale. Siento haberos molestado. Solo tenía curiosidad. ¿Habéis disfrutado del paseo?

—Sí —dijo Lyle—. Buenas noches.

—Buenas noches. Buenas noches, Robert.

Robert no contestó. Marian se quedó un momento al otro lado de la puerta. Apoyó la mano contra ella, como si pudiera intuir a través del tacto lo que estaba sucediendo dentro. Transcurrido un momento, la luz se apagó y se

hizo el silencio. Marian tuvo la sensación de que alguien —Lyle— estaba de pie al otro lado de la puerta, tan inmóvil y callado como ella.

El puesto de fruta y verduras estaba cerrado. Los arcones de fuera estaban vacíos, aunque la luz de la luna los inundaba. Laura soltó un gritito cuando pasaron junto a él y detuvo el coche.

—¿Qué? —preguntó Robert.

—Ya sé dónde estamos —exclamó—. Ese es mi puesto de fruta. Yo vivo por aquí. Escucha: ¿por qué no te vienes a dormir a casa? El primer tren va a tardar horas en llegar, y eso contando con que encontremos la maldita estación. Tengo una habitación libre y puedes pasar allí la noche y conocer a mi hija, la estrella de cine. Es más, podrías volverte en coche con ella. Doy por hecho que hará lo mismo para volver que para venir. ¿Qué te parece?

—Es muy amable por tu parte —dijo Robert—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada. Que creo que prefiero llegar cuanto antes a la ciudad y que no me importa esperar en la estación.

—¡Pero eso pueden ser horas!

—No me importa. De verdad. De hecho, me gustaría. Me gustaría estar solo un rato.

—Creo que estás loco —dijo Laura.

—Lo sé —dijo Robert—. Oye, no quiero desviarte más de tu camino. Puedo ir andando desde aquí a la estación.

—Tonterías —dijo Laura—. Aunque detesto colaborar con esta majadería no voy a permitir que vayas andando. No tenemos ni idea de a cuánto está realmente.

Laura arrancó de nuevo el coche.

—¿Estás completamente seguro? —preguntó.

Robert asintió.

Se alejaron del puesto y, al rato, Laura dijo:

—Ya que estoy teniendo el detalle de llevarte a la estación, espero que al menos me permitas darte un consejo.

—¿Cuál? —preguntó Robert.

Laura lo miró. Luego miró otra vez hacia la carretera.

—No te compadezcas —le dijo—. Compadecerte es inevitable, pero es una pérdida de tiempo grandísima. No te lleva a ningún sitio. Te habla la voz de la experiencia.

—No me compadezco —dijo Robert.

—Sí lo haces —dijo Laura—. Tu plan es pasar una noche de llanto y soledad en la estación de tren. Solo digo que no te laments demasiado rato.

Robert no dijo nada. Se miró las manos.

—Te digo estas cosas porque me gustas —dijo Laura—. Me gustas. No tengo problema en decírtelo; la gente también suele perder el tiempo en ese sentido. Eres, de lejos, una de las personas más interesantes que he conocido en todo este maldito verano.

Robert sonrió un poco y se encogió de hombros.

—Puedo decir que hay más en ti de lo que se ve a primera vista —prosiguió Laura—. Y estoy segura de que eso es lo que le atrajo de ti a Herr Wyatt. Eso y que eres guapo, por supuesto. Eres muy guapo. Y yo soy una excelente jueza en la materia. Y Wyatt podrá ser un anticuado, pero tonto no es. En absoluto.

El puente apareció a su derecha, elevándose sobre un río de niebla. El suyo era el único coche.

—Gracias —dijo Robert.

—De nada —respondió Laura.

—Tú me caes muy bien, también —dijo Robert—. Eres muy lista y muy amable.

—Es curioso que digas eso. Yo he llegado a una conclusión diferente sobre mí misma esta noche.

Un cartel en el centro del pueblo indicaba el camino a la estación. Laura detuvo el coche en el aparcamiento desierto.

—No parece muy prometedor —dijo.

—No —reconoció Robert.

—Puedes cambiar de opinión.

—Lo sé —dijo Robert, sin hacer ningún movimiento para salir del coche—. He disfrutado mucho esto —dijo—. Conducir contigo por ahí. Y la tarta. Gracias.

—Sí —dijo Laura—, yo también. Ha tenido algo de divertido, ¿no crees?

—Sí —dijo Robert.

Laura tamborileó con los dedos sobre el volante durante un momento.

—Te voy a hacer una pregunta —dijo—. ¿Me contestarás con sinceridad?

—Lo intentaré —dijo Robert.

—Dijiste que eras pintor. ¿Eres bueno?

—No lo sé —dijo Robert.

—Alguna idea debes tener. ¿Crees que eres un buen pintor?

A Robert le llevó unos instantes responder.

—Sí, creo que lo soy.

—Pues entonces voy a hacerte una oferta. ¿Recuerdas los frescos de mi casa que quiero restaurar?

—Sí —respondió Robert.

—¿Por qué no vienes y te encargas? Me encantaría que lo hicieras tú.

—No sé restaurar frescos —dijo Robert.

—Podrías aprender. Estoy segura de que serías capaz. Ya los han arruinado con Laura Ashley. Solo pueden mejorar.

—¿Quieres decir que vaya a Italia?

—Sería bastante complicado hacerlo desde aquí —dijo Laura.

—Nunca he estado en Italia —dijo Robert.

—No es un requisito.

—¿Cuándo?

—Cuando sea. Piensa en ello. Más temprano que tarde. Te pagaré, por supuesto. Y habría un pequeño apartamento para ti en la casita de campo. Vivo en la villa más bonita de Italia. Lo bueno de Italia es que casi todo el mundo puede decir eso y llevar razón. ¿Lo pensarás?

—Sí —dijo Robert—. Por supuesto.

—Muy bien. Pues ahora, largo. Sal ahí afuera y espera tu tren. Me voy a casa.

Abrió su monedero y sacó de él un tarjetero plateado.

—Esta es mi tarjeta. Volveré a Italia en septiembre. Ponte en contacto conmigo. Decidas lo que decidas, avísame. Hazme saber que el tren llegó, por lo menos.

—Gracias —dijo Robert—. Lo haré.

Salió del coche.

—Y gracias por acercarme —añadió.

—Un placer —dijo Laura—. Buenas noches.

La casa estaba completamente a oscuras cuando Laura llegó al fin. Llenó un vaso de tubo con agua del grifo y se lo bebió. La cocina estaba impecable y ordenada. Nina había hecho un buen trabajo con la limpieza. Las superficies relucían y todo estaba en su sitio. Hasta la pirámide de fruta del cuenco estaba pulcramente dispuesta.

En el orden, Laura intuyó una tregua.

Apagó la luz de la cocina y recorrió el pasillo en dirección a su habitación. La puerta de la habitación de Nina estaba entreabierta. Laura la cerró, con cuidado de no hacer ruido, y entró en su dormitorio. Se sentó en la cama, se quitó los pendientes y marcó el número de los Kerr.

Marian respondió al primer tono.

—¿Hola? —dijo.

—¿Marian? Soy Laura Ponti. Siento llamar tan tarde. Pensé que os tranquilizaría saber que he acercado a Robert a la estación de tren.

—¿Qué? —dijo Marian.

—Encontré a Robert en la carretera y lo llevé a la estación. Pensé que estaríais preocupados.

—Lo siento —dijo Marian—. No sé de qué me estás hablando. ¿Por qué lo llevaste a la estación de tren?

—Porque es adonde quería ir.

—¿Dónde está John?

—¿John?

—Pensé que habías perdido las llaves de casa. Y que John había ido a devolvértelas.

—No, mis llaves están aquí. Por favor, dile a Lyle que he llamado. Y muchas gracias por una velada tan agradable. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Marian.

Colgó el teléfono y se sentó en la cama, intentando descifrar qué sucedía. Era como si todos estuvieran jugando a un juego del que la habían dejado al margen. Estaba sentada allí cuando oyó llegar el coche. Escuchó a John subir las escaleras y caminar por el pasillo. John abrió la puerta y vio a Marian.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Dímelo tú —dijo Marian—. Acaba de llamar Laura Ponti. Me ha dicho que había encontrado a Robert y que lo había acercado a la estación de tren.

—¿Lo encontró? —dijo John—. Me alegro.

—¿De qué te alegras? —preguntó Marian—. ¿Qué es lo que está pasando?

—Robert y Lyle discutieron. Robert cogió y se marchó, atravesando el bosque. Lyle intentó seguirlo pero se chocó con un árbol.

—¿Está bien?

—Se ha hecho algún corte en la cara. Y está contrariado.

—¿A dónde has ido?

—A buscar a Robert. Debería avisar a Lyle de que la señora Ponti lo ha encontrado. Estoy seguro de que está preocupado.

—Me mintió —dijo Marian—. Me dijo que Laura se había dejado las llaves aquí y que habías ido a devolvérselas.

—Ahora vengo —dijo John.

Recorrió el pasillo hasta la habitación amarilla y llamó a la puerta.

—¿Sí? —respondió Lyle.

John abrió la puerta.

—Soy yo —dijo.

Lyle estaba sentado en la cama. Miró a John como un niño, sentado allí, expectante, con la luna proyectando la sombra de la ventana sobre él.

—¿Pudiste dar con él?

—No —dijo John—. Pero ha llamado Laura Ponti. Ella sí lo encontró. Lo ha llevado a la estación. Pensamos que preferirías saberlo.

—Sí —dijo Lyle—. Gracias.

—¿Cómo está tu cara?

—Bien.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó John.

—No, gracias —dijo Lyle.

—Se lo he contado a Marian —dijo John—. Te lo digo para que lo sepas. Lyle asintió.

—Siento todo esto —dijo.

—No lo sientas —respondió John—. Estas cosas pasan.

—¿Está bien? —preguntó Marian cuando John volvió al dormitorio.

—Sí —dijo John.

—Pobre Lyle —dijo Marian—. ¿Sobre qué discutieron?

—No lo sé. Lyle no me lo ha querido contar. Quiere contártelo por la mañana.

—¿Por qué me mintió? No es propio de él.

—Está avergonzado, creo —dijo John—. Y... no lo sé. Enfadado.

Al rato, Marian dijo:

—Así que teníamos razón.

—Ay, Marian —dijo John.

—¿Qué?

—Eso es muy mezquino. No es algo de lo que alegrarse.

Marian no respondió.

—Quiero dormir —dijo John.

Rodó hacia el otro lado de la cama y se quedó allí, inmóvil. Luego oyó cómo Marian lloraba. Cerró los ojos y la escuchó durante un momento, luego volvió de nuevo junto a ella y la abrazó.

Lyle seguía sentado en la cama. Qué es lo que se puede hacer, se preguntaba, cuando fracasas tan miserablemente a la hora de vivir tu vida. Cuando lo único que quisieras es molerla a palos. Golpearla hasta que no fuera más que polvo.

Se levantó de la cama y se quedó de pie junto a la ventana. Los mazos de croquet yacían sobre la hierba como si fueran armas abandonadas. El mantel, que se había quedado fuera, sobre la mesa, ondeaba agitado por la brisa. Aparte de eso, sin embargo, el mundo permanecía quieto y callado, a excepción del río y el sonido de su fluir incesante. Lyle se alejó de la ventana. Se sentó en el borde de la cama y apoyó la cabeza en sus manos, que tenían un olor extraño, a tierra, o a sangre. Se las puso delante de la cara y respiró a través de ellas. Se sostuvo la cara con ellas. Se preguntó si volvería a ver a Robert. Lo llamaré al volver, pensó, y me disculparé. ¿Disculparme por qué? ¿Por ser sincero? ¿Por no darle falsas esperanzas? Pero sí le había dado esperanzas. Bueno, pero así es la vida: conoces a alguien y le das esperanzas o te da esperanzas y avanzas hacia algún lado. No es tan horrible. No irías a ninguna parte si nadie te diera esperanzas.

Lyle fue al baño a lavarse las manos y la cara. La luna había cambiado de posición y ahora brillaba frente a la casa. Lyle se fijó en la puerta abierta al final del pasillo, en cómo la luz de la luna bañaba el interior de la habitación. Caminó hacia ella. Se detuvo un momento en la entrada, mirando las dos camas pegadas, las colchas impecablemente estiradas por las hábiles manos de Marian. Se sentó sobre una de ellas. Hay cosas que pierdes y que no vuelven. No puedes recuperarlas nunca, salvo en la copia borrosa que preserva la memoria. Hay cosas que parecen irreconciliables con las que, sin embargo, hay que encontrar la forma de reconciliarse. El simple transcurso de los días atenúa la intensidad del dolor, pero nunca lo desgasta del todo: lo que el tiempo se lleva, se lo lleva, pero te deja con el remanente frío y duro de algo, con un recuerdo que no se puede perder. Un pequeño perro salchicha de porcelana de las Montañas Blancas. Un títere de sombras de Bali. Mira, un calzador de marfil de un hotel de cuatro estrellas de Zúrich. Y aquí, como una piedra que llevo conmigo a todas partes, tengo un pedazo del corazón de otra persona que guardé de un viaje que hice una vez.

Lyle estaba en la cama leyendo el libro de Sigrid. John, Marian y Tony estaban abajo jugando a las cartas, sentados alrededor de la mesa de la biblioteca. Lyle estaba cansado pero no quería dormirse todavía. Quería quedarse despierto hasta que Tony subiera a acostarse, porque su parte favorita del día era su conclusión: los momentos en los que charlaban juntos en la cama, antes de dormirse. Pasado un rato, oyó a John y a Marian subir las escaleras y dirigirse a su habitación, en el otro extremo del pasillo. Se preguntó si volverían a intentar encargarse de un bebé. Se quedó dormido esperando a que llegara Tony. Cuando se despertó, seguía estando solo. No estaba seguro de qué hora era. Bajó las escaleras. Todas las habitaciones estaban sumidas en la oscuridad. Se detuvo en la cocina, y estaba pensando que, después de todo, Tony debía de haberse ido, cuando lo vio fuera, sentado junto a la mesa que estaba debajo de la morera, fumando. Tony había sido un fumador empedernido, pero ahora fumaba únicamente muy de vez en cuando, cuando estaba solo, por la noche.

Lyle abrió la puerta, cruzó el césped y se sentó en frente de Tony. Tony apagó el cigarrillo.

—Puedes acabártelo —dijo Lyle.

—Lo sé —respondió Tony—. Pero no me apetece.

—Vente a la cama —dijo Lyle.

—¿Qué hora es?

—No lo sé. Tarde. Te estaba esperando. Me quedé dormido.

—Ha sido un día tan bonito —dijo Tony—. Un día perfecto. Me alegro de haberme quedado.

—Yo también —dijo Lyle.

—No quiero que termine.

—Vamos a la cama —repitió Lyle—. Es hora.

Durante un momento guardaron silencio.

—¿Acabaste el libro? —preguntó Tony.

—Casi —dijo Lyle—. Mejora bastante. Se hace más duro el principio, donde intenta estructurarlo todo.

Siguieron allí sentados, callados durante unos instantes en la oscuridad, hasta que Tony dijo:

—Se lo he dicho a Marian.

—¿El qué?

—Que soy seropositivo.

—¿Por qué? —preguntó Lyle—. Quiero decir, ¿por qué ahora?

—No lo sé. No podía postergarlo eternamente.

—No —dijo Lyle—, supongo que no. ¿Se lo has dicho a los dos? ¿Esta noche?

—No —dijo Tony—. Solo a Marian. Esta tarde, cuando nadamos hasta la roca. Se lo diré a John, estoy seguro.

—Sí —dijo Lyle.

—Me alegro de habérselo dicho —dijo Tony—. Me siento aliviado.

—Me alegro —dijo Lyle.

—No quiero enfermar —dijo Tony.

Lyle no dijo nada.

—Creo que tengo más miedo a la enfermedad que a la muerte —dijo Tony—. ¿No es extraño? De hecho, no me da mucho miedo morir. Supongo que es porque es algo tan abstracto. No puedo imaginármelo. Soy demasiado literal. Pero sí puedo imaginarme enfermo. No quiero estar enfermo.

—Por supuesto que no —dijo Lyle—. Yo tampoco quiero que enfermes.

—Lo presiento, creo —dijo Tony.

—¿Qué presientes? —preguntó Lyle.

—Me asusta ponerme enfermo de un modo que me hace presentir que el momento está cerca. Que ya está sucediendo, en alguna parte.

—Tienes buen aspecto —dijo Lyle—. No has perdido más peso, ¿verdad?

—No —dijo Tony—, un poco, a lo mejor. No me he pesado últimamente. En realidad no lo quiero saber.

—Creo que deberías intentar no preocuparte. Cuanto menos te preocupes, más sano estarás.

—Para ti es fácil decirlo.

—Lo sé —dijo Lyle—. Pero es cierto.

—Lo sé —respondió Tony.

Hizo una pausa y luego dijo:

—En cierto modo, me gustaría morir ahora.

—¿Por qué? —preguntó Lyle.

—Supongo que porque soy un cobarde. Quisiera morir antes de que la cosa sea horrible. Estaba pensando en que si muriera ahora, en un día tan

hermoso como el de hoy, mi vida... no lo sé. ¿Crees que todo es relativo y que cuando enferme no será tan malo, no tan malo como me imagino que será y que estaré contento de estar vivo? ¿Contento por estar enfermo, destrozado y muriéndome, pero vivo?

—No lo sé —dijo Lyle—. Creo que tienes que esperar a ver.

—A lo mejor es como unas vacaciones —dijo Tony.

—¿El qué? —dijo Lyle.

—La muerte. No, digo la vida. Quizá la vida sea como unas vacaciones. ¿Sabes como en vacaciones estás siempre fingiendo lo bien que lo estás pasando pero en realidad, especialmente hacia el final, no ves la hora de volver a casa? Lo único que quieres es llegar a tu casa y dormir en tu propia cama. Tal vez la vida sea eso. Tal vez solo estamos de vacaciones sin saberlo.

—Tal vez —dijo Lyle.

Siguieron sentados otro rato.

—No llores, Lyle —dijo Tony—. No te pongas triste ahora. Ven, siéntate aquí.

Lyle se levantó y se sentó junto a Tony. Tony lo abrazó.

—Me siento mejor ahora que hemos tenido esta conversación —dijo—. Sé que tú no, pero yo sí. Gracias.

Pasados unos instantes, Tony dijo:

—Te quiero.

Lyle no respondió.

—¿Sabes cuál es tu problema? —preguntó Tony.

—¿Cuál?

—Que en tu vida el amor es el subtexto, no el texto. Nunca se expresa directamente. Solo se sugiere, no se afirma.

—Sabes que te quiero —dijo Lyle.

—Sí —respondió Tony—, lo sé. Pero algunas veces me gustaría no tener que esforzarme tanto por confirmarlo. No debería requerir un esfuerzo por mi parte.

—Lo siento —dijo Lyle—. Te quiero.

—Lo sé —dijo Tony.

Permanecieron en silencio un momento.

—He visto pasar un zorro antes —dijo Tony—. Antes de que salieras. Ha cruzado el césped. Creo que los zorros son algo llamativo: a un tiempo felinos y caninos. Me gustaría ser un zorro.

Tony hizo una pausa.

—¿Nos damos un baño? —preguntó.

—Hace demasiado frío —dijo Lyle.

—Lo sé —respondió Tony—. Pero nos sentará bien. Venga, báñate conmigo, Lyle. Y luego nos iremos a dormir.

—Está bien —dijo Lyle.

Se levantaron y bajaron hasta el río, donde se bañaron en silencio, en mitad de la oscuridad. Luego corrieron hasta la casa y se metieron en la cama, donde, poco a poco, a fuerza de abrazarse, fueron entrando en calor.

Solo los perros, los gatos, los borrachos dormidos y las señoras mayores que se apresuraban para ir a misa poblaban las calles del East Village cuando Robert llegó a casa. Subió las escaleras de las seis estrechas alturas para llegar a su apartamento. Hector, su amigo y compañero de piso, estaba en la ducha. Robert se sirvió un vaso de zumo y se sentó junto a la mesa. Oyó cómo Hector salía de la ducha y entraba en su habitación. Estaba cantando una canción que Robert no reconoció. Hector nunca cantaba cuando Robert andaba por casa. Tenía una voz malísima. Al cabo de un rato, entró en la cocina. Llevaba puestos unos pantalones cortos y estaba sin camiseta.

—Hola —dijo Hector—. ¿Qué haces de vuelta tan pronto?

—Me largué —respondió Robert.

—¿Qué ha pasado? —Hector se sentó.

—Tenía que salir de allí como fuera.

—Ya te dije que un fin de semana en el campo con heterosexuales podía ser peligroso para tu salud mental —dijo Hector—. ¿Ha sido horroroso? ¿Comiste hamburguesas y jugaste al croquet?

—No —dijo Robert.

—¿Qué tal Lyle?

—Raro —dijo Robert.

—¿Por qué raro?

—No lo sé. A lo mejor era yo. De repente, las cosas se torcieron.

—¿Qué cosas? —preguntó Hector.

—Bueno, sus amigos eran de las personas más estiradas que he conocido en mi vida. Podía notar que les molestaba mi presencia desde el momento en que llegué. Luego les oí rajando de mí sin que se dieran cuenta. Y cuando traté de hablar de ello con Lyle, se puso de los nervios.

—Pues suena todo muy poco civilizado —respondió Hector—. Oye, me voy a Jones Beach con David. ¿Por qué no te vienes? Te mereces divertirte un poco este fin de semana.

—Estoy cansado —dijo Robert—. No he dormido nada.

—Puedes dormir en la playa.

—Quiero dormir en mi cama. Y además trabajo esta noche.

—De acuerdo —dijo Hector—. Podemos salir a tomar algo cuando acabes. Me pasaré por allí.

—Vale.

—Siento mucho que hayas tenido un finde de mierda —dijo Hector—. ¿Puedo llevarme tus gafas de sol?

Cuando Hector se marchó, Robert se tumbó en la cama. Estaba demasiado cansado para desvestirse. Miró hacia arriba, al techo lleno de grietas. Se dio la vuelta y hundió la cabeza entre los brazos, apretando la cara contra el hueco del codo. Se quedó así tirado durante largo rato, escuchando el ruido de la ciudad, hasta que finalmente logró dormirse.

Nina siempre había sido una dormilona impenitente, pero Laura decidió esperar a que se levantase para desayunar. Hizo una cafetera y puso la mesa junto a la piscina. Se sentó en la silla en la que se había sentado la mañana anterior y esperó de nuevo a Nina.

Esperó pacientemente hasta media mañana y luego entró en la casa y llamó suavemente a la puerta de su habitación. No hubo respuesta. Laura abrió y empujó ligeramente la puerta para asomar la cabeza. La cama estaba vacía, impecablemente hecha. Había una nota encima. Se acercó y la observó antes de cogerla. De manera irracional, pensó que podría ser una invitación. Nina la invitaba a algo. Pero no. La nota decía: «He decidido que es mejor no quedarnos. Vamos a coger un taxi a la estación de tren. Espero que hayas disfrutado de la cena». No estaba firmada, pero incluía una posdata: «Anders te da las gracias por la hospitalidad». Laura se sentó sobre la cama y la releyó varias veces.

No quería estar en casa y tampoco quería ver la mesa puesta junto a la piscina. No sabía a dónde ir. Tendría que montarse en el coche y conducir a algún lado. Perderse otra vez. Salió fuera, pero en lugar de coger el coche, caminó por el sendero de acceso y luego se adentró en el bosque. Anduvo lo suficiente para perder de vista el camino, la casa y la carretera. Hasta que solo hubo bosque a su alrededor, el bosque veraniego, denso y untado en sol.

Lyle se levantó con un ojo morado. Nunca antes había tenido un ojo morado. Se quedó quieto un rato, de pie, estudiándolo en el espejo del baño. Era una cosa tan fea: aquella mancha púrpura y amarillenta en la cara. Solo quería

aislarse del mundo hasta que desapareciera, pero sabía que eso no era posible, así que bajó a desayunar.

Roland estaba sentado a la mesa en su trona. Marian estaba sentada junto a él, dándole un poco de yogur.

—Oh, Dios mío —dijo cuando vio entrar a Lyle—. ¡Tu ojo!

—Sí —dijo Lyle, y se sentó.

—¿Te duele? —preguntó Marian.

—No —respondió Lyle—. Preferiría no hablar de ello.

—Claro —dijo Marian—. Espera, ahora te pongo un café.

—Ya lo hago yo —dijo Lyle.

Se levantó y se sirvió una taza de café.

—¿Dónde está John? —preguntó.

—¿Tú qué crees? —respondió Marian, y señaló con la cabeza hacia el huerto.

Lyle permaneció un rato sentado, bebiéndose el café y mirando cómo Marian daba de comer a Roland.

—¿Me dejas hacerlo? —preguntó—. ¿Puedo darle de comer?

—Claro —dijo Marian—. ¿Quieres que el tío Lyle te dé de comer? —preguntó a Roland.

A Roland no parecía importarle.

—Ten —dijo Marian, pasándole la cuchara a Lyle—. Tiene hambre. Dale pequeñas cucharaditas hasta que ya no quiera más. Cuando no quiera más, torcerá la cabeza.

Lyle le dio la primera cucharada a Roland, que miró la cuchara y luego a Lyle por un momento, antes de abrir la boca con cierto recelo. Lyle le metió la cuchara en la boca con delicadeza.

—Buen chico —dijo.

Marian los observó y dijo:

—Hace un día precioso. Un poco menos caluroso que ayer.

—Estupendo —dijo Lyle.

—No hemos planeado nada. Día de remoloneo.

—Muy bien.

Siguieron sentados y en silencio, concentrados en Roland y su desayuno. Finalmente, Roland torció la cabeza.

—¿Has terminado? —dijo Lyle—. ¿No quieres más?

—Lo has hecho muy bien —dijo Marian—. Deja que le limpie un poco la cara.

Se levantó y humedeció un paño.

—Déjame a mí —dijo Lyle.

Limpio los restos de yogur que había alrededor de la pequeña boca de Roland. Luego lo levantó de la silla y lo sostuvo contra su pecho.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo a Marian.

—Por supuesto —respondió Marian.

—¿Te ha gustado Robert?

Marian meditó la respuesta un instante.

—No —dijo—, me parece que no. Pero es difícil saberlo porque, bueno, al fin y al cabo tampoco he podido conocerlo bien, ¿no? Ayer fue todo tan estresante, y luego que saliera corriendo de esa manera... ¿Por qué me lo preguntas? Lyle, dime. ¿Qué pasó anoche?

—Robert tenía la sensación de que no te caía bien.

—¿Sí? Pues es una pena.

—De hecho, me contó que te oyó decírselo a John.

Marian permaneció callada un momento. Luego dijo:

—¿Por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Preguntarme algo cuando ya sabías la respuesta. ¿Por qué me tiendes una trampa así?

—No te quería tender una trampa —dijo Lyle.

—¿No? —respondió Marian—. Entonces, ¿qué querías?

—No lo sé —dijo Lyle—. Quería saber qué dirías. Qué me dirías a mí.

—¿Pensabas que no iba a decir la verdad? —preguntó Marian.

—No lo sé —dijo Lyle—. Estoy confundido. Ayer me dijiste que te caía bien.

—Bueno, lo hice, sí, ayer. Por lo menos estaba esforzándome por que fuera así. Y seguiría intentándolo hoy, si él siguiera por aquí. Además, no decido si las personas me gustan o no cuando no he pasado más que unas pocas horas en su compañía.

—Creo que Robert pensó que sí lo habías decidido.

—Pues lo siento si lo pensó. ¿Por eso se marchó? ¿Porque pensaba que no me gustaba?

—No lo pensaba. Lo sabía. O pensaba que lo sabía. Te oyó decirlo.

—De acuerdo, lo siento —dijo Marian—. Estaba intentando ser amable con él. Estaba intentando que me cayera bien. Lo siento si me oyó decir algo que le hizo daño.

—No tienes por qué sentirlo —dijo Lyle.

—¿Cómo? —dijo Marian—. ¿No? ¿Acaso no es lo que estás diciendo? ¿Que todo es culpa mía?

—No —respondió Lyle—. En absoluto. Es culpa mía, si es que es de alguien. Robert no se marchó porque pensó que él no te gustaba. Se marchó porque pensó que era a mí a quien no le gustaba. Que yo no le quiero. Quería que le dijera que le quiero y no lo hice. Así que le entró pánico y se largó.

—Sueno propio de niño malcriado —dijo Marian.

—Lo es —dijo Lyle—. Todos los somos, en el fondo. La única diferencia es que unos lo escondemos mejor que otros.

—No estoy de acuerdo —dijo Marian—. No creo que sea cuestión de esconder nada. Creo que es una cuestión de aprender a comportarse de manera responsable y respetuosa. De aprender a tener consideración por los demás. No puedes huir en mitad de la noche solo porque alguien no te diga que te quiere. Esa no es una reacción propia de un adulto.

—No —respondió Lyle—. Ya sé que no lo es.

—Necesitas encontrar a alguien, Lyle, con calma y a su debido tiempo, alguien adulto, alguien que entienda quién eres. Puede que Robert fuera muy dulce, pero no creo que fuera esa persona. ¿Tú sí?

—No —dijo Lyle—. Pero...

—Pero ¿qué?

—Me gustaba. Aun así me gustaba mucho.

—Bueno, claro que te gustaba. Puedo entenderlo: no era tonto, verdad, era guapo y además te adoraba. No hay nada raro en que te gustara. Pero eso no implica que fuera la persona adecuada para ti, ¿no?

—No —dijo Lyle—. De hecho, eso es lo que le dije anoche.

—¿Le dijiste eso?

—Sí. Me lo preguntó.

—Bueno, entonces supongo que se lo merece, si te lo preguntó. En ese caso, creo que deberías olvidarte de él y disfrutar del día. El fin de semana no se ha acabado todavía. ¿No te irás hasta esta noche, verdad?

—Sí —dijo Lyle—. O a última hora de la tarde.

—Bien —dijo Marian—. Había pensado que a lo mejor podíamos coger la chalana y hacer un pícnic río arriba. ¿Qué te parece?

—Sueno muy bien —dijo Lyle.

Hubo una pausa y luego Lyle dijo:

—¿Qué chalana?

—La barca de remos, digo.

—¿Y por qué la llamas chalana?

—No lo sé —dijo Marian—. Supongo que porque me gusta la idea de una chalana. Me gusta pensar en ella como una chalana. ¿Es eso un delito?

—No —respondió Lyle—, por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué me corriges? ¿Crees que tiendo a adornarlo todo?

—Un poco. A veces.

—Vaya —dijo Marian—. Bueno, supongo que llevas razón. Pero no veo qué hay de malo en ello. De verdad, no lo veo. No hace daño a nadie, ¿no? Llamar chalana a una barca de remos.

—No —respondió Lyle—, por supuesto que no. Es solo que, entre nosotros, entre tú y yo, quisiera... No veo la necesidad. Quiero que las cosas sean francas entre nosotros, y claras.

—Pensé que lo eran —dijo Marian—. ¿Me he estado engañando a mí misma sobre eso también?

Permanecieron en silencio un momento.

—¿Está dormido? —preguntó Marian, refiriéndose a Roland.

—No —dijo Lyle, mirando a Roland—. Está despierto. Tan alerta como se puede estar. Parece bastante espabilado para su edad.

—¿Sí? —dijo Marian—. ¿Lo crees de verdad?

—Bueno, hasta donde yo entiendo. No sé mucho de bebés. Pero fíjate en cómo me mira. No hay duda de que está pensando algo.

—Creo que es tu ojo —dijo Marian—. Está muy colorido. ¿Te duele?

—No —dijo Lyle—. Bueno, un poco, sí.

—¿No se supone que conviene ponerle un filete encima? Creo que tengo alguno que podemos descongelar.

—No te molestes —respondió Lyle—, está bien así.

Marian extendió los brazos y Lyle le pasó el bebé. Ella lo sostuvo y lo miró.

—Algunas veces tengo miedo —dijo.

—¿De qué?

—De Roland. De cuánto lo quiero. Me mantiene cuerda, y viva. Y ceo que no debería ser así. Que no está bien. Que soy yo quien debería hacer eso por él.

—Bueno, ¿no puede ser bidireccional? —dijo Lyle.

Marian no respondió. Estaba llorando. Lyle la miró. No sabía qué decir.

Nina respondió al primer tono con un «hola» brusco y sin aliento.

—Nina —dijo Laura—, soy tu madre.

—Ah, hola —respondió Nina.

—Llamo para decirte que siento lo de anoche. Siento cómo me comporté y siento que te marcharas. Siento mucho que te marcharas. Espero que no signifique que ya no vas a volver a subir.

—No lo sé —dijo Nina—. Han vuelto a cambiar el plan de rodaje. Nos vamos a Toronto la semana que viene.

—¿A Toronto? ¿A qué?

—Están teniendo problemas para conseguir los permisos en Nueva York o algo así. No estoy segura. Tenía un mensaje en el contestador al llegar, es todo lo que sé.

—¿Cuándo salís para allá?

—No lo sé. El jueves, creo.

—¿Y qué vas a hacer hasta entonces?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si estás ocupada mientras tanto. A lo mejor podías venirte aquí la primera parte de la semana. Con Anders, por supuesto.

—Oye —dijo Nina—, ¿puedo llamarte luego? Me has pillado en mal momento. Estaba saliendo de casa.

—Claro —respondió Laura—. Tienes el número. Llámame cuando puedas. Estaré por aquí.

—Creo que me dejé las gafas de sol ahí —dijo Nina—. ¿Las has visto?

—Creo que no —dijo Laura—. Miraré bien, de todas formas. ¿Puede que estén en tu habitación?

—Sí —respondió Nina—. O junto a la piscina. Puede que me las dejara fuera. O en el baño, a lo mejor. No estoy segura. A lo mejor me las olvidé en el tren.

—Bueno, las buscaré —dijo Laura.

—Tengo que dejarte.

—De acuerdo, ¿me llamas luego?

—Sí —dijo Nina.

—Espero que puedas venir —dijo Laura.

—Sí —respondió Nina—. Veremos. Te llamo luego. Probablemente no vuelva hasta muy tarde esta noche, así que a lo mejor te llamo ya mañana.

—Está bien —dijo Laura.

—Vale, hablamos luego. Adiós.

Nina colgó. Laura se quedó un momento en la cocina, mirando desde allí la mesa junto a la piscina, todavía puesta para el desayuno. Las servilletas se

habían volado y habían aterrizado sobre los arbustos. Bueno, pensó, pues es lo que hay. Ahora depende todo de Nina.

Cuando Marian llevó a Lyle a la estación, la tarde del domingo caía ya; la luz había adquirido un matiz descarnado e iluminaba los árboles con una fuerza y una claridad que evocaban el otoño. Y, sin embargo, estaban a mitad del verano.

Marian aparcó y Lyle abrió la puerta, pero ella le puso la mano en el brazo y le dijo:

—Hemos llegado muy pronto. Espera un minuto.

Lyle cerró la puerta. Marian quitó el polvo del volante con el dedo anular, recorriendo toda su circunferencia. Luego lo contempló: limpio.

—Me siento tan... mal —dijo—. Por lo que ha pasado este fin de semana.

—¿Por qué? —preguntó Lyle.

—Siento que ha sido culpa mía —dijo Marian—. Lo que ha pasado con Robert.

—Ya te dije que no —respondió Lyle—. No fue culpa tuya.

—Bueno, creo que no fue eso lo que me dijiste. O, al menos, no es lo que yo siento que me dijiste.

—Lo que pasó fue algo entre nosotros —dijo Lyle—. No tiene nada que ver contigo.

—No, he estado pensando en ello. Cuando llegasteis ayer estabais los dos tan contentos...

—Sí —dijo Lyle—, lo estábamos. Pero no fue por ti.

—No fui amable con él —dijo Marian.

Lyle no dijo nada. Miró hacia la curva vacía que trazaba la vía, pero no venía ningún tren.

—Pero mi comportamiento no tenía que ver con él —dijo Marian.

—¿Con qué tenía que ver? —preguntó Lyle.

Marian lo miró como si fuera un poco obtuso.

—Con Tony —dijo—. Tenía que ver contigo y con Tony.

—Ah —dijo Lyle.

—No podía permitirme ser maja con él y me porté mal con él. De algún modo lo eché; sé que lo hice, por Tony.

—Creo que ya llega el tren —dijo Lyle.

—Te gusta Robert, ¿verdad? —preguntó Marian.

—Sí —dijo Lyle—. Me gusta... me gustaba mucho. Pero por razones que ahora son obvias no... no encajamos bien.

—¿Lo invitarás a volver?

—No —dijo Lyle—. Además, no vendría.

Abrió la puerta y salió del coche.

—Pero pregúntaselo —dijo Marian—. Prométeme que lo harás. ¿O debería llamarlo yo? ¿Por qué no me das su número y lo llamo? Hablaré con él. Trataré de explicarme.

—Déjame hablar con él primero —dijo Lyle.

—Llámame, en cuanto lo hayas hecho.

—Lo haré —respondió Lyle, y cerró la puerta.

—Espera —dijo Marian.

Lyle se inclinó sobre la ventanilla abierta.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Seguimos siendo amigos, Lyle?

—Claro que seguimos siendo amigos.

—No me mentirías acerca de algo tan importante como esto, ¿verdad?

—No —dijo Lyle—. Mira, aquí llega el tren. Te llamo.

Subió a la carrera las escaleras del andén. Había un paso elevado sobre las vías y Marian lo vio correr a través de él y bajar por las otras escaleras hasta el andén de enfrente, donde lo perdió de vista tras el tren que llegaba y que partió al poco.

Cuando volvió de la estación, la casa parecía muy silenciosa y vacía. Estaba vacía. John y Roland estaban en el huerto. Subió al piso de arriba y deshizo la cama en la que había dormido Lyle. Encontró una pequeña acuarela de la silla Adirondack en el suelo. La cogió y la estudió. Solo aparecía la silla, como flotando, con un pequeño charco de sombra, verde oscuro, bajo ella. Parecía una silla en el cielo. Era preciosa. Por supuesto que la había pintado Robert. Era preciosa y la había pintado Robert. La puso sobre la mesita de noche y miró por la ventana. Las sombras eran alargadas y lóbregas. Parecían derramarse sobre la hierba, elocuentes. Bajó las sábanas al cuarto de la lavadora. No había nada con que preparar la cena. Tendrían que salir a cenar fuera. Deambuló por la casa un rato, como si estuviera buscando algo o inspeccionándola en busca de posibles daños. Pero todo estaba en orden. Luego salió al jardín por la puerta trasera y bajó por el césped hasta el huerto.

—¿Lyle cogió el tren? —preguntó John.

—Sí —dijo Marian.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Me aguantas estos tomates mientras pongo el tutor?

—Sí —respondió Marian.

Abrió la cancela y entró en el huerto. Roland estaba sentado sobre la tierra, jugando con unos tomates cherry y una pluma de arrendajo azul.

—Está bien —dijo John—. No le he quitado el ojo.

Le indicó a Marian la planta a la que había que colocar el tutor. Marian la sostuvo mientras John cortaba cordel de un ovillo y empezaba a asegurarla.

—John —dijo Marian.

—Dime.

—¿Crees que soy una buena persona?

John la miró.

—Claro que sí —dijo—. Lo eres. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, de repente, ya no estoy segura —respondió Marian.

—¿Te refieres a lo que ha pasado este fin de semana?

—Sí —dijo Marian—, aunque no solo. De repente me siento... como si no fuera una buena persona. Me siento... —hizo una pausa— mala.

—Este fin de semana ha sido complicado —respondió John—. Para todos. Pero lo que dices es ridículo. Eres una persona maravillosa. No deberías sentirte así.

—Pero me siento así —dijo Marian—. Aquí.

Retiró la mano de la planta y se tocó el pecho. La planta se derrumbó bajo el peso de sus frutos.

—Dentro. Me siento mezquina y egoísta. Y estúpida. Desagradable.

John se puso de cuclillas.

—¿Qué es lo que te ha dicho Lyle?

—Nada —dijo Marian—. No tiene que ver con Lyle. Tiene que ver conmigo misma.

—No... —empezó a decir John.

—Sí —le interrumpió Marian—. En cierto sentido, sé que es verdad. Lo sé. Lo puedo sentir con tanta claridad. Yo no... —sacudió la cabeza, con vehemencia—. No me gusto a mí misma.

Marian rompió a llorar. También lloraba Roland, sentado en el suelo, con los tomates en las manos. Marian lo tomó en brazos.

—Oh, lo siento, cariño —dijo—. ¿Te he asustado? Lo siento, lo siento —dijo mientras le daba palmaditas en la espalda.

John asistía a todo ello ligeramente aturdido. Cuando Roland dejó de llorar, dijo:

—Trae. Pásamelo.

Marian le pasó a Roland. Se quedaron allí, así, un momento.

—Sé que si te sientes mal no puedo decirte que no te sientas mal —dijo John—. Pero... es perfectamente natural. Tu relación con Lyle es complicada. Sé que le quieres mucho. Él también lo sabe, estoy seguro. Y, de vez en cuando, eso es difícil. El amor a veces complica las cosas. Ya lo sabes.

—No lo sé —dijo Marian—. De repente, ya no sé qué sé y qué no. Me siento muy insegura de lo que sé.

—Todo el mundo se siente así alguna vez —le dijo John—. No creo que sea algo tan malo.

—Tal vez no —dijo Marian—. Pero asusta mucho.

Roland empezó a retorcerse en los brazos de John.

—¿Nos vamos a cenar? —preguntó John.

—Sí —dijo Marian.

—¿Qué te apetece?

—No lo sé.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? Yo haré la cena —dijo John.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué tal unas tortitas? ¿Te apetecen? —preguntó John.

—Eso estaría bien —respondió Marian.

—¿Tenemos sirope?

—Por supuesto.

—Hace años que no hago tortas —dijo John—. Espero no haber olvidado mis trucos.

Caminaron sobre la hierba hacia la casa, que los aguardaba allí, sólida y vacía, lista para abrazarlos.

Lyle se quedó dormido en el tren. Se despertó justo cuando pasaban por debajo del puente de Tappan Zee. La mujer que tenía enfrente asintió con la cabeza y le sonrió. Le sonaba vagamente, así que le devolvió la sonrisa.

—¿Qué le ha pasado en el ojo? —le preguntó.

Lyle se tocó la carne reblandecida de su mejilla.

—Me choqué contra un árbol —dijo—. Una estupidez.

Giró la cabeza y miró por la ventanilla cómo fluía el río junto a ellos. Parecía un poco borroso, como si fuera un cuadro de sí mismo. El agua estaba

agitada y el viento levantaba en la superficie crestas translúcidas y efímeras. El sol estaba bajo en el cielo y se reflejaba contra la ventana. Lyle podía ver su propio reflejo y, a través de él, parpadeando en el cristal, el reflejo de lo que estaba más adelante. Lyle pensó que regresar a la ciudad siempre era, en cierto modo, más agradable, porque viajabas en la misma dirección que el río.

Cuando entraron en el túnel, la mujer del asiento de enfrente se levantó y cogió una bolsa del compartimento superior. Lyle se dio cuenta de que era la señora del vestido estampado. Había sido ayer cuando se había sentado a su lado y, sin embargo, parecía que hacía años de aquello. Se incorporó también y caminó detrás de ella por el pasillo.

Mientras esperaban en el rellano a que se abrieran las puertas, la mujer se volvió y lo miró.

—¿Ha tenido un buen fin de semana? —le preguntó.

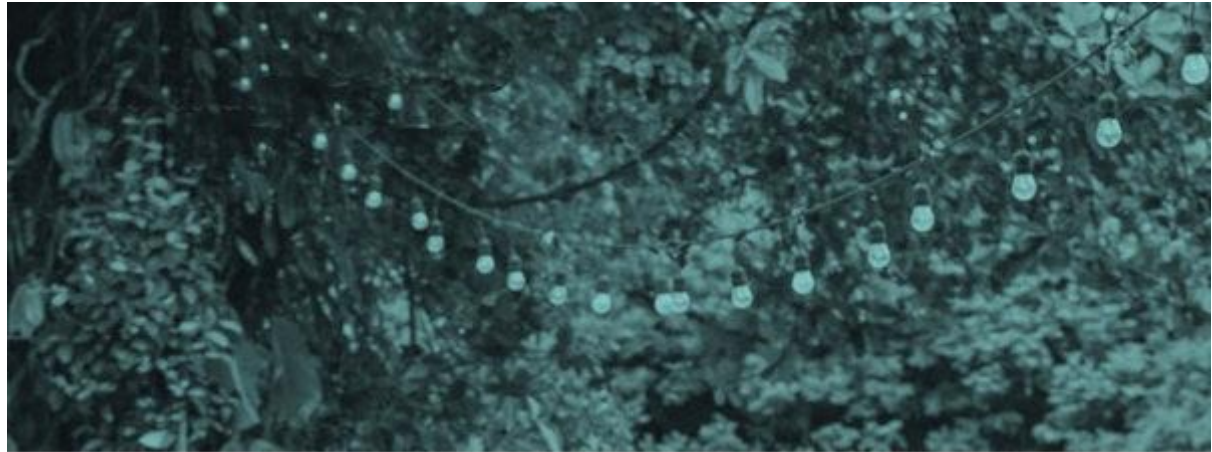
¿Qué podía decir? No podía decir que no.

—Sí —dijo—. ¿Y usted?



PETER CAMERON nació en Pompton Plains, Nueva Jersey, en 1959 y se graduó en el Hamilton College de Nueva York en Literatura Inglesa. Ha trabajado en el mundo editorial y ha sido profesor en varias universidades norteamericanas, como Columbia, Sarah Lawrence o Yale.

Antes de publicar su primer libro, una colección de relatos titulada *De un modo u otro* (1986), había publicado varios cuentos en *The New Yorker*. Desde entonces ha publicado siete libros que le han consolidado como un escritor de fama internacional, entre ellos destacan las novelas: *Año bisiesto* (1990), *Un fin de semana* (1995), *Andorra* (1997), *Aquella tarde dorada* (2002), *Algún día este dolor te será útil* (2007) y *Coral Glynn* (2012).



Peter Cameron
Un fin de semana

Traducción de Álvaro Marcos



Lectulandia